¿Qué es el Eurasismo?

Una conversación de Alain de Benoist con Alexander Dugin

Ediciones Fides
Ediciones Fides S.L.
Apartado de Correos, 13 / 43830 - Torredembarra (Tarragona)
edicionesfides@yahoo.es
www.edicionesfides.com

Publicado originalmente en la revista francesa *Krisis*, 2009.
Copyright: Ediciones Fides S.L.
Copyright de la traducción: Jordi Garriga Clavé

Diseño y maquetación: Acueducto División Gráfica
Imprime: Ulzama Digital
Impreso en España

I.S.B.N.: 978-84-942608-1-0
Depósito Legal: T.688-2014

Reservados todos los derechos. Este libro no puede reproducirse, en su totalidad o en parte, sin la autorización del editor. Fotocopiar libros no es legal.

¿Qué es el Eurasismo?

Una conversación de Alain de Benoist con Alexander Dugin

[Publicada originalmente en la revista francesa Krisis, 2009]

[Traducción de Jordi Garriga Clavé]

www.edicionesfides.com

Índice

Biografía de Alain de Benoist 11

Biografía de Alexander Dugin 13

Prólogo de Alain de Benoist 15

Conversación 27

Alain de Benoist (1943), es un académico francés. Líder e ideólogo principal del *think-thank* de la Nueva Derecha y del grupo GRECE. Edita desde 1968 el periódico Nouvelle École y desde 1988 Krisis. En 1978 recibió el Gran Premio de Ensayo de la Academia Francesa.

Desde hace más de cuarenta años, Alain de Benoist está efectuando un metódico trabajo de reflexión en el ámbito de las ideas. Escritor, periodista, conferenciante, filósofo, ha publicado un centenar de libros y unos diez mil artículos, actualmente traducidos a más de quince idiomas.

Sus principales campos son la filosofía política y la historia de las ideas, pero también es autor de numerosas obras sobre arqueología, las tradiciones populares, la historia de las religiones o las ciencias de la vida.

Los sectores más críticos con el pensamiento de Benoist suelen proceder del ala más liberal de la derecha y de gran parte de la izquierda, tachándole en todos los casos de difusor del neofascismo. Sin embargo, de Benoist ha criticado en sus obras la ideología fascista. La acusación de neofascista probablemente se origine en el hecho de que de Benoist comparte ciertos referentes intelectuales con el fascismo, así como en su rechazo del cosmopolitismo, la inmigración masiva y la ideología de los derechos humanos.

De Benoist defiende unos planteamientos políticos basados en la democracia directa y participativa. Opina que la manera más efectiva de promover el cambio político es aumentar el nivel de democracia a todos los niveles, especialmente el local.

Alexander Dugin (1962), es un analista geopolítico, filósofo político e historiador de las religiones. Principal ideólogo en la actualidad del neo-eurasismo, con una cierta influencia sobre la opinión pública en Rusia. Fue ideólogo del ilegalizado Partido Nacional Bolchevique en la década de 1990, consejero geopolítico de la Duma de la Federación Rusa y fundador del Movimiento Internacional Eurasia.

A comienzos de los años 80, siendo disidente y teniendo aversión por el sistema comunista en plena decadencia, se introdujo en pequeños grupos tradicionalistas y círculos político-literarios de Moscú. Es en esa época que descubre los escritos de Evola, Guénon, Coomaraswamy y otros autores. Luego de la desintegración del sistema soviético, a comienzos de 1990, fundó la asociación Arctogaia y el Centro de Estudios Meta Estratégicos, luego las revistas Milyi Angel y Elementy, que aparecieron hasta 1998-1999.

Últimamente se ha interesado por la filosofía de Martin Heidegger, la sociología de Marcel Mauss y de Pitirim Sorokin, la antropología de Louis Dumont y sobre todo por Gilbert Durand, pero también por la antropología de Georges Dumézil y Claude Levi-Strauss.

Se define como tradicionalista y discípulo de Julius Evola y René Guénon. Es el principal impulsor de la llamada "Cuarta Teoría Política" que aspira a superar a las tres ideologías que se enfrentaron por el predominio en el siglo XX: liberalismo, comunismo o socialismo y fascismo o nacionalsocialismo.

El eurasismo que defiende pretende combatir al imperialismo estadounidense, al mundo unipolar, y al universalismo de los valores liberales, del mercado y de la tecnocracia.

Prólogo de Alain de Benoist

Fue el 28 de junio de 1990, en Paris, por mediación de un amigo italiano cuando conocí por primera vez a Alexander Dugin, quien estaba llevando a cabo un breve recorrido por la Europa Occidental aprovechando las oportunidades de viajar al extranjero finalmente otorgadas por el gobierno ruso. La Unión Soviética aún no había desaparecido (no fue disuelta oficialmente hasta el 26 de diciembre de 1991), pero desde la llegada de Mijail Gorbachov[1] al poder ya no había otra cuestión que *Glasnost* («transparencia») y *Perestroika* («reestructuración»). Yo entonces no sabía prácticamente nada sobre Dugin, de quien sólo había oído citar su nombre, y poca cosa más acerca del movimiento eurasista (o eurasiático), aunque los escritos del gran lingüista Trubetskoi[2] me eran familiares desde hacía mucho tiempo.

La lectura de los libros pioneros de Alexander Yanov[3] y de John B. Dunlop[4], sin embargo, habían atraído mi atención sobre el hecho de que la realidad del comunismo soviético había sido mucho más compleja de lo que habían creído en la época de la Guerra Fría los occidentales en general, y los obsesos del anticomunismo en particular[5]. Estos libros demostraban, en efecto, con el apoyo de textos, la persistencia durante toda la historia de la URSS de algunas tendencias que, incluso dentro del partido comunista soviético, habían continuado reclamando, ya fuera una cierta forma de nacionalismo ruso, o ya fueran las ideas de la primera generación de autores eurasistas. Por comodidad, la expresión «nacional-bolchevismo» se utilizaba a menudo para referirse a estas corrientes tan originales como desconocidas[6]. Yanov, que además le era muy hostil, también habló de la «Nueva Derecha rusa», lo que me permitió, en el otoño de 1979, sorprender a mis lectores del *Figaro-Magazine* (quienes esperaban entonces mis comentarios sobre la campaña internacional iniciada en Francia contra la «Nueva Derecha» francesa durante el verano anterior) con un gran artículo

titulado ¡»Una revelación: la Nueva Derecha... rusa»![7] La inclusión de estas corrientes permitía comprender mejor tanto la diversidad de tendencias ideológicas y la naturaleza de algunas luchas de poder en la Unión Soviética, y además, en retrospectiva, también esclarecía con una nueva luz esta misma diversidad de tendencias en el seno de la emigración.

Es esta realidad, de la que entonces nadie hablaba en la Europa occidental (donde incluso el nombre de un pensador tan importante como Lev Gumiliev[8] era prácticamente desconocido), la que Dugin me confirmó desde nuestras primeras conversaciones. Su itinerario personal, del que encontraremos trazadas en este libro sus principales etapas, constituía de por sí una confirmación. Estas conversaciones, ampliadas por otras reuniones en Francia, en julio de 1990, luego en enero y en noviembre de 1991, despertaron en mí una curiosidad que un primer viaje a Moscú, entre el 25 de marzo y el 3 de abril de 1992, permitió satisfacer en parte. Todavía guardo hoy un recuerdo muy vivo de ello. Rusia entonces cruzaba uno de los períodos más tristes de su historia. Un orden político acababa de derrumbarse, otro orden aún no había aparecido. Los rusos tenían como primera preocupación sobrevivir. En las amplias avenidas de la capital sólo circulaban unos cuantos coches, se podía detener a un conductor agitando un paquete de cigarrillos, abuelas que vendían en las calles objetos familiares que sostenían en sus manos o que colocaban en lamentables stands. Los malos hábitos del sistema soviético estaban todavía allí, pero los beneficios del sistema (la garantía del pleno empleo, de una educación, gastos médicos y un ingreso mínimo) habían desaparecido. Gracias a Dugin, tuve la oportunidad de entrevistarme con muchas personalidades. Me acuerdo, la misma noche de mi llegada a Moscú, de ese vibrante mítin en honor del poeta Lukyanov, Vladimir Osipov e Igor Ligachev, de mi reunión en los locales del Soviet Supremo con los diputados del Soviet de Moscú, y especialmente del increíble encuentro que yo pude tener, en la Academia militar de Rusia, con el general Klokotov y otros generales del Ejército Rojo, quienes me plantearon todavía más preguntas de las que yo mismo les hice. Toda la ambivalencia de la situación se resumía en el recuerdo de Sta-

lin, quien permanecía en la memoria como un tirano inflexible, pero también como el vencedor de la «Gran Guerra Patria» que permitió hacer frente a la invasión alemana...

Rusia ha tardado en recuperarse de este doloroso interludio. Cuando Gorbachov desapareció, ella se encontró bajo Boris Yeltsin amenazada con otro peligro, el de someterse a la hegemonía americana y caer en el mundialismo liberal. La elección de Vladimir Putin a la presidencia de la Federación de Rusia, el 7 de mayo de 2000, iba obviamente a cambiar todo eso y llevar al pueblo ruso hacia una nueva fase de su historia.

Mientras tanto, el movimiento neo-eurasista, del que Dugin se convirtió en su más brillante teórico, comenzó a ser conocido en el extranjero, no sin que además se multiplicasen sobre él los equívocos o las falsas interpretaciones. Una universitaria francesa de alto nivel, Marlène Laruelle, felizmente se impuso como una de las mejores conocedoras de la materia. Sus trabajos sobre la historia y la actualidad del eurasismo (*evrazijstvo*) son además, incluso hoy, lo más serio que se ha publicado fuera de Rusia para abordar la cuestión de forma precisa y documentada[9].

Sin embargo, quedaba por dar la palabra al principal interesado. Esto es lo que hice publicando en 2009, en la revista *Krisis*, una larga entrevista con Alexander Dugin que permitió a éste expresarse sobre su recorrido y sus ideas, entrevista que constituye la materia de la presente obra[10].

Tuve después la oportunidad de volver varias veces a Rusia. Del 23 al 27 de noviembre de 2008, fui llamado a dar un curso en la Universidad Estatal Lomonosov de Moscú, por invitación del Decano de la Facultad de Sociología, y tuve la oportunidad de participar en una conferencia internacional del movimiento eurasista organizada por Dugin (cuya esposa, la encantadora Natasha, me entrevistó igualmente para la televisión). Hasta qué punto Moscú había cambiado desde mi última visita era inimaginable. Ya no había viejas *babushkas*[11] en las bocas del metro, ya no había vendedores irregulares de *regalia* soviética en las esquinas de las calles, sino atascos inacabables, un nivel de vida en constante aumento, una hemorragia demográfica detenida, una soberanía «imperial» reencontrada. Al año si-

guiente, del 19 al 23 de septiembre de 2009, me encontré con Alexander Dugin en San Petersburgo para presentar mi libro *Protiv liberalisma* («Contra el liberalismo») y dar una conferencia sobre el «Nomos de la Tierra» en la Facultad de filosofía de la Universidad de esa ciudad. Iglesia de la Resurrección, Museo Dostoievski, Museo Ruso, conciertos... En tales ocasiones, se puede medir la magnitud y la extensión de la cultura rusa[12].

Lo que más sorprenderá al lector, sin duda, con la lectura de este libro, es la profunda originalidad de las ideas eurasistas. En algunos puntos, se superponen conceptos o pensamientos que pueden ser familiares para nosotros, pero muchos otros apelan a esquemas que nos aparecen como inéditos, porque se basan en problemáticas a las que no estamos acostumbrados. Esta es la razón por la cual todas las interpretaciones que se han podido hacer del eurasismo caen en la propaganda reductora, desde el momento en que se busca llevarlo hacia otras cosas distintas de sí mismo. Sería, por ejemplo, ridículo querer interpretar el eurasismo como una forma rusa de «nacionalismo» o de populismo extremista. El eurasismo no tiene nada que ver con el nacionalismo en el sentido habitual del término, ni tampoco tiene que ver con la mística «republicana», el racismo o la xenofobia. Además, se sitúa resueltamente más allá de la división derecha-izquierda. No se puede pues apreciarlo verdaderamente más que abandonando algunas de nuestras certezas, desembarazándonos de esquemas que nos son (demasiado) familiares: se necesita independencia mental para leer a Dugin, cuyo pensamiento muestra hasta qué punto el pensamiento europeo occidental y el pensamiento ruso constituyen universos diferentes.

Eurasia corresponde a esa entidad continental que los geopolíticos, desde Mackinder[13] a Spykman[14], no han cesado de oponer a la potencia talasocrática u oceánica hoy representada por la «isla mundial» de los Estados Unidos de América. Eurasia es el «poder de la Tierra» que siempre se ha alzado contra el «poder del Mar» (Carl Schmitt). Los defensores del eurasismo rechazan la visión (y la herencia) «occidentalista» de Rusia. Habiendo nacido la identidad rusa de una fusión original entre elementos eslavos y turco-musulmanes, ellos reevalúan posi-

tivamente a Genghis Khan[15] y la Horda de Oro[16]. Centrándose en el elemento «turaniano»[17] de su historia, así como la importancia de la tradición ortodoxa, denuncian el racionalismo, el materialismo y el individualismo de Occidente. A diferencia de los nacionalistas clásicos o los eslavófilos, a menudo ven en la experiencia soviética la continuación bajo otras formas de la idea imperial rusa. Frente a la posmodernidad naciente, proponen una geopolítica anti-occidentalista, basada en postulados culturalistas y en principios identitarios válidos para todos los pueblos. Marlène Laruelle dice que el Imperio es para ellos «la construcción estatal «natural» del espacio eurasiano, único medio de garantizar la preservación de las culturas nacionales sin dejar de ser la expresión de la identidad rusa». El proyecto va en realidad mucho más allá, siendo este imperio también una potencia – así como un crisol de cultura y civilización – destinada a jugar un papel importante en un mundo multipolar.

Añado que obviamente no hay necesidad de estar totalmente de acuerdo con él para leer a Dugin. En el pasado, yo mismo estaba sorprendido por la importancia que le concedía a las consideraciones esotéricas o escatológicas, que me son muy extrañas (Dugin es fundamentalmente un tradicionalista, algo que yo no soy). Sin embargo, he sido particularmente sensible a la manera en como renueva por completo el enfoque del concepto de Imperio, al cual yo estoy desde hace mucho tiempo apegado.

Pero lo que más aprecio de Alexander Dugin es que tiene un verdadero pensamiento personal. Cualidad que no se encuentra hoy casi nunca, ¡incluso (y especialmente, ¡por desgracia!) en los medios llamados no conformistas! Dugin no es de aquellos que repiten con mayor o menor talento lo que otros han dicho antes que él o dicen alrededor de él. Él piensa por sí mismo. Ha leído con provecho una multitud de autores, rusos u occidentales, pero ha sabido fusionar lo que ha encontrado mejor de ellos en un pensamiento amplio y organizado que solo le pertenece a él. Lo que también llama la atención de él es su modestia. En este creyente (e incluso viejo-creyente) ortodoxo, cuyo físico puede sugerir el de un monje o sacerdote,

la determinación extrema que ha mostrado nunca le conduce innecesariamente a ponerse por delante. Es totalmente ajeno a las contingencias circunstanciales así como a los efectismos. Dugin ha adquirido con el tiempo una cultura política, filosófica y espiritual considerable. Ha aprendido por sí mismo no sé cuántos idiomas europeos. Él escucha, aprende, enseña. En pocas palabras, trabaja. Como un despertador del espíritu, es lo suficientemente raro como para ser señalado.

NOTAS

1 Mijaíl Gorbachov (1931). Político ruso, fue Secretario General del Partido Comunista de la Unión Soviética (PCUS) de 1985 a 1989 y presidente de la Unión Soviética de 1989 a 1991. Desde el año 1985 hasta la disolución de la Unión Soviética impulsó una serie de reformas políticas y económicas que terminaron con el colapso del sistema soviético. Recibió el Premio Nobel de la Paz en 1990 y actualmente es líder de la Unión de Socialdemócratas, un partido formado después de la disolución oficial del Partido Socialdemócrata de Rusia en 2007. (Nota de la traducción).

2 Príncipe Nikolai Sergueievich Trubetskoi (1890-1938), fue un lingüista ruso y el padre de la fonología estructural. Se decantó muy pronto por el estudio de la etnología y las lenguas de Siberia, los Urales y el Cáucaso. Polemizó contra el atomismo conceptual de los neogramáticos y asimiló críticamente las ideas de Ferdinand de Saussure, a las que imprimió una concepción teleológica de raíz hegeliana. Entre 1920 y 1922 enseñó en la cátedra de lingüística indoeuropea de la Universidad de Sofía (Bulgaria). En 1922 fue catedrático de filología eslava en Viena. En 1928 ingresó en el Círculo Lingüístico de Praga. En 1938 fue expulsado de su cátedra por los nazis, muriendo meses después. Su obra *Europa y la humanidad* fue el origen de la ideología eurasista. (Nota de la traducción).

3 Alexander Yanov (1930) es un historiador educado en Moscú. Fue profesor de historia y política en la Universidad de California, en Berkeley, en la Universidad de Michigan, Ann Arbor y, hasta su jubilación, en la City University of New York. Ha escrito numerosos libros traducidos a varios idiomas de la historia y la política de Rusia (por ejemplo *The Origins of Autocracy: Ivan the Terrible in Russian history*, Berkeley: University of California Press, 1981, *The Russian Challenge and the Year 2000*, Oxford, Basil Blackwell, 1987), así

como del nacionalismo ruso contemporáneo (por ejemplo, *Weimar Russia and What We Can Do About It*, New York: Slovo-Word, 1995). Sus trabajos más recientes (en ruso) son «*Rusia: en las raíces de la tragedia, 1462-1584*» (Moscú: Progreso-Traditsiya, 2001) y «*El patriotismo y nacionalismo en Rusia, 1825-1921*» (Moscú: Akademkniga, 2002). (Nota de la traducción).

4 John B. Dunlop es un alto miembro de la Hoover Institution. Es un experto de la política soviética y rusa desde 1985 hasta el presente. Ha estudiado las dos guerras en Chechenia, el nacionalismo de origen ruso, y la política de la religión en Rusia. Su investigación actual se centra en los orígenes del régimen de Putin en 1998/99. En su testimonio ante un subcomité de la Comisión de Asuntos Exteriores de la Cámara de Representantes de EE.UU. en julio de 1991, Dunlop predijo el colapso de la Unión Soviética, que se produjo el siguiente mes de diciembre. (Nota de la traducción).

5 Alexander Yanov, *The Russian New Right. Right-Wing Ideologies in the Contemporary USSR*, Institute of International Studies, University of California, Berkeley 1978; John B. Dunlop, *The Faces of Contemporary Russian Nationalism*, Princeton University Press, Princeton, Princeton 1983.

6 Sobre el nacional-bolchevismo ruso, cf. David Brandenberger, *National Bolshevism. Stalinist Mass Culture and the Formation of Modern Russian National Identity, 1931-1956*, Harvard University Press, Cambridge 2002.

7 Alain de Benoist, «Une révélation : la Nouvelle Droite... russe», en *Le Figaro Magazine*, Paris, 6 de octubre de 1979, pp. 110-111 (texto retomado en *Au temps des idéologies à la mode». Articles parus dans «Le Figaro-Dimanche» y «Le Figaro Magazine», 1977-1982*, AAAB, Paris 2009, pp. 209-211).

8 Lev Nikolayevich Gumilev (1912-1992), fue un historiador soviético, etnólogo, antropólogo y traductor del persa, muy conocido por sus heterodoxas teorías acerca de la etnogénesis. Gumilev intentó explicar las oleadas de grandes migraciones nómadas que azotaron a las grandes estepas de Eurasia durante siglos tanto por factores geográficos como por las oscilaciones anuales de la radiación solar, que determinan el área de pastizales que podrían ser utilizados para el pastoreo del ganado. De acuerdo con esta idea, cuando las zonas de la estepa se redujeron drásticamente, los nómadas de Asia Central comenzaron a trasladarse a los pastos fértiles de Europa o China. (Nota de la traducción).

9 Cf. Principalmente Marlène Laruelle, *L'idéologie eurasiste russe ou comment penser l'Empire*, L'Harmattan, Paris 1999; *La quête d'une identité impériale: le néo-eurasisme dans la Russie contemporaine*, Petra, Paris 2007. Citemos tambien algunos de sus artículos: «Orientalisme et identité rus-

se. Le mouvement eurasien des années vingt», en *Slovo*, 20-21, 1998, pp. 369-377; «Jeux de miroir. L'idéologie eurasiste et les allogènes de l'empire russe», en *Cahiers d'études sur la Méditerranée orientale et le monde turco-iranien*, 28, 1999, pp. 207-229; «Lev Nikolaevic Gumilev (1912-1992). Biologisme et eurasisme dans la pensée russe», en *Revue des études slaves*, 72, 2000, pp. 163-189; «Politique et culture dans l'émigration russe. Les débats entre l'eurasisme et ses opposants», en *La Revue russe*, 17, 2000, pp. 163-189; «Le néo-eurasisme russe. L'Empire après l'Empire?», en *Cahiers du monde russe*, 2001, 1, pp. 71-94. Cf. también el importante libro de Stefan Wiederkehr, *Die eurasische Bewegung. Wissenschaft und Politik in der russischen Emigration der Zwischenkriegszeit und im postsowjetischen Russland*, Böhlau, Köln 2007.

10 «Qu'est-ce que l'eurasisme? Une conversation avec Alexandre Douguine», en *Krisis*, Paris, junio de 2009, pp. 103-165. Cf. también «La Russie à l'heure d'un choix crucial. Entretien avec Alexandre Douguine», en *Eléments*, Paris, abril-junio de 2009, pp. 34-37.

11 *Abuelitas* (Nota de la traducción).

12 El 12 de enero de 2011 una cena con Alexander Dugin, organizada por iniciativa mía, permitió a varios periodistas conocerle. Volvió incluso un año más tarde, con motivo de un homenaje a Jean Parvulesco, autor por el que Dugin siempre ha profesado la mayor admiración.

13 Halford John Mackinder (1861-1947) fue un geopolítico y geógrafo inglés. En 1887 escribió el texto base de la ciencia geopolítica: *On the Scope and Methods of Geography*, donde explica que la política está condicionada por la geografía de los países, y que las cuestiones políticas dependen de lo que sucede entre el hombre y su entorno. Para Mackinder existe un gran continente «la Isla del Mundo» dividida en varias regiones: Europa Costera (Oeste y Centro Europa), Asia Costera (India, China, Sudeste Asiático, Corea y Este de Siberia), Arabia (Península Arábica), el Sáhara (Norte de África) el Sud-Centro del Mundo (Sudáfrica) y el más importante el Centro del Mundo o «Heartland» (Eurasia, la Rusia actual), que llamó el Pivote del Mundo en un ensayo de 1904: «Quién controle Europa del Este dominará el Pivote del Mundo, quien controle el Pivote del Mundo dominará la Isla del Mundo, quien domine la Isla del Mundo dominará el mundo». (Nota de la traducción).

14 Nicholas John Spykman (1893-1943), estadounidense de origen holandés. Periodista y universitario, es considerado uno de los padres de la geopolítica en los EE.UU.. Sus teorías han influido sobre George F. Kennan, Henry

A. Kissinger, John Foster Dulles, y Zbigniew Brzezinski. Su tesis principal es que para controlar el mundo es vital controlar los territorios que rodean al "Heartland", y por ello los EE.UU. durante toda la guerra fría, y en la actualidad, cercan a Rusia con esta finalidad. (Nota de la traducción).

15 Gengis Khan (1162-1227), fue un guerrero y conquistador mongol que unificó a las tribus nómadas de Mongolia, fundando el primer Imperio de los mongoles, el imperio contiguo (territorialmente de una sola pieza) más grande de la historia. Bajo su mando como Gran Khan, los mongoles comenzaron una serie de conquistas que extendieron su dominio a un enorme territorio, desde la Europa oriental hasta el océano Pacífico, y desde Siberia hasta Mesopotamia, la India e Indochina. (Nota de la traducción).

16 La Horda de Oro u Horda Dorada fue un Estado mongol que abarcó parte de las actuales Rusia, Ucrania y Kazajistán tras la ruptura del Imperio mongol en la década de 1240. Dominó hasta finales del siglo XV lo que hoy es el sur de Rusia. (Nota de la traducción).

17 El turanismo o panturanismo es un movimiento político nacido hace más de un siglo, cuyo objetivo fundamental es la unidad de los diversos pueblos de raíz turca en un Estado político moderno. Además de los turcos, también defiende la unión de intereses con los húngaros, los fineses, los mongoles, los tunguses, los estonios, los japoneses, los coreanos y los ryukyuenses. (Nota de la traducción).

¿Qué es el Eurasismo?

Una conversación de Alain de Benoist con Alexander Dugin

Alain de Benoist: Alexander Dugin, usted es hoy considerado como el principal teórico del «eurasismo». Para comprender lo que significa este término, es necesario mirar hacia atrás y empezar recordando la antigua querella entre eslavófilos y occidentalistas (*zapadniki*) que, desde la primera parte del siglo XIX, hacia 1840, ya dividía a las élites rusas. Mientras que los occidentalistas, como Piotr Chaadayev[1], Ogariov[2], Aleksandr Herzen[3] y muchos otros, consideran, al igual que la burguesía de San Petersburgo, que la Rusia moderna nació de una «occidentalización» del pueblo ruso iniciada en el siglo XVIII bajo la dirección de Pedro el Grande[4], los eslavófilos, como Alexei Khomiakov[5], Constantin Aksakov[6] o Ivan Kireyevsky[7], creen en cambio que la «verdadera Rusia» es la de antes de las reformas petrovianas, la Rusia del patriarcado de Moscú organizada según el modelo de la unidad conciliar (*Sobornaja*) de la Iglesia Ortodoxa. Denunciando contundentemente la filosofía de la Ilustración y los esfuerzos de los «reformadores» que, bajo Pedro el Grande, han querido incorporar a Rusia en Occidente bajo el pretexto de «modernizarla», insisten en la singularidad de la cultura rusa, elogian a la tradición y el pasado, y afirman que Rusia es fundamentalmente ajena a un Occidente que se basa en el racionalismo, el individualismo, el progreso técnico y el espíritu de competencia. Desde su perspectiva, la síntesis rusa de la eslavidad y la ortodoxia se opone pues de manera directa a la síntesis «occidental» del catolicismo y de la latinidad. Algunos autores, como Vladimir Soloviov[8], parecen haber intentado, sin embargo, reducir este antagonismo por medio de una especie de mesianismo ruso para reconciliar Oriente y Occidente. El pensamiento eslavófilo, aunque tradicionalista, ejercerá «desde la izquierda» una influencia real en los *Narodniki*, es decir, los miembros del movimiento democrático y revolucionario que desarrollaron (contra el marxismo) la idea de un socialismo agrario ruso (Mijailovski, Serno-Solovievich, Tkachev, etc.), pero sin abandonar por completo las ideas de Alexander Herzen. Por encima de todo, va a generar varias corrientes y tendencias, entre ellas el paneslavismo, teorizado por el famoso poeta y diplomático Fiodor Tiutchev[9], así como por Nicolás I[10]. Danilevski[11] en su libro *Rusia y Europa* (1869), pero también el eurasismo.

Paradójicamente, es en el contexto de la primera gran oleada de emigración rusa, la denominada de los «rusos blancos»[12], que siguió inmediatamente después de la revolución bolchevique y la derrota de los blancos en la guerra civil a finales del año 1920, que va a nacer el eurasismo. Sus primeros teóricos son en efecto rusos emigrados, como los lingüistas Nikolai S. Trubetskoi y Roman Jakobson[13], el economista y geógrafo Piotr N. Savitsky, el jurista y politólogo Nikolai N. Alekseev, el historiador y geopolítico Georgi V. Vernadsky[14], el historiador cultural Vladimir N. Ilyin, el musicólogo Piotr P. Suvtchinski, el historiador y teólogo Georgi V. Florovski[15] (quien sin embargo renegó del eurasismo seguidamente), el historiador kalmuko Erenjene Khara-Davan, Yakov A. Bromberg[16], Platon K. Karsavin, etc. En 1921 apareció en Sofía una recopilación colectiva titulada *Ischod k Vostoku* («El resultado en el Este»), que a menudo es considerado como el texto fundador del eurasismo. De hecho, el movimiento comenzó en la Universidad de Sofía, antes de alcanzar Praga y París.

Los primeros eurasistas no se limitan a afirmar, como los eslavófilos, que la identidad rusa no es occidental. Ellos buscan los fundamentos de la identidad rusa, no sólo en su dimensión este-europea, sino también y sobre todo en su dimensión «asiática», y más exactamente «turaniana». La identidad rusa nace según ellos de la superposición, a partir de un sustrato eslavo-fino-turaniano, de una cultura «kieviana», nacida del contacto de los varegos[17] y de las tribus de la estepa, y fuertemente influida por el cristianismo bizantino, y de una cultura «moscovita» en gran parte heredada, particularmente con respecto a las formas de poder, del imperio tártaro-mongol que dominó Rusia durante tres siglos. Los eurasistas ven más exactamente el nacimiento de Rusia en la sustitución del Khan de la Horda de Oro por el zar, con un cambio concomitante del centro de poder, del Khanato a Moscú. «El Estado moscovita nació gracias al yugo tártaro», dice Trubetskoi. Lejos de haber nacido de un rechazo de ese «yugo», añade, Rusia, fusionándose bajo Ivan IV con la Horda de Oro, sacó el mayor beneficio al convertirse en un imperio «euroasiático» basado en las cuatro grandes bandas paralelas que van desde el Danubio hasta el

Océano Pacífico: la montaña, la estepa, el bosque y la tundra. La simbiosis eslavo-turco-mongol se convirtió así en la base de la etnogénesis de Rusia.

Convencidos de que existe una unidad territorial natural de Rusia y de las regiones asiáticas cercanas, los primeros eurasistas también rehabilitan a Genghis Khan (Shinguiz Khan, 1167-1227), quien logró crear el mayor imperio de la historia. Genghis Khan fue el primero en comprender que aquel que tiene la estepa, al mismo tiempo tiene el imperio euroasiático. Su imperio se basaba además en una aristocracia de nómadas, cuyos valores esenciales eran la firmeza de carácter, la fidelidad y la lealtad. Para los eurasistas, el sedentario es por naturaleza de carácter servil, mientras que el nómada es de carácter aristocrático. Genghis Khan honraba al enemigo que le había resistido y castigaba al traidor que se le había unido.

Por último, los primeros eurasistas señalan la importancia de Bizancio[18]. Espiritualmente, dicen, Rusia es bizantina, por lo tanto «oriental». Lo que les lleva, como los eslavófilos, a oponer la ortodoxia al cristianismo occidental. La primera es «sobrenacional», mientras que el segundo es «internacional», explica por ejemplo el filósofo Ivan Ilin[19], representante de un nacionalismo ruso muy tradicional, en su ensayo de 1923 sobre *Rusia y la latinidad*. Fundamentalmente, la Rusia que sueñan los eurasistas no es por lo tanto la muy cristiana Rusia kieviana, sino la Rusia moscovita de los siglos XV y XVI, esa «Tercera Roma» destinada a suceder a Roma y a Bizancio, de acuerdo con la idea formulada por primera vez en el siglo XVI, en la ciudad de Pskov, por el monje (*staretz*) Filotey. La Rusia «moderna», según ellos, nació de la adición del imperio euroasiático y, en el plano espiritual, del modelo de estado religioso bizantino, mientras que la monarquía post-petroviana estableció en Rusia un espíritu totalmente ajeno, el del militarismo europeo y el imperialismo de Estado. Esta tesis pasará a la historiografía americana gracias a un eurasista ruso naturalizado americano y que llegó a ser profesor en la Universidad de Yale, Georgi V. Vernadsky.

Ganados ellos también a la idea eurasista, lingüistas como Roman Jakobson o el príncipe Nicolas Trubetskoi (muerto en Viena en 1938, poco después de ser buscado por la Gestapo),

también le aportan sus argumentos. Hostil a la idea de que hay un tipo físico o psicológico común a todos los eslavos, el famoso etnolingüista Trubetskoi (fue el padre de la fonología y desempeñó un papel clave en el seno del Círculo Lingüístico de Praga) demuestra que muchas palabras rusas provienen del persa. Expuso sus principales ideas en su libro sobre *Europa y la humanidad* (traducido en Francia por Patrick Sériot), donde «Europa» es de hecho el Occidente. Roman Jakobson, por su parte, se inclina en la misma época por lo que él llama la «alianza lingüística eurasiática», que él define en un artículo del número 6 de la revista *Anales Eurasiáticos* (*Evrazijskij Vremennik*, revista fundada en Sofía en 1921 y que apareció seguidamente, hasta 1929, en Berlín, París y Praga). Para Jakobson, el área lingüística eurasiática incluye la rama rusa de las lenguas eslavas, las lenguas fino-húngaras del Este (votiak finlandés, komi, zyryan, etc.), la mayoría de las lenguas urálicas y altaicas, las lenguas del Cáucaso y las lenguas turcas. Se caracteriza por la ausencia de tonalidad y la organización de consonantes de acuerdo con el timbre (sordo o sonoro).

Este primer eurasismo ha permanecido durante mucho tiempo desconocido porque disgustaba tanto al poder soviético como a la mayoría de los emigrantes, quienes le acusaban por el contrario de sus concesiones a favor del bolchevismo. ¿Qué es lo que retiene por su parte de las teorías de los primeros eurasistas? ¿Qué reproches cree usted que eventualmente se les debe hacer? Entre los primeros eurasistas y el eurasismo tal como usted lo entiende, ¿cuáles son los puntos de convergencia y de divergencia? Y también, ¿qué piensa usted de la obra de Dostoyevski[20], siendo él mismo un eslavófilo convencido, teórico del mesianismo ruso y de la «Tercera Roma», el más leído sin duda de todos los grandes escritores rusos fuera de Rusia?

Alexander Dugin: ¡Permítame en primer lugar expresarle mi sorpresa ante el conocimiento de la historia de las ideas políticas en Rusia que acaba de mostrar en la formulación de su pregunta! Mientras que Rusia se percibe a menudo en Occidente como un país «sin cultura política», su exposición muestra en cambio que hubo en nuestra historia política corrientes

de pensamiento muy ricas, pero también contradictorias en cuanto a su visión de la identidad rusa, la misión de Rusia y sus orígenes.

Los primeros eurasistas sentaron las bases de nuestra filosofía política. Les debemos intuiciones extremadamente brillantes sobre la esencia de la identidad rusa y el desarrollo de las ideas eslavófilas en el siglo XIX. El punto esencial de su pensamiento es que, no sólo Rusia no es un país europeo, sino que no es un *país* del todo. Se trata de una *civilización* distinta. Este descubrimiento fue realizado en la década de 1830, simultáneamente por los *zapadniki*, es decir, los occidentalistas, tales como Piotr Chaadayev, y por los eslavófilos como Kireyevsky, Khomiakov, los hermanos Aksakov, etc. Pero, por supuesto, extrajeron conclusiones muy diferentes. Después de haber constatado las particularidades históricas y culturales que distinguen a Rusia de los países europeos, los *zapadniki*, tomando a Europa como norma y medida de todas las cosas, llegaron a la conclusión de que Rusia era una caricatura horrible, una imitación ingenua e inacabada de Occidente, y que detrás de su civilización de fachada se escondían el arcaísmo, la barbarie y una tendencia irremediable al despotismo. Si se tiene en cuenta que los criterios de cultura y civilización occidentales son universales, y por lo tanto obligatorios, se debe admitir sin duda que esta crítica estaba justificada. Pero los eslavófilos, ellos mismos, lo razonaron todo a la inversa. Tomando acta de la «anormalidad» rusa, su reacción fue más bien decir en cambio: «¡Peor para Occidente!» Ellos, en otras palabras, interpretaron la «anormalidad» rusa como positiva. Según ellos, las diferencias que distinguen a Rusia de Europa corresponden a la sustancia misma de la identidad rusa. Es por eso que se propusieron como deber interpretar «lo ruso», *según sus propios criterios*. Y estos criterios los buscaron en la historia de la Rusia de antes de las reformas de Pedro el Grande, en la doctrina de la Iglesia ortodoxa rusa, tomada literalmente (incluyendo lo que podía ser aparentemente «ridículo» o «pasado de moda»), en la tradición y en la cultura de las clases populares (*narod*), mantenidas fieles a sus raíces rusas, mientras que la nobleza abandonaba su identidad occidentalizándose. Al actuar de este

modo, los eslavófilos le reconocían a Rusia el carácter de una civilización particular, distinta de la civilización europea.

Danilevski, al que usted ha citado, posteriormente desarrolló la misma idea con su teoría de los tipos histórico-culturales. Ideas similares fueron igualmente emitidas por Oswald Spengler[21] y Arnold Toynbee[22]. Danilevski hablaba de un «tipo histórico-cultural eslavo-ortodoxo», es decir, ruso, que tiene su propio destino, su propio ritmo, sus propios valores, a diferencia de todos los demás tipos histórico-culturales, principalmente el «tipo histórico-cultural germano-romano», es decir, europeo.

Estas son todas las ideas que fueron tomadas a finales de los años 1920 por los primeros eurasistas, cuando se dedicaron a identificar la *estructura* fundamental de la civilización rusa. La palabra «estructura» es esencial aquí, y no es ciertamente por casualidad que Trubetskoi y Jakobson fueron a la vez eurasistas y «estructuralistas». Mediante el estudio de los rasgos característicos de la civilización rusa (o del «tipo histórico-cultural eslavo-ortodoxo»), llegaron a la conclusión de que se trataba de un fenómeno histórico original y único, asociando ciertos valores europeos, como el cristianismo, a valores propios de las culturas asiáticas, como el sentido de la jerarquía, la religiosidad basada en la fe y no en la razón, una cierta tendencia al colectivismo, etc. Para describir este conjunto original –Rusia como civilización–, ellos hablaron por primera vez de *Rusia-Eurasia*. De ahí el nombre que se les dio.

Pero los eurasistas fueron más lejos que los eslavófilos, o incluso que Danilevski, afirmando su convicción de que Europa, percibida como «Occidente», representaba un *peligro para la humanidad* debido a su universalismo, su progresismo y su colonialismo –un peligro comparable al de la unificación forzada, de carácter totalitario y paranoico, en relación a la diversidad orgánica y natural–. El eurasismo de la década de 1920 representó una verdadera Revolución Conservadora rusa. En esa época, el eurasista Alekseev fue el primero (y prácticamente el único) autor ruso que mencionó elogiosamente la obra de René Guénon[23], *Oriente y Occidente*, cuyas tesis generales se corresponden en algunos aspectos a las de los eurasistas.

Frente al bolchevismo, la actitud de los eurasistas era ambivalente. Al tiempo que rechazaban el marxismo, que identificaban con una dogmática de origen «occidental», aprobaban la desaparición de la dinastía también «occidental» de los Romanov[24]. En la Revolución de Octubre, vieron una reacción brutal y paroxística del pueblo contra una élite profundamente alienada. Fue para ellos una especie de revolución nacional frustrada. En el fenómeno soviético, aprobaban el regreso al espíritu nacional, a la movilización popular, a la creación de una nueva élite surgida de las masas populares, pero criticaban el dogmatismo marxista, el ateísmo y el materialismo histórico. Sus rivales en el seno de la emigración los cualificaban peyorativamente de ¡«bolcheviques cristiano-ortodoxos»! Los primeros representantes de la corriente nacional-bolchevique, como Nikolai Ustrialov[25], compartían además el juicio favorable de los eurasistas sobre el carácter «nacional» del fenómeno soviético.

Nosotros hemos retomado las ideas de los primeros eurasistas, a quienes consideramos como nuestros «antepasados» ideológicos directos. Creemos que su análisis era en lo esencial perfectamente correcto, y que tanto la historia como el fin de la Unión Soviética dan fe de la exactitud de sus predicciones y juicios. Al igual que ellos, creemos que Rusia es una civilización particular, que no se debe comparar con otros países, occidentales o no, sino con otras civilizaciones: Europa, el mundo árabe-musulmán, la civilización budista etc. Las diferencias son bastante pequeñas. No obstante, hay algunos pronósticos de los primeros eurasistas que no han sido confirmados por los hechos. La transformación paulatina del partido comunista en un partido eurasista, en la que creían algunos de ellos, por ejemplo, nunca se realizó, incluso cuando, hacia el final de la historia de la URSS, algunas corrientes trataron de oponerse, en el interior mismo del partido, a las tendencias atlantistas, demócratas liberales u occidentales que finalmente prevalecieron. El conocimiento que tenían los primeros eurasistas de geopolítica, filosofía e historia de las religiones, se mantuvo a veces fragmentada y habría merecido ser corregida. Pero esto son diferencias comparables a las que existen entre una generación y otra, mucho más que verdaderas divergencias.

En cuanto a Dostoyevski, a quien considero una figura inmensa de la cultura rusa, yo diría que sus ideas políticas y filosóficas, que son mucho menos conocidas que sus obras literarias, representan un verdadero tesoro intelectual, al mismo tiempo que un programa extremadamente claro y completo de la Revolución Conservadora rusa. La idea de una liberación del pueblo ruso, que es su eje principal, se describe de manera simultánea a nivel nacional como a nivel social, siendo explicada la misión de Rusia de una manera tan exhaustiva como profunda. Los eurasistas siempre han visto en Dostoyevski al mayor de sus grandes pensadores. En *El idiota*, Dostoyevski pone en boca de su protagonista, el príncipe Mishkin, las siguientes palabras: «quien ha renunciado a su tierra también ha renunciado a su Dios». Dios y la tierra: es la esencia misma del pensamiento eurasista.

Alain de Benoist: Entre los primeros eurasistas, Nicolai N. Alexeyev ocupa un lugar especial. Considerado como uno de los principales teóricos del Estado eurasiano, que él llamaba «Estado garante» (*garantinoie Gosudarstvo*), también sentó las bases de un «derecho eurasista», que oponía a un derecho occidental basado en una filosofía racionalista, atomista e individualista. Este derecho no se basaba en los derechos en el sentido subjetivo del término, sino más bien en la noción de los deberes (*pravoobiazannost*,»derecho de los deberes»). Para describir al Estado basado en la prevalencia de los deberes, Alexeyev también utiliza el término antiguo de «Estado tributario» (*tiaglovoie Gosudarstvo*), los miembros del cuerpo social (incluido el soberano) son ellos mismos descritos como «figuras tributarias». En su libro *Russkii narod i Gosudarstvo* («El pueblo ruso y el Estado», reeditado en Moscú en 1998), también opone la «comunidad» (*obschina*) a la «sociedad» (*obschestvo*) en una perspectiva similar a la de Ferdinand Tönnies[26]. ¿Qué importancia le da usted a Alexeyev? ¿Qué ideas suyas cree que son las más importantes?

Alexander Dugin: La obra de Alexeyev es extremadamente importante para los eurasistas, mucho más que la de Suchinski,

que sin embargo es el autor eurasista más conocido. La reedición que usted menciona además se ha hecho gracias a nosotros, y yo personalmente he escrito el prólogo. Se puede, ciertamente, comparar a Alexeyev con Tönnies, pero también con Carl Schmitt, incluso en algunos niveles con Guénon o Evola[27]. El Estado ruso, según Alexeyev, debe encarnar la cultura y el espíritu rusos, y es por eso que debe estar basado en la tradición religiosa y moral de Rusia. Este Estado debe rechazar tanto los principios liberales como los principios totalitarios, para establecer la solidaridad en la búsqueda de la salvación del alma, a través de un trabajo material y espiritual colectivo proyectado en el sistema político. En lugar de la democracia liberal se debe establecer la «demotia», es decir, un régimen que permita al pueblo *participar* en su destino, en vez de estar simplemente *representado*, como es el caso de las democracias occidentales. Esta es una idea que se encuentra también, en Alemania, en Arthur Moeller van den Bruck[28], pero ignoro si los dos hombres se conocieron personalmente.

Una idea muy importante, que hemos tomado de Alexeyev, es que hay que distinguir entre dos concepciones de la propiedad privada, la propiedad privada absoluta y la propiedad privada relativa. La primera es la que defiende el liberalismo y que critica el marxismo. La segunda se refiere a una propiedad privada cuyo dueño solo puede usar teniendo en cuenta el entorno social o societario en el que vive. Si se tiene una mascota, por ejemplo, un perro o un gato, no se tiene derecho a matarlo deliberadamente, ya que esto podría perturbar la conciencia moral de los demás. Si se tienen tierras agrícolas, no se tiene derecho a instalar una fábrica cuya construcción podría destruir las relaciones vecinales de los alrededores. La idea central es que, en última instancia, nada puede ser considerado como completamente privado, pues el hombre vive en sociedad y debe tenerlo en cuenta, incluyendo el nivel jurídico.

Específicamente en el ámbito jurídico, que a menudo se considera como inmutable, Alexeyev nos anima a ser creativos, apelando a nuestro sentido histórico, ético y cultural. Si consideramos más de cerca las nociones de «obligación» o «norma»

jurídica, descubrimos rápidamente que sus definiciones más comunes provienen en realidad, una vez más, del universalismo occidental y liberal. Pero es verdad que un Carl Schmitt[29] fue cien veces más lejos en esa dirección. El principal interés de Alexeyev es que alcanzó intuitivamente, al interesarse en la «cosa rusa», a anticipar algunas de las teorías más brillantes del gran jurista alemán.

Alain de Benoist: Los primeros eurasistas, como usted ha dicho, a menudo interpretaban la revolución bolchevique de 1917 como un resultado lógico de la política de occidentalización de Rusia emprendida por los Romanov. El error de los soviéticos, dijo Trubetskoi, fue intentar establecer en Rusia la doctrina del materialismo económico, que no es menos ajena al alma rusa que las ideas importadas por Pedro el Grande. Algunos de ellos, al mismo tiempo, como Nikolai Tatichtchev, compartían la opinión del historiador Nikolai Ustrialov, uno de los primeros teóricos del «nacional-bolchevismo «, quien opinaba que el marxismo en Rusia no era más que un mero elemento artificial, tras el cual los bolcheviques estaban haciendo nacer, tal vez sin saberlo, una nueva forma de conciencia nacional rusa. Esto es lo que Ustrianov llamaba la «nacionalización de Octubre.» Esta opinión será compartida por los nacional-bolcheviques alemanes. Algunos eurasistas de la primera generación, como Piotr N. Savitsky, el príncipe D. Sviatopolk-Mirsky[30] o el filósofo e historiador L.P. Karsavin, optaron además por regresar a la URSS, pero la mayoría de ellos fueron víctimas de las grandes purgas de finales de la década de 1930 y terminaron su vida en los campos estalinistas.

Desde la caída del sistema soviético se ha visto, por otro lado, retomarse la disputa entre aquellos que desean integrar a Rusia en un Occidente ampliamente dominado por la ideología liberal y los que creen, por lo contrario, que Rusia debe tratar de lograr un modelo de desarrollo histórico-social de acuerdo con su identidad específica. ¿Hasta qué punto esta disputa constituye la continuación de los debates que, en las décadas anteriores, se habían producido, de manera más o menos tenue, incluso dentro de la misma clase dirigente comunista? ¿Cuál

fue, en otras palabras, la realidad de la idea eurasista, si es que la hubo, en la época de la Unión Soviética?

Alexander Dugin: Ahora sabemos con certeza que los primeros eurasistas y los nacional-bolcheviques tenían toda la razón al ver en la realidad soviética una *doble* realidad. Había por un lado, en apariencia, el discurso oficial, marxista, materialista y ateo, y por el otro, en la profundidad de las masas rusas que, a lo largo de toda la existencia de la URSS, estaban haciendo el «trabajo onírico»- por usar un término freudiano - reinterpretando los dogmas oficiales en la óptica inconsciente del espíritu nacional ruso. Hablando como el filósofo Paul Ricoeur[31], había dos niveles diferentes en la URSS, el del *kerigma*[32], el discurso racional de inspiración marxista, y la de la *estructura*, es decir, el inconsciente colectivo ruso.

Entre estos dos niveles se desarrollaba un tempestuoso conflicto de interpretaciones. Los eurasistas y los nacional-bolcheviques querían esclarecer, despertar y dar forma a la estructura rusa, el terreno inconsciente del alma popular, proporcionándole su propio aparato conceptual. Esta estructura había, según ellos, encontrado en el marxismo una especie de espejo deformante. En la década de 1920 y a principios de 1930, esta situación pudo convenir a los bolcheviques, ya que les daba los medios para conducir a los rusos a servir la causa del comunismo, pero también presentaba un cierto peligro para ellos. Es por esto que a finales de la década de 1930 la ruptura entre bolcheviques y eurasistas fue casi completa. Sin embargo, a partir de 1942, Stalin no dudó en hacer vibrar de nuevo la fibra nacional-bolchevique con el fin de movilizar al pueblo ruso en la guerra vital entre Rusia y Alemania. El «trabajo onírico» continuó hasta el final de la Unión Soviética, sin que no obstante el esfuerzo de los eurasistas y nacional-bolcheviques pudiera concretizarse formalmente. El kerigma marxista perdió progresivamente su vigor, pero el inconsciente ruso no logró aparecer en la superficie. Por eso, cuando el sistema soviético se derrumbó, ningún pensamiento nacional claramente formulado estaba disponible. El vacío fue pues ocupado por los «nuevos occidentalistas», que, adoptando la democracia liberal

y los principios de la sociedad de mercado, de inmediato empezaron a copiar a Occidente. Sin duda esto era inevitable, ya que el marxismo se había hundido y la única ideología formal disponible era el liberalismo europeo y americano. En la década de 1990, el triunfo de los occidentalistas era casi total.

Pero también fue en la década de 1980, al inicio de la perestroika, cuando nuestro grupo se hizo cargo de la tarea llevada a cabo por los precursores del eurasismo, tratando de dar una nueva forma a las intuiciones propias de la *estructura* rusa para hacer de ella una alternativa al atlantismo y al liberalismo. Esta iniciativa encontró apoyos en algunos medios militares, en los servicios secretos, e incluso en el aparato del partido comunista (donde existía entonces un «ala conservadora», representada por personajes como Yegor Ligachov[33], pero esto no iba más allá de reacciones emocionales. El fin de la URSS sobrevino en el momento en que la evolución del sovietismo hacia el eurasismo se encontraba todavía en su etapa preliminar. El «ala occidentalista», vinculada al mundo occidental, disfrutaba por el contrario del apoyo de innumerables fundaciones y organizaciones no gubernamentales creadas por la CIA o asociadas a organizaciones estadounidenses o europeas atlantistas. Una de las cosas que logramos hacer en esa época fue hacer escribir el nuevo programa del partido comunista ruso (el de Ziuganov) con un espíritu eurasista. Incluso entonces, por desgracia, la mayoría de los ex burócratas eran totalmente incapaces de un genuino pensamiento político. Recordará usted, querido Alain de Benoist, cuando en 1993 yo hice que se encontrara en Moscú con Guennadi Ziuganov[34], quien por otro lado no era todavía el jefe del partido comunista, y que en nuestras discusiones, que fueron publicadas por el diario *Den'*, Ziuganov sostenía entonces casi sin reservas tesis conformes a sus ideas, así como a las de eurasismo y a la Revolución Conservadora. Poco después, el programa del Partido comunista ruso formuló juicios muy positivos sobre la iglesia cristiana ortodoxa, la tradición, la geopolítica eurasista, etc. Pero ya era demasiado tarde, porque fue poco después del mismo instante en que los comunistas habían perdido cualquier oportunidad histórica de hacer prevalecer sus puntos de vista políticos.

Alain de Benoist: Las tesis de los primeros eurasistas también se renovaron en la década de 1950 por otro autor importante: el historiador y geógrafo Lev Gumilev (1912-1992). Hijo del poeta Nikolai Gumilev y de la poetisa Anna Ajmatova, este universitario de alto nivel experimentó graves dificultades en la Unión Soviética, ya que fue expulsado varias veces de la Universidad, detenido por una denuncia en 1938, enviado al Gulag de Norilsk, arrestado de nuevo en 1948 y reenviado al Gulag, antes de ser liberado por «ausencia de cargos» en 1956. Además, nunca fue admitido en la Academia de Ciencias, y sus libros estuvieron prohibidos de ser publicados por las ediciones Nauka. Las conferencias que impartió en el Instituto de Investigación de la Universidad de Leningrado hasta el año 1986 formaron varias generaciones de discípulos, y sus tesis son ahora popularizadas en una gran cantidad de publicaciones, incluyendo libros de texto.

Lo esencial de los trabajos de Gumilev se refiere a la historia de los hunos, las primeras civilizaciones mongoles, el origen de los pueblos túrquicos o «turcos» (que viven no sólo en Turquía, sino también en Rusia, Irán y China), el mundo nómada, etc. Este especialista de la civilización de las estepas destacó especialmente la importancia del legado de Gengis Khan en la Rusia del siglo XVI. Según él, la invasión mongol del siglo XIII fue a la vez un elemento catalizador de la identidad rusa, ya que favoreció la unificación del país, y una barrera eficaz, tanto político-militar como espiritual, contra la nefasta influencia de Occidente. Pero es sobretodo su teoría de la «etnogénesis», considerada por algunos como puramente romántica, pero por otros como revolucionaria, la que le hizo famoso. ¿Qué piensa de esa teoría y en qué consiste? ¿Puede hablarnos de las ideas de Gumilev sobre la «etnogénesis», el «ethnos» y el «superethnos», la «pasionalidad», etc.?

Alexander Dugin: En mi itinerario personal, Lev Gumilev no ha jugado un papel muy importante. Después de haberme convencido del valor y la actualidad de las intuiciones de los primeros eurasistas, volví a leer sin embargo su trabajo con mucha más atención. No hay duda de que éste constituye un

desarrollo de las tesis eurasistas, como además lo reconoció él mismo al final de su vida, cuando se hizo posible citar a autores considerados anteriormente como «contrarrevolucionarios.» Por ejemplo, fue muy influido en su juventud por el libro del autor kalmuko Erenjene Khara-Davan sobre Gengis Khan. En las décadas de 1950 y 1960, también mantuvo una correspondencia con Savitsky. Los que posteriormente han criticado a Gumilev a menudo cometieron el error de no distinguir sus ideas personales de las que heredó de sus mentores eurasistas. Unas y otras apelan en realidad a críticas diferentes.

Los conceptos de «ethnos» y de «superethnos», de etnogénesis, de «pasionalidad» que usted ha mencionado, pertenecen propiamente a Gumilev, pero su idea-clave está en la noción de «*mestorazvitiye*», término creado artificialmente por Savitsky cuyo significado exacto es «lugar-desarrollo» (*mesto*, en ruso, significa «lugar, ubicación, sitio»). La idea que actúa aquí es que el lugar (en griego χοροζ más que τοποζ) lleva en sí mismo la esencia de lo que se desarrolló, de lo que se desarrolla allí o se va a desarrollar en el futuro. Esta idea alcanza una afirmación formulada por todos los principales geopolíticos desde Ratzel[35] y Kjellén[36]: el lugar lo decide todo –*el espacio como destino*–. Gumilev extrae de ello esta conclusión fundamental para su doctrina de que el ethnos es creado por el lugar, por el espacio, por sus características topográficas y económicas, por las posibilidades de desplazarse o de fundar tal o cual tipo de estructura familiar que le son propias. Por tanto, el concepto de etnogénesis está en dependencia directa con el «lugar-desarrollo». Por lo tanto, cualquier cambio en el *habitus* colectivo, cualquier modificación del espacio y del lugar, altera el destino del ethnos: puede serle fatal y conducir a su desaparición, así como puede conducirlo a dotarse de una dimensión imperial. Los críticos de Gumilev hablan aquí, por supuesto, de «determinismo geográfico».

Lev Gumilev llama «pasionalidad» al hecho de que ciertas etnias, o algunos individuos, a veces actúan sin motivo racional aparente, de una manera extraña, mediante la realización de actos o hazañas más allá del horizonte de la vida cotidiana en su ambiente. Es un tipo de energía explosiva, «misteriosa»,

inexplicable, que lleva a mover los pueblos y las tribus. La pasionalidad que pone en movimiento a las etnias se estudia en el movimiento de los pueblos, a través del proceso de etnogénesis. Podemos deducir los ciclos de pasionalidad, y tratar de predecirlos. Para Gumilev, el etnos viene a la existencia gracias a la explosión de energía de la pasionalidad. Cuando la etnia alcanza su punto máximo, a veces se convierte en «superetnos», lo que significa que se convierte en un Imperio. A partir de entonces, la pasionalidad se debilita gradualmente y comienza un período de decadencia (que Gumilev llama «el otoño dorado»). El etnos regresa luego a un estado de simbiosis con su entorno y sigue existiendo «fuera de la historia», podría decirse. Incluso se convierte a veces en etnos-quimera. Lo que propone Gumilev es pues una interpretación cíclica de la historia que, como tal, puede ser totalmente comparada con otras interpretaciones cíclicas, desde Giambattista Vico[37] hasta escritores más tradicionalistas como Danilevski, Spengler, Eliade[38] o Toynbee.

Las investigaciones realizadas por Lev Gumilev sobre la historia de los imperios nómadas de Eurasia, también son extremadamente importantes y fructíferas porque demuestran que aquello que la historiografía occidental ha representado a menudo bajo los signos de la «barbarie» y el «salvajismo» de Asia, es en realidad una serie de hechos heroicos y grandes epopeyas, debates religiosos y filosóficos apasionados, grandes acciones y reformas históricas, hazañas y batallas, obras que reflejan una creatividad artística y técnica sin precedentes.

Alain de Benoist: Hablemos ahora de usted. Usted nació el 7 de enero de 1962 en Moscú, en una familia de militares. Su padre era oficial del KGB y su madre médico. En 1983, a la edad de veintidós años, fue excluido del Instituto de Aviación, donde estudiaba. En esa época usted frecuentaba sobretodo pequeños grupos tradicionalistas marginales y círculos político-literarios de Moscú, donde estuvo vinculado con el novelista Yuri Mamleev, quien posteriormente emigrará a los Estados Unidos, el poeta Yevgeny Golovin y el islamista Gueydar Djemal, fundador en 1991 del Partido del Renacimiento Islámico. Usted se definía entonces como un simple disidente hostil al comu-

nismo, próximo a los círculos patrióticos y conservadores. Fue también en esa época cuando descubrió los escritos de Evola, Guénon, Coomaraswamy[39] y muchos otros autores (en 1981, usted tradujo al ruso el libro de Julius Evola *Imperialismo pagano*, el cual será distribuido clandestinamente mediante samizdat[40]). Entre 1987 y 1989, también frecuentó el movimiento Pamyat («Memoria») de Dimitri Vassiliev, de orientación principalmente nacionalista monárquica, pero donde la sensibilidad neo-eurasista no estaba ausente.

Tras la desintegración del sistema soviético, a principios de 1990, usted crea sucesivamente la asociación Arctogaia y el Centro de estudios metaestratégicos, así como las revistas *Milyi Angel* y *Elementy*, que aparecerán hasta 1998-99. En sus escritos de este período, usted cita tanto a Jean Thiriart[41] como a Julius Evola, Carl Schmitt, Karl Haushofer[42], la Revolución Conservadora alemana[43], principalmente a Arthur Moeller van den Bruck y Ernst Niekisch[44], Jean Parvulesco[45], Jordis von Lohausen[46], la Nueva Derecha francesa[47], etc. Lo que choca más entonces, es su eclecticismo. ¿Pensaba poder conciliar en un mismo corpus doctrinal las ideas a menudo totalmente contradictorias de los autores que usted descubrió?

Alexander Dugin: ¿Eclecticismo? Tal vez, ¡pero uno siempre es mal juez de sus propias ideas! No pretendo crear un nuevo sistema filosófico, sino más bien construir o encontrar la *Weltanschauung*, la visión del mundo que mejor se adapte a las intuiciones, a las cuestiones metafísicas y filosóficas que surgen en mí y que yo no quiero ni puedo eliminar o ahogar. Los nombres que usted ha mencionado son los de autores que son queridos por mí de una manera u otra. Yo no siento que pertenezcan a horizontes de pensamiento irreconciliables. Como no me gusta ni el liberalismo ni el marxismo dogmático, mis investigaciones se centran naturalmente en doctrinas o autores que pertenecen a lo que se ha llamado la «Revolución Conservadora», es decir, en pensamientos transversales, que escapan a las divisiones habituales (derecha-izquierda, etc.). Pensándolo bien, no creo que esto sea verdaderamente eclecticismo.

Por otra parte, la lista está lejos de ser completa. Recientemente, me he interesado mucho por la filosofía de Martin Heidegger[48], la sociología de Marcel Mauss[49] o Louis Dumont[50], en la obra de Gilbert Durand[51], en la antropología de Georges Dumézil[52] y Claude Lévi-Strauss[53]. También he escrito sobre economía, principalmente sobre las ideas de Friedrich List[54]. En la Universidad Estatal de Moscú, doy un curso de «post-filosofía», donde yo estudio la filosofía posmoderna comparándola sistemáticamente con los paradigmas de la premodernidad (las sociedades tradicionales) y de la modernidad.

Si aún tuviera que describir mi posición, yo diría que soy ante todo un *tradicionalista*, es decir, un discípulo de René Guénon y Julius Evola. Los libros de estos dos autores han contribuido poderosamente a mi formación. Pero partiendo de su visión apocalíptica del mundo moderno y de su llamada a la rebelión contra él en nombre de una Tradición sagrada, yo también busco los medios, teóricos y prácticos, de realizar algo históricamente específico para combatir realmente a la modernidad y restaurar la Tradición, a diferencia de esos tradicionalistas que se contentan con lamentarse en vano del «Kali Yuga»[55]. Mi preocupación, en esa época, era encontrar las formas de vincular mis ideas tradicionalistas con las realidades concretas de la política, de la geopolítica, de la cultura, de la filosofía, etc. Esto es lo que me llevó a descubrir la Revolución Conservadora y la Nueva Derecha, cuyas ideas se me aparecieron como medios para luchar contra la modernidad. No hubo ningún eclecticismo en este enfoque, que era por el contrario muy coherente.

Yo además soy ruso, no sólo por mis orígenes, sino por convicción ideológica. Esto significa que yo veo en mi nacionalidad una identidad histórica, cultural, metafísica y casi religiosa. Siempre he tratado de encontrar en la historia rusa, en la filosofía y la cultura rusas, en resumen, en la tradición rusa en el sentido más amplio, los elementos correspondientes a lo que me fascinaba en el tradicionalismo y la Revolución Conservadora europea. Yo quería de este modo dar a conocer a mi pueblo las ideas de los autores que me han influido más y, al mismo tiempo, descubrir en el contexto ruso aquello que le correspondía más exactamente. Yo escribí un ensayo sobre ello en

dos volúmenes, *Russkaya Vestch* («La cosa rusa»). Hoy en día, en Rusia y algunos otros países (Turquía, Serbia, el mundo árabe, etc.), soy conocido por el gran público sobre todo por mis escritos de geopolítica. Pero éstos solo representan una adaptación de conceptos geopolíticos europeos y americanos a la situación rusa. Se trata de proporcionar al poder político de la Rusia actual, y también a todos los países y todos los pueblos que contestan a la modernidad centrada entorno a América, una herramienta intelectual que, no sólo expone con detalle la lógica y la estrategia de nuestro enemigo ontológico (¡el imperio estadounidense es el verdadero «imperio del mal»!), sino que pregona además una alianza global contra lo que los tradicionalistas llaman el «reino de la cantidad» o el «advenimiento del Hijo de la perdición». La guerra contra Cartago[56] no terminó: es nuestro deber luchar contra el mal absoluto que ahora representan los Estados Unidos.

Así que creo que necesitamos un profundo rearme intelectual. Tal como los revolucionarios conservadores en los años 1920 y 1930, que habían llevado a cabo una revisión fundamental del arsenal teórico del viejo conservadurismo osificado, nosotros debemos hacer lo mismo en un contexto muy diferente como es el nuestro ahora. Los revolucionarios conservadores lucharon contra la modernidad mientras que ellos mismos vivían en plena modernidad. ¡Tuvieron que «cabalgar el tigre»! Nosotros debemos, por nuestra parte, adaptarnos a las condiciones de la posmodernidad, algo que no es ni fácil ni evidente. Hay nuevas oportunidades, pero también nuevos riesgos. ¿Pero esto no es lo que quería hacer usted mismo, querido Alain de Benoist, cuando criticaba a la «vieja derecha» en los años 1970 y 1980? ¿Y no fue usted también acusado de eclecticismo?

Alain de Benoist: Usted no hace mal en recordarlo. Pero regresemos a principios de los años 1990. En esa época, se acerca al Partido Comunista de la Federación Rusa (KPRF), de Guennadi Ziuganov, de quien ya hemos hablado. Usted colabora también con periódicos como *Nash Sovremennik*, cuyo jefe de redacción es Vadim Kozhinov, o el semanario *Den'*, que publican textos de orientación eurasista, en una óptica que, sin embargo, todavía

sigue siendo muy nacionalista y rusocéntrica. Fundada a finales de 1990 por Alexander Prokhanov, miembro de la Unión de Escritores y ex corresponsal de guerra del *Pravda*, *Den'* se presenta entonces como el «periódico de la oposición espiritual» y aboga por una alianza anti-occidental con el mundo árabe-musulmán. Sin embargo, a partir de 1993, el periódico se aparta del eurasismo y vuelve a un nacional-comunismo más clásico, principalmente bajo la influencia de S. Kurginjan[57], mientras que el eurasismo es violentamente denunciado por la *Molodaja gvardija* y otros grupos patrióticos que rechazan el separatismo turco-musulmán o temen la «disolución» de una Rusia demográficamente debilitada en un imperio que ella no tendría la capacidad de dirigir. En octubre de 1993, *Den'* es prohibido. Prokhanov funda entonces el periódico *Zvatra*, que participa activamente en las campañas de los comunistas hasta 1996. A partir de 1997, usted mismo animará la revista *Evraziiskoe Vtorzhenie*, publicada como un suplemento en *Zvatra*. Posteriormente, en agosto de 2005, Prokhanov se alejará del KPRF y se asociará al movimiento *Rodina* («Tierra-Patria»), dirigido principalmente por *Dmitry Rogozin* y *Natalia Narochnitskaia*.

Después del asalto al Parlamento ordenado por Boris Yeltsin[58] a principios de octubre 1993, usted se convierte, junto al escritor y ex disidente Eduard Limonov[59], regresado a Rusia después de varios años en los países occidentales (sobretodo Francia y Estados Unidos), y el músico Yegor Letov[60], uno de los fundadores y el principal ideólogo del Partido Nacional-Bolchevique (PNB), que lanza el periódico *Limonka*. La asociación Arctogaia va a servir durante un tiempo como una especie de «*think tank*»[61] de este partido, que aglutina principalmente a jóvenes. Dos años más tarde, usted se presenta a las elecciones a la Duma[62] bajo la marca PNB en un suburbio de San Petersburgo, pero sólo obtiene el 1% de los votos. En 1998, deja el PNB después de pelearse con Limonov, quien evolucionará de manera sorprendente hasta el punto de llegar a sostener posiciones liberales y atlantistas.

En retrospectiva, ¿cuál es su opinión actual sobre Alexander Prokhanov y Eduard Limonov? ¿Qué lecciones ha sacado de este período?

Alexander Dugin: Esos años fueron años muy oscuros, que me dieron muchas decepciones. Después de la caída del comunismo, habiéndose derrumbado la ideología soviética y con el atlantismo liberal contradiciendo en todo las aspiraciones inconscientes del pueblo ruso, pensé que las ideas del eurasismo y de la Revolución Conservadora irían ganando poco a poco círculos intelectuales y políticos cada vez más amplios. Es efectivamente lo que sucedió hasta 1993. La popularidad de las ideas eurasistas fue en aumento, el periódico *Den'* era cada vez más leído, mis intervenciones en público llenaban las salas. Esta es también la época en la que usted vino a Moscú, provocando gran interés y nuevas esperanzas. Prokhanov, Ziuganov y otros ideólogos «patrióticos», estaban muy activos y parecían dispuestos a organizar un verdadero despertar intelectual y espiritual. Pero todo se detuvo después del bombardeo del Parlamento por Boris Yeltsin y sus tropas. Las grandes manifestaciones de opositores al atlantismo y el liberalismo, que habían reunido hasta medio millón de personas fueron súbitamente detenidas. Cualquier actividad política, cultural e ideológica en el campo eurasista también se encontró interrumpida. Sí, estos fueron años verdaderamente negros.

La creación con Limonov del Partido Nacional-Bolchevique fue más bien un gesto de desesperación. La amplia oposición patriótica que se había formado en torno a Prokhanov se había desmoronado. Ziuganov había sellado un compromiso con Yeltsin, a quien se vendió políticamente por «treinta monedas de plata» con el único propósito de entrar en la Duma, para convertirse una vez más en un burócrata cerrado a cualquier sugerencia. Entonces decidí centrar todos mis esfuerzos en la formación intelectual de los jóvenes. Al principio, fue más bien un éxito, no político, sino cultural. Muchos jóvenes participaban asistiendo a nuestras reuniones y nuestros mítins. Limonov, quien era entonces un personaje muy mediático, contribuyó a la propaganda en favor del nacional-bolchevismo. En este contexto, mi candidatura a las elecciones en San Petersburgo fue una especie de iniciativa estética. Mi campaña, llevada a cabo en colaboración con el famoso músico de jazz y artista de cine Serge Kourekhin, se dirigía por encima de todo a los cír-

culos de la intelectualidad y a los ambientes de la juventud no conformista. Fue una especie de gran concierto estético, deliberadamente provocativo e irónico. ¡En la televisión, pronuncié mis discursos llevando la máscara del dios egipcio Anubis! Los malos resultados obtenidos no me abrumaron en absoluto. Serge Kourekhin, que murió en 1996, era un talentoso y fiel camarada, que sacrificó toda su carrera por sus ideas. Él conocía personalmente a Vladimir Putin, quien entonces era un asistente del alcalde de San Petersburgo, Anatoli Sobchak. Éste último era un liberal, pero tenía a Kourekhin en muy alta estima.

Eduard Limonov era un egocéntrico, un exhibicionista a quien le encantaba provocar y chocar a toda costa. Los que le presumieron verdaderas convicciones políticas estaban equivocados. Limonov no es ni liberal, ni fascista, ni comunista, ni anarquista. El mundo solo es para él un teatro de aventuras políticas o eróticas. Él contribuyó en gran medida a atraer a los jóvenes en el seno del Partido Nacional-Bolchevique, pero transformó esta iniciativa, que pretendía iniciar una lucha «apocalíptica» contra el liberalismo y Occidente, en pura provocación. El PNB se ha convertido ahora en una herramienta de los estadounidenses, de los oligarcas (Berezovsky[63], Nevzlin[64], Jodorkovksi[65]) y los liberales (Kasparov[66], Kasianov[67]) quienes desean ver como sucede una «revolución coloreada» en Rusia.

No me arrepiento de haber colaborado con Prokhanov y Limonov. En esa época, también escribí muchos libros, hice emisiones de radio en 101 FM, preparado diversos trabajos académicos. Se interrumpieron mis estudios universitarios, como usted ha señalado, después de mi exclusión del Instituto de Aviación. Los reinicié en la década de 1990. La asociación cultural Arctogaia además continúa existiendo; reúne a personas que se interesan principalmente por la Tradición. En cuanto a las lecciones que saqué de esa época, es que siempre se ha de luchar, incluso en los periodos más oscuros, cuando todo parece perdido, incluso en ausencia de toda esperanza. La resignación siempre debe ser excluida. En ese tiempo, a menudo me acordé de la frase de Curzio Malaparte[68]: «Nada está perdido, cuando no todo está perdido.»

Alain de Benoist: Lo que también me llama la atención, en estos inicios de 1990, es su continuo interés, no sólo por el simbolismo y la metafísica, sino por el ocultismo, la «conspirología» (*konspirologija*), la «geografía sagrada», la «política hermética», la escatología, o incluso el esoterismo musulmán. Este interés se reflejaba más particularmente en algunos de sus libros, que parecen a veces estar escritos en un lenguaje casi místico. Demos algunos ejemplos, aún a riesgo de la caricatura. Abogando por una «angelomorfosis», declara que «a nivel metafísico, es legítimo considerar el ser de la nación como la identidad de su Ángel que forma parte de la jerarquía de los poderes celestiales y ontológicos». Usted menciona también el «destino cósmico de Rusia». Define a Occidente como el «reino del Anticristo». Presenta a los hunos como los «mensajeros de la gnosis siberiana», y Siberia como el «imperio del paraíso». Usted escribe que las transformaciones geopolíticas actuales son un «signo de los tiempos, anunciando la proximidad del desenlace». Usted desarrolla una «metafísica de los puntos cardinales». Hasta hace poco, no dudaba en afirmar que el «profetismo» se había convertido para usted en «algo habitual, incluso banal.» Este enfoque de las cosas se combina con trabajos de geopolítica o de ciencia política escritos en una óptica totalmente «clásica». No tome esto como un reproche, pero este aspecto de su trabajo ¿no es probable que socave la credibilidad de lo que escribe en otros aspectos? Sin caer en el positivismo cientificista, ni en un racionalismo tan «occidental», ¿la escatología y la metafísica son compatibles con un enfoque realista de la política?

Alexander Dugin: Creo que es sobre todo una cuestión de *lenguaje*. Como ya le he dicho, soy un tradicionalista, un seguidor de Guénon y Evola. Mis frases, que usted ha mencionado, son expresiones típicas, que se encuentran en libros como *Rebelión contra el mundo moderno* o *El reino de la cantidad y los signos de los tiempos*. Es para mí un lenguaje habitual. Pero, por supuesto, la modernidad ha introducido otra forma de lenguaje, con sus giros «científicos», su propia estructura, sus mitos axiomáticos. Para aquel que conoce el lenguaje de la Tradición, es muy fácil aprender el lenguaje de la modernidad, que es

una especie de inversión grotesca. En la teoría y en la práctica, también podemos expresar ideas anti-modernas con el lenguaje de la modernidad. Es en mi opinión lo que la Revolución Conservadora ha tratado de hacer. René Guénon, discípulo de Descartes[69], habló él mismo de la Tradición con el lenguaje de la filosofía occidental moderna. Pero no hay que olvidar que Guénon fue quien inventó la noción de «ontología»[70], tal como Schlegel[71] había creado antes que él la de «absoluto». En el libro que escribí sobre la filosofía del tradicionalismo, trato también al tradicionalismo como un lenguaje. Dos de mis últimas obras, «La post-filosofía» y «El sujeto radical y su dual» representan una prolongación.

La posmodernidad nos invita también a revisar los criterios de la racionalidad, sobre todo de la racionalidad científica. Ahora sabemos, gracias a Foucault[72], Deleuze[73] o Feyerabend[74], que los métodos de la racionalidad «clásica» tienen un carácter inherentemente mutilador y opresivo. La posmodernidad equilibra a la modernidad. Esto no quiere decir que ella rehabilita la Tradición, sino todo lo contrario. Ella constituye más bien la «gran parodia,» el reino del «diablo especular», el espacio de la «textura demoníaca». Pero se puede utilizar muy bien a la posmodernidad para ponerla al servicio de los intereses de la Tradición. Actualmente, como profesor de la Universidad Estatal de Moscú, el dominio que he obtenido de la sociología, la filosofía o de la historia de las religiones responde a todas las normas modernas de la educación racional clásica, pero al mismo tiempo me burlo profundamente de ello. Esto no es más que un gesto por mi parte.

Alain de Benoist: Desde finales de la década de 1990, usted se ha consagrado cada vez más a la promoción de las ideas eurasistas, lo que le llevó a tomar muchas iniciativas. En 1997, animó desde la estación de radio 101 FM de Moscú un programa semanal titulado «Finis Mundis». También se le ve en la televisión, y colabora con muchos periódicos, como *Izvestia*, el *Literaturnaya Gazeta*, *Vremya Novosty*, etc. El mismo año, publica su gran libro de geopolítica *Osnovy geopolitiki. Geopolititcheskoe budutchtche Rossii*, que tuvo un cierto éxito, tanto en medios

políticos como militares. Pronto traducido al árabe, al turco y al serbo-croata, será reeditado cuatro veces hasta 2001. Redactado con el apoyo del general Igor Rodionov, quien fue ministro de Defensa en 1996/97, le valió ser invitado con regularidad para dar cursos de geoestrategia en la Academia Militar del Estado Mayor y en el Instituto de Estudios Estratégicos de Moscú, donde el general Nilolai Pavlovich Klokotov, ex director de la Academia militar, asume sus ideas. También se convierte en profesor de geopolítica en la Universidad Lev Gumiliev de Astana, en Kazajistán. El semanario *Obshchaia Gazeta* ve entonces en usted a un «especialista oficialmente reconocido en materia de geopolítica».

En 1998, participa en la creación de la «Nueva Universidad», en la que imparte cursos a la vez que Eugueni Golovin y Yuri Mamleev (estos son los cursos que usted recopiló en 2002 en su libro sobre la filosofía del tradicionalismo). Después de haber apoyado más o menos al ex primer ministro Yevgeni Primakov[75], de quien se dice que simpatizaba con las tesis eurasistas, usted se convierte en asesor para asuntos internacionales de varios miembros importantes de la Duma, entre ellos del comunista Guennadi Seleznev[76], el portavoz el Parlamento, para quien usted redacta el manifiesto del movimiento «Rusia». (Seleznev, de quien usted fue oficialmente consejero de 1998 a 2004, será expulsado del Partido Comunista en mayo de 2002 y se situará poco después como jefe del Partido del Renacimiento de Rusia). En 1999, se convierte en presidente de la sección de geopolítica del Consejo Asesor de la Duma para los Asuntos de Seguridad Nacional. Su influencia parece que se ejerce en ese tiempo sobre Vladimir Zhirinovski[77], sobre el comunista Ziuganov y sobre Aleksandr Rutskoi[78], antiguo jefe del Partido Social-Demócrata, ahora desaparecido de la escena política. Ziuganov concretamente, de quien fue traducido al francés su libro *Rusia después del año 2000. Visión geopolítica de un nuevo Estado* (Mithec, 1999), parece haber tomado del eurasismo la idea de que el nacionalismo ruso no es contrario a la expresión de las minorías, lo que explica sus argumentos a favor del nacionalismo tártaro[79] o del budismo calmuco[80].

El público de aquí, generalmente mal informado sobre la política interna rusa, a menudo no ha sabido comprender las incesantes idas y venidas que se asocian en esa época con personajes que pertenecen tanto a la escena «neo-comunista» como a un nacionalismo más o menos tradicional. ¿Puede usted arrojar algo de luz sobre la relación de fuerzas dentro de la clase política de Rusia en la década de 1990? ¿Cuál es hoy su opinión sobre Seleznev, Zhirinovski y Ziuganov?

Alexander Dugin: Como ya he explicado, la década de 1990 fueron años muy caóticos. El poder político estaba en manos de Boris Yeltsin y su familia, quienes estaban estrechamente asociados con los liberales (Chubais[81], Gaidar[82], Nemtsov[83]) y a los principales oligarcas (Berezovksi, Gusinski[84], Nevzlin, Jodorkovski, etc.), mientras que la mayoría de la población estaba en la oposición. La *estructura rusa*, en el sentido filosófico del término, no estaba consolidada en el seno de una fuerza organizada cualquiera, ideológica o política. Todo gravitaba en torno a un «nacional-bolchevismo» (los «rojo-pardos») y a un eurasismo difuso, que se esforzaba por ser coherente con la «*cosa rusa*», es decir, con el inconsciente popular. El nacionalismo y el socialismo eran dos temáticas aproximativas alrededor de las cuales trataba de expresarse esta *estructura* sin haber alcanzado todavía una conciencia clara de sí misma. La gente era claramente hostil al Occidente liberal, pero no tenía los medios para elegir entre el nacionalismo instintivo y el nacional-sovietismo pasivo. Por lo tanto, fuerzas políticas de orientaciones muy diferentes buscaban apropiarse e instrumentalizar estos dos discursos. Después del bombardeo del Parlamento, que fue defendido por una mezcla de «blancos» (nacionalistas), de «pardos» (Barkashov[85]) y de «rojos» (socialistas), las elecciones de diciembre de 1993 mostraron dos fuerzas políticas un poco más estructuradas: por un lado, los nacionalistas, representados por el partido de Vladimir Zhirinovski, y por el otro los comunistas de Ziuganov, los otros movimientos estaban marginalizados. Pero Zhirinovski y Ziuganov llegaron a un acuerdo tácito con Yeltsin y su familia. Estuvieron de acuerdo en desempeñar un papel de opositores formales, en lugar de organizar y con-

solidar realmente la oposición, Yeltsin les garantizó a cambio poder participar en las elecciones sin encontrar obstáculos de carácter administrativo. En la Duma, los «blancos» y los «rojos» estuvieron pues representados por partidos de orientación diferente, pero cuya oposición al poder era, en ambos casos, puramente ficticia. Zhirinovski adoptó el papel de un bufón, que dice cosas serias mientras hace el tonto, mientras que Ziuganov proponía un simulacro de retorno a los «tiempos felices» de la era Brezhnev[86] para apaciguar a los representantes de la generación anterior, más hostiles a Yeltsin.

Guennadi Seleznev seguidamente traicionó a Ziuganov, en favor de otra iniciativa de Boris Yeltsin. El Kremlin había imaginado ser capaz de reducir el margen de maniobra de Ziuganov, fomentando la creación de un partido de izquierdas más moderado, que habría utilizado como a una marioneta. Esto también se hizo más adelante, pero en circunstancias muy diferentes, con el actual Partido de la Justicia de Serguei Mironov[87]. Yo había aconsejado entonces a Seleznev que crease un verdadero partido popular e independiente, pero apelando al mismo tiempo a los sentimientos nacionales y retomando lo esencial de las ideas nacional-bolcheviques y eurasistas. Es en este contexto que fue redactado el programa del movimiento «Rusia» (*Rossiya*), puesto en marcha por Seleznev y del cual, en el año 2000, fui elegido miembro del consejo superior. Desafortunadamente, Seleznev se reveló como incapaz de llevar una lucha política activa, y el Kremlin finalmente le dejó caer. Ahora prácticamente ha desaparecido de la escena política. Ziuganov y Zhirinovski, ellos, han seguido desempeñando su papel, pero con una influencia cada vez menor. Sus partidos se limitan a denunciar la corrupción, sin ni siquiera molestarse en hacer creer que se ocupan seriamente de cuestiones políticas o ideológicas.

Alain de Benoist: El debate acerca de la identidad rusa tomó una nueva coloración en marzo de 2000, con la llegada al poder de Vladimir Putin[88]. Su presidencia se caracteriza en particular mediante un fortalecimiento del poder del Estado, la búsqueda de una mayor soberanía para la independencia económica y el

poder militar, el resurgimiento de los «*silovikis*» (los hombres de los «servicios»), un inicio de lucha contra los oligarcas, una nacionalización de facto del sector de la energía, una innegable recuperación económica, pero también un recrudecimiento de la guerra en Chechenia y una política económica conforme a las exigencias del mercado. Putin no ha dudad en utilizar algunos símbolos de la antigua Unión Soviética (la bandera roja, el himno soviético, etc.), desarrollando a la vez una política muy liberal en ciertas áreas. Ha instado a un proceso de acercamiento, tanto económico como militar, con China, especialmente en el Grupo de Shanghai (que reúne a Rusia, China, Tayikistán, Kirguistán, Kazajistán y Uzbekistán, teniendo como observadores a la India, Irán y Pakistán). También ha fortalecido la alianza con Irán. Ante Europa, su actitud ha sido más ambigua. Siendo él mismo un ex oficial de la KGB estacionado en la RDA[89], es especialmente popular entre los alemanes, cuyo idioma habla con fluidez y quienes ahora son los principales inversores extranjeros en Rusia. El gobierno ruso también ha utilizado sus entregas de gas natural para llevar o intentar llevar a los países bálticos y en especial a Ucrania hacia su esfera de influencia, utilizando también sus suministros de petróleo como un arma en sus relaciones con Georgia y otras ex repúblicas soviéticas. Partidario de una «democracia soberana», Putin finalmente ha tomado una posición clara por la creación de un mundo multipolar.

El 13 de noviembre de 2000, en una cumbre de jefes de Estado de los países del Pacífico que se celebró en Brunei, Vladimir Putin, dijo que «Rusia se identifica en general como una nación euroasiática». Esto es lo que probablemente explica por qué usted esté mucho más cerca de él, hasta el punto de que se le ha podido leer durante varios meses en uno de los sitios web oficiales del gobierno ruso. Sin haber querido nunca dar detalles, usted no esconde que mantenía relaciones más o menos estrechas con varias personalidades del entorno de Putin. En Francia, en *Le Monde* del 25 de agosto de 2005 se le presentó además como «visto favorablemente por el Kremlin», agregando que «Vladimir Putin nunca ha dejado de afirmar las ambiciones euroasiáticas de su país».

Pero poco a poco, su juicio se ha vuelto más crítico. Después de 2005, ha llegado a decir que el balance de Putin tendía «al negativo», o incluso presentarlo como un «mal menor». Usted le había dado crédito por su ruptura con la política del clan Yeltsin, a quien ha calificado de forma retrospectiva de «títere estadounidense», pero usted hubiera preferido verle ir más rápido y más lejos. Ya, después de los atentados del 11 de septiembre, le había criticado a Putin no haberse opuesto a las acciones americanas en Afganistán y Asia Central. A partir de entonces, usted ha denunciado el componente liberal y atlantista de su entorno y su falta de respuesta después de las revoluciones «coloreadas» que se produjeron en 2003 en Georgia, en 2004 en Ucrania, y en 2005 en Kirguistán. A continuación, usted declaró que Putin es conservador y patriota, pero que no tiene «una visión política, histórica o geopolítica clara» de que su patriotismo es «superficial», mientras que su liberalismo económico es una realidad, que no ha establecido una clase dirigente digna de ese nombre, que no ha acometido suficientemente la lucha contra los oligarcas, que incluso su eurasismo es «carente de contenido». Estas críticas han aumentado en los últimos años, a pesar de que se reconocía la ausencia de una alternativa política creíble. Usted sin embargo apoyó firmemente la respuesta militar del Kremlin después del ataque de las tropas georgianas contra Osetia del Sur en el verano de 2008.

¿Qué balance final hace usted de la presidencia de Putin? ¿Qué piensa usted de Dmitri Medvedev[90], quien sucedió a Putin, al tiempo que le conserva como primer ministro? ¿Es un títere de Putin, como algunos piensan, o alguien que pudiera poner en práctica una política personal? ¿Quién detenta ahora el verdadero poder en el Kremlin? ¿Un nuevo curso es posible?

Alexander Dugin: Mi actitud ante Putin se basa en sus declaraciones y la observación de los hechos. Usted ha enfocado muy correctamente los puntos más importantes de la evolución de mi opinión sobre él. Diré primero que creo que es un personaje muy positivo, que sin réplica alguna *salvó* a Rusia en uno de los momentos más críticos de su historia. Recibió el poder de manos de Boris Yeltsin en un momento en que el país parecía

a punto de estallar. Durante el periodo negro que va de 1993 a 1998, habíamos visto a un gobierno separatista instalarse en Chechenia, los ataques contra las ciudades y los territorios rusos multiplicarse, algunos pueblos autóctonos del Cáucaso practicar la limpieza étnica contra los rusos, oligarcas abiertamente rusófobos gobernar el país a través de la familia Yeltsin, sumergiéndola en una corrupción cada vez mayor. Con Putin, el país comenzó a recuperarse. Rusia ha tomado el control de su territorio, fueron aplastados los separatistas, los oligarcas (o al menos los más odiosos de esos mismos) fueron encarcelados o forzados al exilio, los símbolos más gloriosos de la historia rusa y soviética fueron rehabilitados. Putin empezó a contradecir a los estadounidenses, afirmando que Rusia tiene sus propios intereses. Este es un contraste total con la era Yeltsin. Es por eso que siempre he apoyado fundamentalmente a Vladimir Putin y todavía le apoyo hoy. Fue y sigue siendo lo mejor.

Al mismo tiempo, como usted ha dicho con razón, también he criticado su liberalismo económico, la lentitud de sus reformas, la acción de algunos miembros de su entorno, una cierta falta de estrategia coherente en los asuntos internacionales, o incluso algunas dudas para cruzar las etapas indispensables para la defensa de nuestros intereses geopolíticos. Creo que Putin es de hecho un eurasista, pero lo es por la fuerza de las circunstancias, debido a su instinto patriótico que le impulsa a reaccionar negativamente ante la amenaza atlantista. Es eurasista a su pesar. Los estadounidenses siguen su estrategia con una resolución ejemplar. Ellos están tratando de organizar un imperio mundial bajo su control, basado en la primacía de la sociedad de mercado y de la ideología universalista de los derechos humanos. Putin ha comprendido bien, de manera consciente o no, que su éxito sería el fin de Rusia como entidad histórica, estratégica y geopolítica independiente. Es por esto que se opone a ellos, portándose así como eurasista. Así que se podría decir que, subjetivamente, no es verdaderamente eurasista, pero objetivamente los estadounidenses han hecho de él un eurasista. Putin es, de hecho, sobre todo un nacionalista y estatista ruso que profesa al mismo tiempo, lejos de cualquier reflexión filosófica, ideas sobre todo liberales en economía.

Desde luego, también simpatiza con la Iglesia Ortodoxa. Pero carece de una visión coherente del mundo. En algunos aspectos, sigue compartiendo algunas ilusiones liberales de la década de 1990, aunque sin duda ha empezado a perderlas. En el plano económico, parece favorecer un capitalismo de Estado, con el Estado controlando los monopolios más importantes y las ramas estratégicas de la industria, siendo abandonado el resto al mercado.

Cuando Putin llegó al final de su segundo mandato, yo estaba entre aquellos que esperaban que él pudiera tener un tercero procediendo para ello a una revisión de la Constitución. Temía que Medvedev, que es ante todo un abogado, pudiera tener la tentación de seguir los pasos de Yeltsin y Gorbachov. Pero hasta ahora, tengo que decir que mis temores eran infundados. Medvedev continúa siguiendo el mismo curso que Putin. Bajo su presidencia, las relaciones con los Estados Unidos incluso se han deteriorado. Su reacción a la agresión georgiana fue exactamente la apropiada, sin embargo, por mi parte, yo hubiera preferido que las tropas rusas llegasen hasta Tiflis[91]. Esta es una buena señal. Cuánto más sepa oponerse Rusia a los Estados Unidos, más multipolar será el mundo.

Dicho esto, un nuevo curso siempre es posible, en particular, debido a que casi todos los representantes de las actuales élites rusas fueron formados en la era de Boris Yeltsin, y han sido pues todos más o menos tocados por el atlantismo y el liberalismo. La historia política sigue abierta para nosotros, pero también es una razón para tratar de cambiar el curso hacia nuestra dirección. Política e ideológicamente, Rusia se encuentra todavía en la hora del cambio. En la época de Yeltsin, la elección se hizo a favor de la globalización y de un mundo unipolar, a favor de una geopolítica atlantista, etc, pero esta elección no fue apoyada por el pueblo. La designación de Putin como heredero de Yeltsin estaba concebida originalmente como un compromiso entre lo que querían las élites prooccidentales y a lo que aspiraban las masas. Las huellas de atlantismo que se mantienen en Putin y Medvedev son un reflejo de este compromiso. Pero Putin se orientó seguidamente en la dirección opuesta, hacia el polo de las masas, es decir, hacia el pueblo. De ahí su apela-

ción a los valores patrióticos y su negativa a la unipolaridad. Putin ha empezado la evolución del atlantismo al eurasismo. Pero este cambio todavía no está completo ni es irreversible, por lo que siempre hay un riesgo de retroceso. Esto es lo que da a la situación política e ideológica actual en Rusia su carácter dinámico y dramático al mismo tiempo.

El mayor riesgo es un retorno a una forma más o menos marcada de atlantismo bajo la influencia de algunas élites. La política de Putin y Medvedev podría resumirse en la fórmula: «patriotismo + liberalismo». Aquella que estaba en vigor bajo Boris Yeltsin, y que sigue siendo la de los oligarcas y liberales (Kasparov, Nemzov, «La Otra Rusia», etc), corresponde a la fórmula: «occidentalismo + liberalismo». Nuestra fórmula, para nosotros, es: «patriotismo + socialismo ruso». Si Putin y Medvedev estuvieran realmente dispuestos a formular un patriotismo consecuente, con toda seguridad serían llevados a tomar sus distancias de las elites, y su elección eurasista sería por lo tanto irrevocable. De lo contrario, ellos deberían renunciar a la defensa de la soberanía de Rusia y los intereses del pueblo ruso a cambio de su inclusión en el «nuevo orden mundial» con las condiciones americanas, con todas las consecuencias que esto podría tener. Actualmente, Medvedev y Putin dudan. Ellos conocen muy bien el precio de un deterioro de sus relaciones con Estados Unidos, pero aún no pueden aceptar los riesgos de una confrontación abierta.

Alain de Benoist: Poco después de que Putin llegó al poder, en colaboración con uno de los asesores y «politecnólogos» de éste último, el ex disidente Gleb Pavlovsky[92], usted lanzó el movimiento Eurasia (*Evrazija*), que nació oficialmente el 21 de abril de 2001, y se dotó de una nueva revista, *Evraziiskoe obozrenie*. Entonces usted declaró sin ambages que su objetivo no es «alcanzar el poder, sino influir al poder". El primer congreso del movimiento se llevará además bajo la bandera de la sentencia de Putin mencionada anteriormente, y uno de sus miembros, Dimitri Rjurik, será nombrado embajador de Rusia en Uzbekistán. Organizado sobre una base abiertamente multiconfesional, Eurasia pronto tendrá 59 secciones regionales y más de 10.000 miembros.

En mayo de 2002, el movimiento Eurasia se transforma en un partido político. Él aboga por una Unión euroasiática extendida gradualmente a varias regiones de Asia Central, a lo largo de un eje Moscú-Teherán-Delhi-Pekín. Dos posibilidades son entonces examinadas: una «pequeña» Eurasia unificada sobre la base de Rusia, Kazajistán, Ucrania, Bielorrusia, los países de Asia Central, Mongolia, las tres repúblicas bálticas, incluso algunos estados de los Balcanes; y una «gran» Eurasia incorporando también a Turquía. Después de conseguir el apoyo de otro personaje cercano a Putin, Mijaíl Leontiev[93], presentador del programa «Odnako» emitido en el *Pervyi Kanal*, la primera cadena de televisión pública, también colabora entonces con el movimiento Rodina[94], a pesar de sus diferencias con él. A principios de 2003, intenta incluso animar una corriente «patriótica de izquierda» en compañía del economista Serguei Glazev[95]. Este último, que fue en diciembre de 1992 el Ministro de Relaciones Económicas Exteriores en el gobierno de Yegor Gaidar, pero renunció en octubre de 1993, antes de convertirse en un diputado de la Duma de 1993 a 1995 (fue reelegido en 1999 en un lista comunista), también había participado en 2002 en la primera convención del partido Eurasia. Sin embargo, en septiembre de 2003, usted rompe con Rodina, del que usted critica el excesivo nacionalismo, el «chovinismo derechista» y el «populismo irresponsable» durante una conferencia de prensa. El mismo Glazev deja Rodina en 2004, mientras que el partido Eurasia será él mismo oficialmente disuelto en diciembre del mismo año.

Después de las elecciones generales de diciembre de 2003, parece que usted se va a ir alejando de la vida política interior rusa y que se va a dedicar especialmente a profundizar en las ideas geopolíticas del neo-eurasismo y la crítica de la globalización. ¿Su actividad política en los últimos años ha sido consecuencia de una incapacidad o un fracaso? ¿Cuál es su evaluación de la actividad del partido Eurasia?

Alexander Dugin: En primer lugar, debo corregirle en algunos detalles. Mis relaciones con Gleb Pavlovsky fueron inventadas totalmente por observadores externos. Conozco a Pavlovksy, los

dos somos partidarios de Putin y tanto uno como otro tenemos contactos con el poder político actual, pero nunca ha habido relaciones entre nosotros. Personalmente, lo considero como un personaje absolutamente nulo en el plano intelectual, que siempre ha trabajado para los oligarcas y algunos *think tanks* estadounidenses. Por consiguiente, no participó de ninguna manera en la creación del movimiento Eurasia. Mijail Leontiev es por el contrario un amigo que, a pesar de algunas tendencias liberales que no puedo entender (y que también tienden a desaparecer), comparte lo esencial de mis ideas acerca de la importancia de la soberanía rusa y la necesidad de oponerse a los Estados Unidos afirmando la independencia geopolítica de Rusia. Leontiev es en efecto muy cercano a Putin.

Volvamos a lo de Rodina. A medida que nos acercamos a las elecciones de 2003, algunos miembros del Kremlin con los que colaboraba me preguntaron mi opinión sobre la conveniencia de la participación de un nuevo partido o bloque político que apelase a los valores «patrióticos». Este fue el movimiento Rodina. Yo escribí su programa electoral, con una orientación económica de izquierda (socialista) y una orientación política de derecha (nacionalista). Glazev, que era entonces un miembro de la fracción comunista en la Duma, debía representar el ala izquierda, mientras que el nacionalista populista Rogozin[96] iba a representar el ala derecha. Ambos fueron luego invitados al Kremlin, donde hicieron un pacto de lealtad con el poder. Este pacto fue patrocinado por el «politecnólogo» Marat Guelman[97], al que considero un rusófobo liberal, y que también es un experto en arte posmoderno. Con la sensación de haber estado involucrado en una manipulación deshonesta, decidí mantener al movimiento Eurasia alejado de ello y tomar mis distancias con las luchas políticas que para mí ya no tenían ningún interés. Dos años más tarde, el partido Rodina se rompió y se dividió, desapareciendo sin dejar rastro y tan rápidamente como había aparecido de forma artificial. Glazev regresó al mundo universitario. Rogozin, después de algún tiempo asociado con cabezas rapadas y neonazis en Moscú, ha sido nombrado representante de Rusia ante la sede de la OTAN. Él es ahora el principal portavoz del lobby ameri-

cano cerca de Putin y Medvedev. Puede ser considerado como un oportunista.

En cuanto al partido Eurasia, fundado como ha dicho en 2002, no fue disuelto, sino transformado en un Movimiento Eurasista Internacional que cuenta hoy con alrededor de 25.000 afiliados, a los que se añade una rama destinada a los jóvenes, engrosada ella misma con 20.000 miembros. La estructura se ha mantenido igual, esta continúa extendiéndose a los hombres, ideas, métodos y objetivos. El objetivo principal es siempre el de «influir en el poder». Entre los partidos políticos, tengo sobre todo contactos con el partido «Rusia Unida», del cual una serie de cuadros, especialmente entre los jóvenes, han sido formados por las ideas patrióticas y eurasistas.

La creación de un partido ha sido una experiencia muy útil para la formación de un sujeto colectivo capaz de actuar a favor del eurasismo en el mundo posmoderno. Aprendí a como trabajar con la masa de los afiliados, aumentar los contactos útiles, encontrar los fondos necesarios para una acción colectiva organizada. Al mismo tiempo, yo siempre he sido bastante escéptico sobre las posibilidades electorales de un movimiento electoral tradicionalista y conservador-revolucionario, especialmente en un mundo donde la política se parece cada vez más a un espectáculo. El partido Eurasia, así como el movimiento que le sucedió, constituye sin embargo una estructura que permitió establecer estrechos vínculos con el poder político actual.

Alain de Benoist: El partido Eurasia cedió pues el sitio al Movimiento Eurasista Internacional (*Mezhdunaradnaie Euraziiskaie Duizhenie*), creado formalmente en su primer congreso internacional, celebrado el 20 de noviembre de 2003 en la Casa de la Prensa de Moscú, y que se dotó del estado de organización no gubernamental (ONG). El MED ahora incluye a representantes de 20 países diferentes –incluyendo Kazajistán y Turquía, pero también Tartaristán, el Cáucaso del norte, la República de Sajá, etc.– Y muchas personalidades han figurado o figuran en su Consejo Superior, como el Ministro de Cultura Vladimir Sokolov; el vice-ministro de asuntos exteriores Víctor Kalyuzhny; el

consejero presidencial Alsambek Aslajanov; el embajador plenipotenciario Albert S. Chernyshev; el presidente del Consejo de la Federación (la cámara alta del Parlamento ruso), Mijail Margelov; el portavoz adjunto del mismo Consejo, A.P. Torshin: el redactor-jefe de *Krasnaya Zvezda*, N.N. Efimov; el rector de la Universidad Lev Gumilev de Astana, S.A. Abdymanapov; el rector de la Universidad de Bishkek, V.I. Nifadyev, etc. El movimiento cuenta también entre sus filas a representantes de todas las religiones presentes en Rusia, entre ellos ortodoxos como el arzobispo Andrian, patriarca de los viejos-creyentes, que murió en 2006; musulmanes como el Mufti y Jeque-ul-Islam Talgat S. Tadjuddin; budistas como Dordzhi Lama, coordinador de la Unión de Kalmukos budistas; y judios tradicionalistas como A. Eskin, V. Bukarsky o el rabino jasídico Avrom Schmulevich.

Mientras tanto, usted creó el Movimiento de la juventud eurasista (ESM), dirigido por Pavel Zarifullin y Valeri Korovin, que lanzó en septiembre de 2005 un frente «anti-Naranja». Desde la misma fecha, usted también dispone de una emisión semanal de geopolítica («*Veji*») en la cadena de televisión ortodoxa «Spas», creada por Ivan Demidov y difundida por satélite. Finalmente, desde mayo de 2007, usted es responsable de un programa semanal de radio («Lo de Rusia») en una cadena de radio FM asociada informalmente a la administración de la presidencia de Rusia.

La principal característica de este nuevo Movimiento eurasista es su dimensión internacional. Usted plantea en este momento el eurasismo como la «filosofía de la mundialización multipolar», es decir, como un programa mucho más allá de las fronteras de Rusia, Europa y Asia, en el que no hay, por lo tanto, necesidad de ser ruso o incluso europeo para unirse. ¿Este proyecto de nueva «Internacional» no comporta un riesgo de dilución (o de parálisis)? Por otra parte, ¿no es contradictorio para el MED presentarse como «eurasista» mientras se muestra una vocación internacional? ¿En qué el eurasismo puede involucrar a gentes que viven fuera de Eurasia? Si el objetivo es, básicamente, luchar contra la mundialización liberal, ¿por qué conservar la referencia a Eurasia?

Alexander Dugin: El pensamiento eurasista siempre ha presentado una dimensión internacional. Para los primeros eurasistas, como el Príncipe Trubetskoi, la guerra librada por Rusia contra la occidentalización no sólo fue una guerra local, sino la vanguardia de una guerra universal de todos los pueblos contra la amenaza que representa la occidentalización. Hoy, además, el desafío americano es más que nunca un desafío global. La respuesta debe ser pues también global. Rusia, por último, se sigue considerando como la portadora de una misión que supera sus fronteras, ya se trate de la «Tercera Roma» para los cristianos ortodoxos o del «comunismo planetario» en la época soviética. No veo entonces ninguna contradicción en el hecho de que el eurasismo sea a la vez un movimiento ruso y un movimiento mundial.

Se acostumbra a identificar a Occidente con la modernidad. Es por eso que a veces incluso se sitúa a Japón entre los países occidentales. Esto significa que desde hace mucho tiempo Occidente ha dejado de ser un concepto geográfico para convertirse en un concepto geopolítico y de civilización. Occidente, hoy, es la modernización, el progreso y la ideología de los derechos humanos. Siguiendo a Trubetskoi y Savitsky[98], concibo al eurasismo como un concepto antitético del de Occidente, pero que es como él meta-geográfico y universal. En el pasado, «Oriente» pudo ser presentado también como la antítesis de Occidente, pero es una antítesis pasiva. Oriente sigue siendo esa parte del mundo donde la modernidad avanza, pero donde todavía no ha triunfado por completo. Desde este punto de vista, «Oriente» significa tradición, pero también puro conservadurismo, oposición inerte. El eurasismo, como doctrina, incorpora por el contrario la idea de Revolución Conservadora. Es un anti-occidentalismo activo, que conoce la modernidad desde el interior, pero que rechaza esta modernidad en nombre de la Tradición. Un eurasista, por tanto, no es en absoluto un mero «habitante del continente eurasiático». Es sobretodo el hombre que asume voluntariamente la posición de una lucha existencial, ideológica y metafísica, contra el americanismo, la globalización y el imperialismo de los valores occidentales (la «sociedad abierta», los «derechos humanos», la sociedad de mercado, etc.). Así que

muy bien usted puede ser eurasista viviendo en América latina, Canadá, Australia o África. El hecho de que nuestro movimiento tiene sucursales en todas estas partes del mundo demuestra que se puede entender muy bien el sentido meta-geográfico profundo del eurasismo e identificarse con él.

Alain de Benoist: Desde hace quince años, el eurasismo atrae la atención de los comentaristas extranjeros, no dudando algunos de ellos en presentarlo como un posible sucesor del sovietismo. La especialista francesa en el tema, Marlène Laruelle, señaló de este modo en 2001 que «la ideología eurasista reaparece hoy con fuerza no sólo en la escena política e intelectual rusa, sino también entre las élites turco-musulmanas de la Federación de Rusia así como de Kazajistán». Constatando que sus libros «se han convertido en clásicos de la Universidad rusa en disciplinas como las ciencias políticas, la geopolítica o la culturología», ella citaba a una gran cantidad de asociaciones, círculos oficiales, clubs políticos, grupos de trabajo, estaciones de radio, etc., que de distintas formas se muestran sensibles últimamente a las ideas eurasistas. Asimismo, ella también señalaba que éstas afectan igualmente a los órganos de representación de los turco-musulmanes (como el Congreso de los pueblos turcos de Rusia o el Comité de coordinación de los muftiatos[99] de Rusia), así como a medios dirigentes del Tartaristán o de la República de Sajá. El eurasismo alógeno, no ruso, escribe, «permite desarrollar una identidad que, por una parte, valora la diferencia, el Islam, el idioma y las tradiciones nacionales, y, por tanto, la autonomía, y que, por otro lado, no es políticamente arriesgado, porque el eurasismo, muy leal y estatista hacia Rusia, no se presenta de ningún modo como un discurso separatista [...] El eurasismo se presenta entonces como una posible redefinición de las relaciones centro-periferia, ruso-alógenas, y sirve de instrumento ideológico a las regiones y repúblicas sujetos de la Federación para afirmarse».

El éxito que ha tenido el eurasismo en Kazajistán es particularmente sorprendente. El presidente kazajo Nursultan Nazarbayev, de hecho se ha pronunciado reiteradamente a favor de las ideas eurasistas. El nombre de Lev Gumiliev incluso fue

dado a la Universidad de la capital, rebautizada «Universidad Nacional Eurasiática». Nazarbayev también puso en marcha en abril de 1994 un proyecto de Unión de Estados eurasiáticos, dotada con órganos supranacionales, algunos de los cuales se han inspirado en Rusia para imaginar la reconstrucción de un espacio económico y geopolítico postsoviético (cf. su libro publicado en Moscú en 1997, *Evrazijskij Sojuz. Idei, praktika, perspektivy 1994-1997*).

Libros y monografías también le han sido dedicados, en particular en Francia por Marlène Laruelle, pero también en Alemania por Otto Boss y Stefan Wiederkehr. Artículos acerca de usted se publicaron en revistas como *Foreign Affairs*, el *Journal of the American Academy of Religion* o *Contemporary Review*. En 1991, usted tomó la palabra en París durante un coloquio nacional del GRECE. En septiembre de 2004, usted regresó a Francia para participar, junto a Marlène Laruelle, Michel Grabar, Zauré Seipicheva, Anton Koslov y Pavel Kuznetsov, en una jornada de estudios sobre el tema «Eurasismo y neo-eurasismo, dos ideologías del imperio ruso en el siglo XX», organizado por el Centre d'études eurasiatiques de l'Université de Rennes. Al año siguiente, en el otoño de 2005, se fue a los Estados Unidos donde fue recibido en el Departamento de Estado y donde se encontró, entre otros, con Zbigniew Brzezinski[100] y Francis Fukuyama[101].

¿Qué piensa usted acerca de la forma en que el eurasismo se percibe y es presentado por los observadores extranjeros? ¿Cuáles son los aspectos más desconocidos o los más incomprendidos? ¿Dónde se ha analizado mejor? ¿Usted podría, por otra parte, darnos algunos detalles sobre su viaje a los Estados Unidos y acerca de las enseñanzas que ha sacado de ello?

Alexander Dugin: Que se califique al eurasismo de «posible sucesor del sovietismo», obviamente, no me molesta en absoluto. Incluso es en mi opinión una afirmación correcta. Pero siempre debemos tener en cuenta el otro lado del sovietismo, el sovietismo como manifestación subterránea paradójica de la *estructura rusa*, de la misión rusa, de la «cosa rusa». Nosotros hemos conocido períodos en nuestra historia que, desde un

punto de vista racional, parecen contradecirse por completo: la Rusia del reino moscovita, desde el siglo XV hasta el siglo XVII, el imperio de Pedro el Grande y sus sucesores, la Rusia zarista y ortodoxa, la Rusia comunista y atea. Pero ver solamente rupturas en nuestra historia, procede de una mirada superficial. Al examinar las cosas más de cerca, pronto se constata que lo que emergía en la superficie de la ruptura manifestaba de hecho una gran continuidad en las profundidades. El período soviético, en esta perspectiva, ha representado una parte legítima de la historia nacional rusa, no una aberración total o el resultado de una conspiración extranjera. En muchos sentidos, fue una *elección histórica del pueblo*. Pero esta etapa, durante la cual continuamos la construcción de nuestro imperio, ahora está completamente cerrada. Tenemos que encontrar nuevas formas para nuestra misión universal, nuestra geopolítica, nuestra visión del mundo. No hace falta decir que el liberalismo y el atlantismo están excluidos a priori, ya que son totalmente incompatibles con nuestra identidad. Los que querrían que Rusia fuera un país «como los demás», o realmente no entienden nada, o simplemente quieren nuestra desaparición. Nunca hemos sido «normales» y nunca lo seremos. ¡Rusia será grande, única, radiante, absoluta, paradójica, misteriosa, salvadora, o desaparecerá!

El eurasismo es, básicamente, considerado como la nueva forma de esta misión rusa milenaria. Su lógica interna nos obliga a considerar la etapa soviética como una etapa legítima hasta cierto punto, una etapa de paso que fue sin duda contradictoria y terriblemente sangrienta, pero también grande e incluso planetaria en algunas de sus dimensiones. Desde este punto de vista, una vez más, los eurasistas son verdaderamente «bolcheviques cristianos ortodoxos».

Usted ha mencionado con toda justicia las razones de la gran popularidad del eurasismo en algunos pueblos no rusos de Rusia y del espacio post-soviético. Para estos pueblos, el eurasismo constituye la posibilidad histórica de unirse con los Grandes-Rusos (*Velikorossi*) en la creación de un Estado en el que puedan preservar y promover su identidad propia. El presidente Nazarbaev, de quien usted mencionó el nombre, ha hecho del

eurasismo –un eurasismo moderado, a lo kazajo– la ideología del Estado kazajo. Le dediqué un libro («La misión eurasista de Nursultan Nazarbaev») que se publicó en ruso, en kazajo y en turco. Hice un análisis muy positivo del eurasismo kazajo, siendo las diferencias entre nuestras visiones del mundo tan sólo secundarias. Pero el eurasismo también tiene éxito en Turquía, donde varios movimientos de masas lo reclaman. Pienso principalmente en el Partido de los Trabajadores de Turquía *(Türkiye Işçi Partisi)*, que ha dado mucho que hablar recientemente sobre la organización secreta «Ergenekon».[102]

En cuanto a mis relaciones americanas, debo decir que a pesar de mi oposición total a la política de los Estados Unidos, tengo un gran respeto por sus elites intelectuales, cuyo nivel intelectual es mucho mayor que el que se encuentra en otros lugares del mundo. Los Estados Unidos muestran una tendencia abrumadora a considerarse como el único sujeto del planeta, siendo los otros tan solo objetos. Esto es por supuesto totalmente equivocado, pero hay una cierta grandeza en este decisionismo[103] y esta arrogancia solipsista[104]. Siguiendo a Carl Schmitt, yo diría que los americanos son nuestros enemigos absolutos, pero eso no quiere decir que sean intrínsecamente «malvados». Ellos son nuestros enemigos (*hostis*), y eso es todo. Yo añadiría incluso que cuando se tienen enemigos perfectamente viles y estúpidos, es porque uno mismo tampoco no es tan brillante. Las personalidades que conocí en Washington, entre ellas Francis Fukuyama, Frederick Starr[105], Charles Fairbanks[106], Zbigniew Brzezinski, etc., me dieron la impresión de ser hombres serios y competentes, dotados con cerebros eficaces y una voluntad de hierro. Ellos tienen un gran interés por el eurasismo y me parecieron notablemente informados al respecto: ¡en una conferencia en el Departamento de Estado, uno de los altos funcionarios que estaban presentes incluso me pidió que le indicase si fue en 1999 o en 2000 cuando nuestra modesta página web cambió de proveedor! En otra ocasión, en el Instituto Hopkins, los estadounidenses me mostraron una larga serie de correspondencias entre mis posiciones de la década de 1990 y algunas recientes declaraciones de Vladimir Putin. Fue bastante impresionante. Muy atentos a las ideas, a las

actividades sociales y políticas y a las iniciativas de todo tipo, estas personas observan y siguen muy de cerca todas las explosiones de «pasionalidad» en el mundo. Es un poco como el vampirismo, pero un vampirismo bastante simpático. Es interesante, en todo caso, ver a los representantes de la civilización más materialista que hay, tener en muy alta estima ciertas ideas o intuiciones filosóficas que muchas sociedades «tradicionales» de hoy, donde existe la corrupción más banal. La élite política e intelectual americana es mucho más simpática y viril que la élite europea o la élite rusa. Los estadounidenses saben pensar y decidir de manera resuelta. Usted puede ver en ello la evidencia de su «falta de cultura», pero también de una cierta salud.

Frederick Starr, quien es un especialista en Asia Central (y también un músico de jazz), me dijo: «Ahora es el momento de los nuevos brahmanes.» Con eso quiso decir que en una época en que la información es cada vez más accesible a todos, su desciframiento e interpretación devienen al mismo tiempo cada vez más problemáticos. En un futuro próximo, sólo un pequeño número de intelectuales serán capaces de decodificar una información que se convertirá en indescifrable para la mayoría de la gente. Será quizás gracias a estos conocimientos como ellos acabarán por imponerse, tomando en sus manos el destino del mundo. La nacionalidad de estos «brahmanes» importa poco, pero yo creo que Washington ya se están preparando para un mandato de este tipo. Mañana ya es hoy, en los Estados Unidos por lo menos.

Me parece que el eurasismo tiene, paradójicamente, puntos en común en este sentido con el atlantismo. Hay una foto mía con Brzezinski, donde nos sentamos a ambos lados de una mesa donde se halla dibujado un tablero de ajedrez. La identidad de uno de los jugadores es obvia: Brzezinski representa la hiperpotencia global. Pero, ¿quién puede ocupar el lugar del otro jugador? Le plantee la cuestión a Brzezinski, pidiéndole quien jugaría mañana con los Estados Unidos en el «Gran Tablero de Ajedrez». Respondió que nunca pensó en eso, y que en el famoso libro al que le dio ese título se limitó a hacer un panorama objetivo de las fuerzas regionales presentes y la ló-

gica a la que obedecen. Llegué a la conclusión de que él ve al ajedrez como un juego para un solo jugador, que juega *consigo mismo* pasando alternativamente de un lado a otro de la mesa. El eurasismo tal como yo lo entiendo, es el *segundo jugador* del «Gran Tablero de Ajedrez». Por supuesto, este no es un objetivo ya alcanzado, pero es una meta a alcanzar. El juego de ajedrez debe volver a ser un juego para dos.

Alain de Benoist: Usted estima justamente que el mundo ahora debe pensarse en términos de esferas o zonas de influencia en una visión de multipolaridad. También desarrolla la idea de que la expansión de las grandes potencias ya no se puede comprender de manera «horizontal» (este-oeste), sino «vertical» (norte-sur). Usted divide pues al mundo en cuatro grandes cinturones geográficamente «verticales»: el continente americano, Euráfrica, la zona Asia-Pacífico y la zona eurasiana, incluyendo principalmente Asia central y Rusia. Dentro de estas zonas, discierne las esferas de influencia y los «grandes espacios», como la Unión Europea, Rusia, India, China y Japón. Usted dice que hay una complementariedad simétrica entre Rusia y la Unión Europea, India, Japón e Irán, y que también hay otras categorías geopolíticas que no son simétricamente complementarias a Rusia, pero que también se ven afectadas por la multipolaridad, como China, Pakistán y los países árabes. En este sentido, usted privilegia algunos «ejes»: el eje Moscú-Teherán, el eje Moscú-Nueva Delhi, el eje Moscú-Ankara.

Estas esferas o zonas de influencia, articuladas como corrientes de poder, ¿son idénticas a los «grandes espacios» (*Großräume*) de los que hablaba Carl Schmitt? ¿Son coaliciones de Estados o de naciones, federaciones continentales, «imperios democráticos»? Su hostilidad hacia los Estados Unidos no le impide incluir a este país en su plan de reestructuración mundial y asignarle un papel regional en un mundo multipolar. ¿La América latina está entonces condenada a permanecer en la zona de influencia norteamericana? ¿Cuáles son además las fronteras exactas de Eurasia? ¿Sitúa en ella a los países bálticos? ¿A las naciones ortodoxas de los Balcanes? ¿A Manchuria, Xinjiang, Mongolia, Tíbet?

Alexander Dugin: Usted ha resumido nuestra visión geopolítica brillantemente. El concepto de «grandes espacios» (*Großräume*) proviene en efecto principalmente de la obra de este gran pensador del siglo XX que fue Carl Schmitt. También hemos contribuido a la difusión de sus ideas mediante la traducción rusa de varias de sus obras, que fueron leídas con gran atención por Vladimir Putin y su entorno. Pensar en términos de «grandes espacios» es, sin duda, inscribirse incontestablemente en la tradición schmittiana, pero también, de manera más general, considerar las cosas geopolíticamente. El concepto de «lugar-desarrollo» (*mestorazvitiye*) tan querido por Savitsky, de quien ya hemos hablado, también encaja en este marco. El «gran espacio» corresponde más o menos a los límites naturales, orgánicos e históricos de lo que comúnmente se llama «civilizaciones». Creemos que hay varias civilizaciones, varios tipos histórico-culturales, que constituyen otro tanto de grandes espacios.

En la época de la modernidad, estábamos acostumbrados a pensar en términos de «Estados» alineados sobre el modelo político-legal de las relaciones internacionales. En este contexto, sólo los Estados-nación son los sujetos de la vida política internacional. Esta práctica, actualmente, está en mi opinión completamente superada. La posmodernidad nos incita a ver en el Estado-nación clásico una forma obsoleta. El tradicionalismo nos empuja en la misma dirección, pero por razones muy diferentes, a saber, que él siempre ha combatido a la modernidad enfatizando en el ideal del Imperio sagrado. La noción de «gran espacio» nos permite desarrollar una crítica del Estado-nación que reposa al mismo tiempo en la visión posmoderna y en la perspectiva del tradicionalismo integral. Si la expresión es aún un poco vaga, es sin duda una ventaja más que un defecto.

La «civilización» (o el «gran espacio») no es hoy un concepto político, y mucho menos un concepto jurídico. El hecho de que pueblos pertenecientes a diferentes Estados-nación comparten, sin siquiera darse cuenta de ello, ciertas actitudes o ciertos valores, algunas visiones del mundo, algunas experiencias históricas, desempeña un papel cada vez más importante en las decisiones más serias que se toman hoy en los tratados,

los conflictos, las negociaciones regionales o internacionales. En los últimos años, el término «Imperio» está nuevamente de moda. También se habla de «choque de civilizaciones», se predice el retorno de las religiones e incluso guerras confesionales (que ya es casi el caso de Irak, la lucha entre Al-Qaeda y Estados Unidos o entre el Estado de Israel y el Hezbollah libanés). Aún sin estar totalmente reconocida y aceptada en el ámbito político-legal, la noción de «gran espacio» se impone cada vez más. Continuará con toda seguridad imponiéndose.

Debemos pensar el gran espacio tanto como una coalición de Estados o naciones, como una federación continental y como un «imperio democrático». En el primer caso, que ya es una realidad, el gran espacio asocia a Estados-nación poblados por representantes de un mismo tipo histórico-cultural. Este es hoy el caso de los países árabo-musulmanes, de los países del Islam continental (Irán, Pakistán, Afganistán), de los territorios post-soviéticos (pertenecientes a la civilización euroasiática), de los países de América latina, etc. Otros tipos de grandes espacios corresponden formalmente a un solo Estado-nación, pero en realidad son civilizaciones o imperios, como la India o China, poblados por miles de millones de habitantes, con principios espirituales y sociales tan antiguos como particulares. Ellos podrían ser descritos como Estados-civilización. En cuanto a las federaciones continentales organizadas como «imperios democráticos» - un término que uso de buena gana para describir la organización futura de la Unión eurasista llamada a ponerse en marcha en el espacio post-soviético - podemos ver un ejemplo de ello en la Unión Europea, o incluso en el bloque que los Estados Unidos están formando con Canadá y México. También se pueden imaginar grandes espacios que se organizarían en el África negra o en el Océano Pacífico. Pero la organización de los grandes espacios en verdaderas entidades político-legales se concibe como un proceso orgánico, que sólo se puede hacer de una manera diferente, y a un ritmo diferente, dependiendo de las circunstancias y lugares. Apelar a los grandes espacios, es en la actualidad primeramente enunciar un principio, una idea general. Los detalles relativos a cada caso concreto vendrán después.

Usted ha hablado de mi hostilidad hacia los Estados Unidos. Debo precisar que también tiene sus límites. Yo no tengo un odio particular para los Estados Unidos como Estado o sociedad, ni incluso como representantes de la última palabra de la civilización moderna y occidental, sino que, en cambio, me niego categóricamente a admitir que los estadounidenses son los portadores de una *verdad universal obligatoria*. Considero que la ideología de los derechos humanos, la economía de mercado, el sistema democrático liberal, el parlamentarismo y la división de poderes son valores *locales*, que se basan en una experiencia histórica concreta que podemos localizar fácilmente en el espacio (Europa Occidental, luego América) y en el tiempo (la modernidad). Los otros pueblos, las otras culturas o tipos histórico-culturales pueden tener otros valores. Ellos pueden dar prioridad a los valores colectivos y religiosos en vez de dársela al individuo, pueden preferir la jerarquía, la monarquía o la teocracia, el socialismo, el comunismo, el anarquismo, etc. Los Estados Unidos de América deben ser combatidos siempre que su propia identidad se confunda con el universalismo occidental y el mesianismo atlantista. Si se puede, de una manera u otra, poner fin a su hegemonía y su expansionismo global, bien podrán identificarse con los valores que ellos quieren y seguir siendo la gran potencia regional que siempre ha sido. Los eurasistas no tendrán nada que objetar. La América que odiamos, es la América que pretende dictarnos su concepción del bien y del mal, que pretende juzgarnos, manipularnos, controlarnos, colonizarnos, someternos, gobernarnos e imponernos su línea de conducta. Nuestra hostilidad hacia los Estados Unidos es una hostilidad *reactiva*. Ella desaparecerá tan pronto como ellos se comporten de manera diferente. Los estadounidenses son perfectamente libres de adherirse a los valores que son los suyos, y que incluso tienen razón para hacerlo, siempre y cuando esto sea dentro de los límites de su propia civilización. Y a ellos corresponde imponer estos límites. Durante todo el tiempo que ellos no los impongan, los otros pueblos están legitimados a combatirles para obligarles a ello. Si esto debe conducir a su destrucción, tanto peor para ellos. Rusia, por su parte, sabe que es una civilización aparte. Y las fronteras de esta civilización

están claras a sus ojos. Sin embargo, Rusia quiere ser libre para seguir su propio destino, sabiendo que no puede vencer sin la ayuda de todos los que están en la misma situación y que tienen la intención de reaccionar en contra de la misma amenaza.

Si los Estados Unidos se mantuvieran en su papel como potencia regional, nada impide imaginar que pudieran algún día convertirse en nuestros socios o incluso nuestros aliados estratégicos. Carl Schmitt lo ha recordado en varias ocasiones: no hay un enemigo eterno. La enemistad es siempre relativa a las circunstancias. Los Estados Unidos tienen además los medios para dominar todo el continente americano, pero aún deben reconocer su fracaso para hacerse pasar por una potencia mundial. Tal como ellos lo habrían hecho, vamos a apoyar todos los movimientos que se oponen a ellos en América Latina y en otros lugares. Digo todo esto para dejar claro que nuestra actitud negativa frente a los Estados Unidos es una actitud racional. No somos anti-estadounidenses por principios, sino por la fuerza de las circunstancias. Les odiamos como se puede odiar a un agresor, un colonizador, un ocupante, no como se odia al mal en el plano moral, incluso si en la vida real a veces es difícil diferenciar.

Hablemos ahora de las fronteras de Rusia y Eurasia. Pienso que los países bálticos, así como Polonia, pertenecen al tipo histórico-cultural de Europa, y no al tipo eurasiático. Se hallaron en la civilización eurasiática como botín de las guerras interminables que libraron Rusia y Occidente. El mundo eurasiático se los apropió, pero nunca los asimiló. Es legítimo que ellos salgan de este contexto, incluso aunque se pueda debatir el caso de algunos territorios limítrofes. En los Balcanes, hay enclaves geopolíticos puramente eurasiáticos, como Serbia. Bulgaria, Macedonia, Montenegro, incluso Rumanía, tienen un carácter dual: se observa en ellos rasgos eurasiáticos y rasgos europeos. Constituyen una especie de zona intermedia.

En Asia central, Kazajistán, Uzbekistán, Tayikistán, Kirguistán, pertenecen al espacio euroasiático. Afganistán constituye una zona de transición entre Rusia, Irán y Pakistán, con enclaves pro-rusos en el norte, enclaves pro-iraníes (chiítas afganos) y enclaves pro-pakistaníes (los talibanes y los pashtunes en ge-

neral). Manchuria es rusa. Mongolia y el Tíbet son países cuya población, que es budista, teme su absorción por China en el primer caso y la limpieza étnica en el segundo. Pero China es un aliado estratégico de Rusia y Eurasia contra la hegemonía estadounidense. Rusia debe tanto proporcionar algún apoyo para estos dos países, a fin de no crear un vacío que sería llenado por los estadounidenses, teniendo cuidado a la vez de mantener buenas relaciones con los chinos. En cuanto a Xinjiang, se puede imaginar una cooperación entre China, Rusia, Irán y los países musulmanes de Asia Central (que también son miembros de la comunidad de cooperación económica eurasiática) para mantener, una vez más, a raya las intrigas americanas. De una manera más general, son principalmente las áreas de paso que existen entre los diferentes grandes espacios las que han de ser redirigidas por las potencias locales para evitar que los medios atlantistas intervengan allí.

Es lo mismo para el Cáucaso, donde Armenia y Azerbaiyán deben adherirse a la Unión euroasiática. Sin embargo Georgia es un problema obvio. Osetia del Sur es totalmente eurasista (su presidente, Eduard Kokoity[107], es además miembro del Consejo Supremo del Movimiento eurasista), al igual que Abjasia. Mientras Georgia persista en su orientación pro-estadounidense y pida su integración en la OTAN, Rusia deberá considerarla como un país enemigo, pero un cambio de orientación de Tiflis nos llevaría evidentemente a reconsiderar esta posición. Es el mismo caso de Ucrania, donde viven *dos pueblos* que pertenecen a dos civilizaciones diferentes. Más allá del río Zbrutch, en la parte occidental de Ucrania, vive un pueblo que claramente pertenece a la civilización europea (que fue también un histórico «botín» que los rusos no fueron capaces de asimilar). Al este del Zbrutch, en Ucrania oriental y Crimea, viven rusos que no se diferencian prácticamente nada de los rusos que viven en el distrito de Rostov-on-Don, en Stavropoliye o en Kuban. Son descendientes de los cosacos que participaron en la construcción del Imperio. Vemos aquí que la frontera de Rusia y Eurasia en ocasiones pasa *a través de los Estados*. Además, hay zonas mixtas en las que se constata la influencia simultánea de diferentes grandes espacios.

Alain de Benoist: Frente a la mundialización liberal, usted recientemente ha definido al eurasismo como una «altermundialización», es decir, como una mundialización que no consistiría en la difusión universal del modelo occidental americanocentrado, sino que se basaría sobre todo en los principios de la autonomía de las culturas, el derecho de las naciones y los pueblos para afirmarse como sujetos de la historia, en el diferencialismo, la tradición y la justicia social. El neo-eurasismo, desde este punto de vista, constituye claramente una respuesta global a la ideología liberal y tecno-mercantil planetaria, al mismo tiempo que expresa un rechazo radical del modelo americano de sociedad. Además, usted ha declarado a menudo que «los eurasistas y los atlantistas son opuestos en todo», que ellos «defienden dos visiones del mundo y se excluyen mutuamente de su futuro» y que «es la oposición entre los eurasistas y los atlantistas lo que definirá la lucha histórica del siglo XXI». ¿Cómo se presenta para usted, en todas sus dimensiones (política, cultural, económica e incluso metafísica), la oposición entre la mundialización unipolar, basada en el paradigma atlantista, que pretende universalizar el punto de vista occidental alineando la «periferia» el mundo en un centro único, y la mundialización multipolar, que consiste en una constelación de grandes espacios en parte abiertos unos a otros?

También ha dicho que «el antiamericanismo contemporáneo es un resumen de la historia nacional rusa», por lo que «ser ruso significa ser anti-americano». ¿Puede ampliar esta idea? ¿Qué juicio, por último, tiene sobre la doctrina del «choque de civilizaciones» desarrollado por Samuel Huntington[108]?

Alexander Dugin: La idea principal y fundamental del eurasismo como visión del mundo es la *pluralidad de civilizaciones*. Encontramos esta idea claramente formulada en el primer gran texto doctrinal eurasista, los escritos del Príncipe N.S. Trubetskoi sobre «Europa y la humanidad». Trubetskoi reprocha a Europa (tal como ahora nosotros se lo reprochamos a los Estados Unidos) el hecho de plantearse como la matriz de un pensamiento único, cuando en la realidad solo hay pensamientos diferentes. El filósofo Herder[109] ya dijo que «los pueblos son

formas de los pensamientos de Dios». Es exactamente en este contexto como se plantea hoy el problema de la globalización. Vemos puesto en marcha un esquema de desarrollo único que tiene como norma la historia política, intelectual y social de los países occidentales, de quienes los Estados Unidos representan de alguna manera su punto culminante. La mundialización es la imposición planetaria del código político-cultural americano previamente identificado como un código universal, cuya adopción sería obligatoria para toda la humanidad. Esto es lo que se refleja en el sistema-mundo actual, dividido, como usted mismo ha señalado con razón, mi querido Alain de Benoist, entre un *centro* que establece el tono y una *periferia* que se supone que debe imitar. El intelectual estadounidense Thomas Barnett[110] expresa la misma idea al hablar de un «*global core*» y un «*global gap*», este último define el área todavía no «conectada» (*the zone of disconnectedness*). El globalismo que vemos instaurarse actualmente no tiene nada que ver con un concierto de los pueblos y los tipos histórico-culturales. Se define más bien como una *homogeneización* modelada artificialmente sobre el modelo americano. Al denunciar esta homogeneización, nosotros nos enfrentamos al mismo enemigo contra el cual protestaban los primeros eurasistas, pero a un nivel diferente.

Los eurasistas actuales se refieren a una idea que es exactamente lo contrario de aquella que subyace en el globalismo. Ellos apoyan a la pluralidad de valores y a la libertad de los pueblos para elegir y dar forma a su propio destino, independientemente de cualquier otra consideración. Aquí es donde la alternativa eurasista a la globalización va mucho más lejos, y también tiene mucha más profundidad, que las protestas de los post-izquierdistas reconvertidos en «altermundialistas», ya se trate de Hardt[111] y Negri[112], con sus críticas del «Imperio», de Immanuel Wallerstein[113] o de la internacional antimundialista de São Paulo. Los altermundistas critican justamente algunos de los daños y las fallas más evidentes de la mundialización, pero sin embargo se siguen adhiriendo al universalismo occidental, del cual se contentan en teorizar en sentido contrario. Ellos siguen siendo occidentales en lo esencial, adeptos de un

pensamiento único simplemente aderezado con un poco de espiritualismo o ecologismo.

El antiamericanismo propio de la *estructura* rusa es una continuación de la posición intelectual de los eslavófilos. Estos últimos pensaban que no se puede asumir plenamente la identidad rusa más que deshaciéndose de la huella de Occidente, liberándose de esta manera europea de mirarse a uno mismo que se convirtió en la norma después de Pedro el Grande. Pero la Europa actual ya no es la Europa de la época de los eslavófilos, ni tampoco de los primeros eurasistas. Europa es distinta de Occidente, es decir, de la esfera de influencia de los Estados Unidos. Llegar a ser ruso, hoy, es liberarse a todos los niveles de la influencia occidental y americana. El occidentalismo (*zapadnitchestvo*) no sólo es una posición intelectual, sino simultáneamente una enfermedad contagiosa y una traición a la patria. Es por eso que se debe combatir sin descanso a Occidente. Al combatir contra Occidente, los rusos se afirman cómo rusos, pertenecientes a la cultura rusa, a la historia rusa, a los valores rusos.

Samuel Huntington describió de manera realista los obstáculos a los que se enfrentan inevitablemente los partidarios de un mundo unipolar y los fanáticos del fin de la historia. Cuando el último enemigo formal de los Estados Unidos, la Unión Soviética, desapareció, algunos imaginaron que Occidente había llegado al final de su desarrollo democrático liberal y que se iba a acceder al «paraíso terrestre» de la sociedad tecno-mercantil (sobre la que usted mismo ha demostrado hasta qué punto está ya en marcha). Esa era la idea de Francis Fukuyama cuando escribió su famoso artículo sobre el final de la historia. Huntington tuvo el mérito de mostrar todo lo que contradecía el optimismo profesado entonces en los medios de comunicación globalistas. Analizando estos fenómenos, llegó a la conclusión de que se podían incluir bajo una sola denominación: las *civilizaciones*. Esta es la palabra clave.

Pero lo qué significa esa palabra, es también la reaparición bajo una forma posmoderna de un concepto premoderno. La civilización islámica, por ejemplo, existía antes de la modernidad. Pero en la época moderna, la colonización y el laicismo deslegi-

timaron el uso de este término. Ya solo se reconocían «etnias» musulmanas. Después de la descolonización, aparecieron Estados-nación que tenían una «población musulmana», pero es sólo con la revolución iraní[114] (donde encontramos algunos rasgos característicos del tradicionalismo y de la Revolución Conservadora) cuando se vio surgir un Estado musulmán propiamente dicho, donde el Islam fue *políticamente* reconocido como la fuente del poder y del derecho. Teorizando acerca de la transición del Estado a la civilización, Huntington formuló un nuevo concepto politológico, llamado a tomar un sentido verdaderamente político. Mediante ello reconoció así implícitamente (y atrajo la atención sobre) una nueva dimensión de la política internacional que nació tras la desaparición de la URSS. A continuación, los medios atlantistas descubrieron que tendrían que hacer frente a un enemigo que, a diferencia de la Unión Soviética, no se apoya en una ideología explícitamente formalizada, pero que sin embargo ha comenzado a cuestionar y socavar las bases del «nuevo orden mundial» liberal y americanocentrado. El enemigo ahora son las civilizaciones, y ya no sólo los países o Estados. Punto de inflexión.

Entre todas las civilizaciones, sólo la civilización occidental se presenta como universal, pretendiendo ser de este modo *la* civilización (en singular). En términos formales, ya nadie le replica, pero en realidad, la gran mayoría de los hombres y mujeres que viven fuera del espacio europeo o americano rechazan interiormente este dominio, y siguen arraigados en tipos histórico-culturales diferentes. Esto es lo que explica el resurgimiento actual de las civilizaciones. Huntington concluye de ello que el dominio planetario de Occidente tendrá que enfrentarse a nuevos retos. Él aconseja ser consciente de este peligro, prepararse para la reaparición de ciertas formas premodernas en la era posmoderna, y tratar de protegerse contra ellas para garantizar la seguridad de la civilización occidental. Fukuyama era un globalista optimista. Huntington es un globalista pesimista, que analiza los riesgos y mide los peligros. Podemos sacar una lección eurasista de sus análisis. Huntington tiene razón cuando dice que las civilizaciones vuelven a aparecer, pero se equivoca al afligirse. En cambio, debemos alegrarnos del resurgimiento

de las civilizaciones. Debemos aplaudirlo y apoyarlo, preparar los catalizadores de este proceso, y no observarlo pasivamente.

Los choques entre civilizaciones son casi inevitables, pero nuestra labor debe consistir en reorientar la hostilidad, que no va a dejar de crecer, contra los Estados Unidos y la civilización occidental, en vez de dirigirse a las civilizaciones vecinas. Hay que organizar el frente común *de las* civilizaciones contra *una* civilización que pretende ser *la* civilización en singular. Este enemigo común prioritario es el globalismo y los Estados Unidos, que ahora son su principal vector. Cuanto más los pueblos de la Tierra se convenzan de ello, más los enfrentamientos entre las civilizaciones no occidentales podrán ser apaciguados. Si debe haber un «choque» de civilizaciones, tiene que ser un choque entre Occidente y el «resto del mundo» (*the Rest of the World*) –un choque *between the West and the Rest*. El eurasismo es la fórmula política que conviene a ese «resto»: *We are the Rest*–.

Hay otro punto en el que, obviamente, no podemos seguir a Huntington cuando llama al fortalecimiento de las relaciones transatlánticas entre Europa y los Estados Unidos. La nueva generación de dirigentes europeos, entre ellos Angela Merkel o Nicolas Sarkozy, ya ha respondido positivamente a esta llamada, algo que podemos lamentar. El destino de Europa no está en el otro lado del Atlántico. Europa debe establecerse claramente como una civilización distinta, libre e independiente. Tiene que ser una Europa europea, no americana y atlantista. Debe construirse como un imperio democrático posmoderno, mediante la reivindicación de sus raíces culturales y sagradas, pues una parte de su futuro también radica en su pasado. Ser ruso, hoy, es ser anti-estadounidense, pero una Europa que no se alzase también contra los Estados Unidos traicionaría a sus raíces al tiempo que se condenaría a no tener futuro. Europa no pertenece tampoco al espacio euroasiático. Ciertamente, puede y debe incluso ser eurasista en la medida en que se adhiere a esta *idea universal de que no hay civilización universal*, pero no tiene que integrarse en el espacio geográfico de Eurasia. Lo que más desean los rusos, es que simplemente ella sea ella misma, es decir, europea. El eurasismo no consiste en imponer su

identidad a los demás, sino más bien ayudar a todas las diferentes identidades a afirmarse, a desarrollarse orgánicamente y a prosperar. El filósofo ruso Konstantin Leontiev[115] dijo que siempre debemos defender la «multiplicidad floreciente.» Este es el lema preferido de los eurasistas.

Alain de Benoist: Su oposición radical al poder estadounidense y al atlantismo se basa en gran medida en consideraciones tomadas de los grandes teóricos de la geopolítica - Rudolf Kjellén, Friedrich Ratzel, Karl Haushofer, Harold Mackinder, etc. - Partiendo de la idea, también desarrollada por Carl Schmitt, de una oposición fundamental entre el Mar y la Tierra, el poder talasocrático y el poder continental telúrico. La geopolítica de hecho siempre ha mirado a Eurasia, a la que Mackinder calificó de *heartland*, como el corazón geopolítico y geoestratégico del mundo. Podríamos decir, con Marlène Laruelle, que usted propone «una solución geopolítica en el espacio post-soviético, presuponiendo la existencia de un tercer continente entre» Occidente «y» Oriente «, Eur-Asia, y dando por entendida la unidad orgánica de las culturas nacidas en esta zona de simbiosis entre los mundos ruso y turco-musulmán o incluso chino». Parece, además, que la geopolítica sea el aspecto del neo-eurasismo que hasta ahora ha sido el más exitoso. Pero a la oposición de la Tierra y el Mar, usted le agrega una dimensión metafísica que también hace de la geopolítica una cosmovisión general llamada a tomar el relevo de las viejas filosofías de la historia. ¿Cuáles son las principales enseñanzas que usted ha aprendido de la geopolítica? ¿Qué lugar ocupa en su sistema de creencias? ¿Y qué responde a los que acusan regularmente a los geopolíticos de «determinismo geográfico»?

Alexander Dugin: Se encuentra ya en Carl Schmitt una tentativa de añadir una dimensión filosófica y religiosa al método geopolítico, que es originalmente una disciplina puramente pragmática. Schmitt, cuando habla de la civilización de la Tierra, la potencia continental telúrica, le asigna de hecho todas las características de las civilizaciones tradicionales, mientras que su descripción del poder del Mar evoca de modo pasmo-

so el mundo moderno –incluso cuando se trata de la antigua Cartago–. El Inglés G.K. Chesterton[116] ya dijo que la victoria de Roma sobre Cartago también representó la victoria de la Tradición sobre el «progreso» y el desarrollo técnico.

A mí me llamó muchísimo la atención la correspondencia obvia entre estos dos pares de oposiciones: la Tradición vs. la modernidad (Guénon, Evola) y la Tierra vs. el Mar (Mackinder, Haushofer y especialmente Schmitt). A partir de ahí podemos establecer ciertas relaciones funcionales entre la Tradición y la Tierra por un lado, la Modernidad y el Mar por el otro. Carl Schmitt subraya la importancia en el mundo de la Tierra de los elementos de permanencia y jerarquía, elementos de fijación y conservación. La *casa* situada en un territorio bien definido, está en el origen del derecho. El *navío*, por el contrario, que se desplaza a través de los flujos sin conocer fronteras, separado él mismo de un medio cuyas especies no pueden ser domesticadas, representa el polo opuesto. Simboliza una modernidad sinónimo de desarraigo. Mediante la yuxtaposición de estos dos pares de oposiciones, podemos concluir dos métodos diferentes: el enfoque tradicionalista, que cuestiona la legitimidad del mundo moderno y aboga por la revuelta en su contra, y el análisis racional de las relaciones internacionales que, inicialmente, no parece tener nada que ver con las preocupaciones de orden filosófico y metafísico. Semejante aproximación me parece muy fructífera, ya que permite una acción simultánea en dos niveles, el del análisis de la actualidad política y el de la comprensión espiritual de los procesos ontológicos que se desarrollan de algún modo entre los bastidores de la fenomenología[117].

En cuanto a la acusación de «determinismo geográfico» dirigida a la geopolítica, nos damos cuenta de su futilidad tan pronto como entendemos lo que significa la idea de «espacio calificado», en el sentido dado a esta expresión por Guénon en *El reino de la cantidad y los signos de los tiempos*. Cada lugar es potencialmente portador de los acontecimientos que tienen lugar ahí y que se espera que tengan lugar allí. No sólo es el *tiempo* quien lleva a cabo eventos (de ahí el significado mismo del término «historia»), sino también el *espacio*. El concepto tan

incomprendido de *Lebensraum* en Haushofer no tiene el significado de «*espacio vital*», sino más bien de «espacio vivo». Este es además el calco literal de la palabra japonesa *chi-sei-gaku*, que designa a la «geopolítica». El espacio es «vivo» y fecundo, ya que siempre está preñado de acciones, hechos y ciclos históricos. Una vez más nos encontramos aquí con la noción de «lugar-desarrollo» (*mestorazvitiye*) de los primeros eurasistas.

En realidad, hay dos geografías distintas: la geografía moderna, que sólo tiene en cuenta el espacio-cantidad (el espacio isotrópico) y que se inspira en la física clásica, y la geografía cualitativa (anisotrópica y sagrada), que se inscribe en una perspectiva ontológica y cíclica. Pienso aquí en lo que dijo Aristóteles sobre los espacios que constituyen el «lugar natural» donde suceden ciertas cosas. Estos puntos de vista fueron desacreditados en los albores de la modernidad por la ciencia de Galileo, pero es interesante apuntar que en el siglo XX Peter Feyerabend pudo demostrar que los trabajos de Galileo se basaban ellos mismos sobre ciertos «fraudes» que, desacreditando las ideas de Aristóteles, ayudaron a cambiar el paradigma del consenso dominante de su tiempo. Yo he dedicado a este tema mi tesis doctoral, editada después como libro, sobre «La evolución de los fundamentos paradigmáticos de la ciencia». El espacio anisotrópico es el espacio que determina la secuencia de los eventos. Para entenderlo basta con ver cómo los pueblos que viven en diferentes ambientes naturales crean lenguajes y sistemas culturales diferentes en los que el espacio y el terreno son la matriz. Los montañeses tienen el espíritu de la montaña, y las tradiciones heredadas desde tiempos inmemoriales se conservan entre ellos mejor que en otros lugares. El mar da forma de otro modo a las mentes de aquellos que viven en sus orillas. Mackinder ha demostrado que los imperios son creados por dos tipos de «bandidos», los de las estepas y los desiertos, y los de los océanos salados. Carl Schmitt, estudiando el caso de los ingleses, demuestra que Inglaterra se convirtió en una potencia marítima y se puso a la vanguardia del progreso técnico a partir del momento en que los «piratas» ingleses eligieron el Mar. Cambiando su identidad, se transformaron en criaturas marinas, y Schmitt no duda en afirmar que el desarrollo técni-

co, el florecimiento del espíritu empresarial y el capitalismo, el progreso de la producción industrial, fueron una consecuencia de esta elección fundamental. Es el Mar lo que está en el origen de la modernidad. Es la Tierra la que hace hincapié en la permanencia de las cosas –en el eterno retorno. La Tierra es la Tradición–.

Alain de Benoist: Al afirmar que los rusos son un «pueblo de imperio» y Rusia una «nación constituyente de imperio» (*imperoobrazuiushchaia natsiia*), porque nunca ha construido un Estado-nación, usted ha rehabilitado la noción de imperio, situándose así en la línea de los primeros eurasistas que, rechazando de inmediato el chovinismo[118] y la xenofobia, oponían el modelo imperial al de las naciones europeas, intolerantes y excluyentes las unas de las otras, y argumentaban que fue tan sólo después de haberse occidentalizado, bajo Pedro el Grande, que Rusia se convirtió en militarista y chovinista, al adoptar las metas diplomáticas que le insuflaban los extranjeros. Al igual que en la teoría gibelina[119] del Imperio, la tradición bizantina comprende además el Imperio como un servicio religioso, como una función escatológica y soteriológica, como un aspecto de la *domostroitelstvo* de la Iglesia Ortodoxa. ¿Ve usted el Imperio de la misma manera? ¿Hay para usted un vínculo entre el Imperio y el federalismo? ¿Cómo su concepción del imperio se opone a los imperialismos modernos? ¿La era del Estado-nación toca verdaderamente a su fin?

Alexander Dugin: El Imperio es una idea premoderna y posmoderna a la vez. Los imperios precedieron a los Estados-nación, ellos regresan ya que finaliza el ciclo de la modernidad. A lo largo de toda su historia, incluyendo la época en que se modernizó y occidentalizó de manera acelerada, Rusia trató de evitar la creación de un Estado-nación en el sentido clásico de este término. Incluso las reformas de Pedro el Grande no pudieron transformar a Rusia en un Estado-nación de tipo europeo. Además, fue bajo Pedro el Grande cuando le fue dado el nombre de «imperio» a Rusia: se hablará de «imperio ruso» (*rossiyskaya imperiya*) hasta 1917. En el siglo XIX –en especial a partir

de la década de 1830, bajo la influencia de los eslavófilos–, los zares comenzaron a rehabilitar algunos rasgos característicos de los imperios tradicionales, a menudo en una perspectiva nacionalista. Las guerras turco-rusas y la guerra de Crimea fueron vistas como el cumplimiento de una misión religiosa para recuperar Constantinopla y liberar a los pueblos eslavos del yugo turco. La propia Unión Soviética, mientras proclamaba la abolición del Imperio, creó una forma de Estado donde las etnias y las culturas locales fueron mejor reconocidas y preservadas que dentro de los Estados-nación, en los que menudo fueron destruidas.

El Imperio se distingue del Estado-nación por tres rasgos principales: la existencia de una *misión* histórica o meta-histórica (sagrada) que excede ampliamente el mero juego de los intereses pragmáticos, lo que confiere al Imperio un valor intrínseco; la preservación de los enclaves étnicos, con sus particularidades culturales, lingüísticas, religiosas e incluso jurídicas, mientras que el Estado-nación aspira siempre a establecer de manera artificial una sociedad civil administrativa y culturalmente homogénea; y, finalmente, el control de un gran espacio, con una tendencia a la expansión en el nombre de la misión que debe realizar el Imperio, lo que se opone a la idea de un Estado-nación particularista, encerrado en fronteras definidas por acuerdos internacionales y presumidos como «eternos».

La misma URSS se conformó a este modelo, con su misión mundial, el comunismo planetario, la existencia en su seno de repúblicas étnicas y su expansión ideológica, desde el gran espacio soviético, tanto hacia el oeste (Europa central y oriental) como hacia el este (China, Vietnam, Mongolia, Corea del Norte, Afganistán, etc.). Las mismas características se encuentran en el imperio americano actual - incluso si se trata de un imperio de tipo «neo-cartaginés». Los neoconservadores americanos, como Kagan[120], no dudan tampoco en presentar a los Estados Unidos como un «imperio benevolente» (*benevolent empire*). Toni Negri y Michael Hardt, representantes de la corriente globalista post-izquierdista, afirman lo mismo en su libro *Empire*, pero en una perspectiva crítica. La Unión Europea, con todos sus defectos, podría ella misma ser considerada como una es-

pecie de imperio liberal y democrático posmoderno. El Imperio puede, por lo tanto, ser considerado tanto en un contexto premoderno (religiosidad explícita y expansionismo plenamente asumido) como en un contexto moderno (con formas de mesianismo legitimadas por las ideologías modernas) o posmoderno (con una mezcla a veces grotesca de valores y de ideas de procedencias contradictorias).

La historia rusa da el ejemplo de formas imperiales implementadas en cada uno de estos contextos, desde el imperio mongol y el bizantino hasta el imperio ideológico de los soviets. Se debe empezar a construir una nueva forma de imperio, el *imperio eurasista*. Semejante imperio se inspiraría tanto en el cristianismo ortodoxo (neo-bizantino) como del legado de Gengis Khan, quien fue el primero en unificar el gran espacio euroasiático, de la experiencia histórica de los Romanov, que colocaron bajo el control ruso (pero sin rusificarlos de manera ultrajante) las tierras y los pueblos del Cáucaso, Siberia y partes de Europa del Este, de los principios tradicionalistas de algunos autores del siglo XX, como Julius Evola y René Guénon, que pusieron el acento en una Tradición sagrada cuyas huellas todavía subsisten en algunas partes de Rusia y sus países vecinos, de las consideraciones generales de la geopolítica sobre la oposición entre la Tierra (eurasismo) y el Mar (atlantismo), oposición que culminó con la confrontación ideológica de la Guerra Fría[121] (Este telúrico contra Oeste marítimo) y la hostilidad de los Estados anglosajones hacia la Europa continental y Rusia, de las ideas del federalismo y el concepto de subsidiariedad, necesarios para compensar la centralización estratégica de los grandes espacios, de la democracia orgánica, participativa y directa, por oposición a la democracia representativa occidental, que se ha hundido en la alienación y el espectáculo, etc. En el plano económico, soy partidario de un modelo mixto en el que las economías que se mueven a diferentes velocidades puedan, en función de las tradiciones locales, combinar el mercado con otras formas de artesanado, cooperativas, socialismo o solidarismo. El liberalismo y el marxismo en este contexto deberían ser consideradas como fuentes de inspiración, entre tantas otras, y no

como dogmas obligatorios. El concepto de «lugar-desarrollo» vale también en materia económica. Esto es lo que el economista soviético V.E. Den quiso demostrar sosteniendo que las estructuras económicas también dependen de las peculiaridades históricas, culturales y climáticas. Lamentablemente, fue fusilado por los estalinistas.

En cuanto a los nacionalismos modernos, creo que a menudo son manipulados por los americanos, que quieren ahogar cualquier proyecto imperial que sea un obstáculo para el suyo propio, es decir, el imperio global americanocentrado, democrático liberal y tecno-mercantil. Ningún Estado-nación actual puede oponerse eficazmente a la expansión americana, porque es imposible superar a un poder que se desarrolla a nivel planetario, actuando únicamente a nivel nacional o local. Los nacionalismos modernos, en efecto, no se alzan tanto contra los Estados Unidos como contra otras naciones, otros pueblos y otros grupos étnicos, mientras que ellos también sufren la mundialización unipolar que está teniendo lugar en la actualidad. Los Estados-nación, finalmente, perdieron su principal razón de ser en la medida en que ya no son capaces de garantizar la identidad y la soberanía. Solo son capaces de hacerlo grandes espacios e imperios posmodernos. Suscitar y mantener el nacionalismo es un medio para los estadounidenses de evitar una *alianza de pueblos y civilizaciones* contra el globalismo y el atlantismo. Los nacionalistas, desde este punto de vista, trabajan contra de los intereses de sus pueblos. Algunos de ellos no son más que meros agentes de influencia. Otros, que son impulsados por la xenofobia y el odio al Otro, son políticamente incultos. Si algunos de entre ellos son honestos y conscientes del momento histórico en el que vivimos, deben abandonar el racismo chovinista y la xenofobia para redescubrir el valor del Imperio y del federalismo, la Tradición, la democracia orgánica, los principios geopolíticos, etc. Si realmente quieren servir a su pueblo, no deben luchar contra otros pueblos, sino contra el peligro que ahora amenaza a todos los pueblos, lo que usted mismo ha llamado el «sistema para asesinar a los pueblos», es decir, el enemigo americano.

Alain de Benoist: En el nuevo «Nomos de la Tierra» que usted describe, se exigiría a los gobiernos locales gobernar de acuerdo con el principio de autonomía y sobre la base de las colectividades intermediarias, pero en todas las esferas de influencia las actividades internacionales y las cuestiones de seguridad estratégica, así como los recursos estratégicos serían controlados por un «gran espacio» central. Esto plantea la cuestión de saber si este reparto de papeles sería aceptado por los países que no perteneciesen al gran espacio central. La autonomía aquí, al parecer, no implica la soberanía. Del mismo modo, usted pone un énfasis positivo en el *ethnos* a la hora de oponer las culturas y los pueblos a la mundialización unipolar, pero negativamente cada vez que este mismo *ethnos* puede ser utilizado para socavar la unidad de Eurasia. Uno puede entonces preguntarse si existe una contradicción entre un programa «universal», fundado en el derecho de todos los pueblos a disponer de sí mismos (*self-rule*) y el proyecto de «esferas de influencia», donde determinados «grandes espacios» o «centros estratégicos» dispondrían de una soberanía de la que no se beneficiarían los países de su periferia.

Uno de los primeros decretos del régimen soviético fue el Decreto sobre las nacionalidades del 2 de noviembre de 1917, que atribuía a los diferentes pueblos de la URSS una autonomía cultural teórica, sus culturas debían ser «nacionales en la forma y socialistas en el contenido». Sabemos que en realidad se asistió a una rusificación más o menos pronunciada de estos pueblos, como resultado de una ideología gran-rusa que se desplegó sobre todo en tiempos de Stalin durante la Segunda Guerra Mundial. En una perspectiva eurasista, ¿qué garantías tendrían los países vecinos de Rusia para mantener mejor su autonomía que no pudieron tener en la antigua URSS? El espectro del imperialismo ruso claramente no se ha disipado en la actualidad. Se ve claramente con las reticencias, por citar sólo estos dos países, de Ucrania y Georgia.

¿Es correcto en este contexto que el Movimiento de la juventud eurasista (ESM) se exhiba hace poco mediante acciones resueltamente anti-ucranianas, como la destrucción nocturna en Kharkiv, el 19 de diciembre de 2006, de un monumento en

memoria de Roman Shujevych[122], antiguo comandante del Ejército Insurgente Ucraniano (UPA), a quien el gobierno de Kiev erigió en octubre de 2007, con motivo del centenario de su nacimiento, al rango de héroe de la nación ucraniana? También se podría hablar de la profanación de los símbolos nacionales ucranianos en el monte Hoverla, en los Cárpatos, el 18 de octubre de 2007, y el saqueo del Centro cultural ucraniano en Moscú, que organizaba una exposición sobre el Holodomor (el genocidio por hambruna de 1932-1933), el 17 de noviembre de 2007. ¿Es cierto que estas acciones le han valido la prohibición de permanecer en el territorio ucraniano? ¿Cómo las justifica? En su libro *Osnovy geopolitiki*, usted escribió que «la soberanía de Ucrania es un fenómeno negativo para la geopolítica de Rusia». ¿Cuál es básicamente el problema de las actuales relaciones entre Ucrania y Rusia? ¿Cuáles son sus propuestas en este ámbito? Usted ha declarado que «los eurasistas defienden, por principio, la necesidad de preservar la existencia de todos los pueblos de la Tierra, la floreciente diversidad de culturas y de tradiciones religiosas, el derecho inalienable de los pueblos a elegir independientemente su camino de desarrollo histórico». ¿Vale esto también para los ucranianos?

Alexander Dugin: Como ya he dicho, la cuestión de la *soberanía* ya no se plantea hoy como en la época moderna, cuando se encarnaba en un Estado-nación organizado y reconocido como tal por los otros Estados. El Estado-nación es incapaz actualmente de garantizar la soberanía y satisfacer la demanda existente de soberanía, precisamente porque ya no tiene los medios para defender su libertad e independencia frente a la presión planetaria desplegada directamente o indirectamente por los Estados Unidos, que son actualmente el único poder soberano. En cuanto a los grupos étnicos o culturales, tienen aún menos medios. Los defensores de la globalización nos aseguran que un Estado solo puede satisfacer la demanda social, tecnológica y económica actual, y así crear las condiciones para su «libertad», aceptando integrarse en la economía global, lo que significa, al mismo tiempo, que el Estado-nación debe abandonar cada vez más responsabilidades ante los organis-

mos supranacionales. Esto quiere decir, de modo muy orwelliano, ¡que la libertad reside en la dependencia! La globalización priva realmente a todos los Estados de su soberanía. Esto vale para Francia, Rusia o Alemania, pero es aún más cierto para las entidades étnicas o culturales más pequeñas. Esta es la razón por la cual los Estados Unidos favorecen en el espacio post-soviético la creación de nuevos estados étnicos, como Kosovo y Montenegro, pues saben que nunca podrán disfrutar de una soberanía mínima, incluso más mínima que las de los históricos Estados-nación.

En el proyecto de imperio o de gran espacio euroasiático, el sujeto portador de la soberanía es el Imperio. La soberanía del centro imperial implica, obviamente, la posibilidad de contar con los recursos necesarios para fortalecer y salvaguardar la independencia del Imperio. El federalismo y el principio de subsidiariedad, tal como yo los entiendo, son para asegurar que las decisiones se toman en el nivel en el ejercicio de sus consecuencias. Los poderes locales deben ser capaces de tomar todas las decisiones que afectan a la vida local. Las decisiones de orden estratégico relativas, por ejemplo al desarrollo y la distribución de los recursos estratégicos, sin embargo se deben tomar en el nivel estratégico.

Rusia, ya lo he dicho, nunca fue un Estado-nación en el sentido clásico del término. Es a la vez heredera de los antiguos imperios y el núcleo del futuro imperio eurasista. El espacio post-soviético es hoy objeto de un tira y afloja entre los atlantistas y las tendencias eurasistas que se orientan hacia Rusia. Los Estados-nación que se crearon en este espacio post-soviético son Estados artificiales, conflictivos, carentes de fronteras orgánicas o históricas, Estados incompletos e impotentes - conocidos en inglés como «*failed States*». Ellos no representan *pueblos*. Esta es la razón por la cual los eurasistas, y sobre todo los más jóvenes de ellos (*mlado-evraziytsy*), en quienes la «*pasionalidad*» es más fuerte, combaten activamente las tendencias atlantistas y pro-estadounidenses, que corresponden a las «revoluciones coloreadas» que hemos visto suceder en los últimos años, y apoyan por el contrario a países eurasistas, como el Kazajistán de Nazarbayev o la Bielorrusia de Lukashenko[123].

Al hacer esto, ellos no luchan contra los pueblos, sino contra los títeres de EE.UU. o las tendencias nacionalistas y xenófobas, incluso neonazis, que actualmente están floreciendo en los países del nuevo «cordón sanitario» que los atlantistas quieren poner en torno a Rusia para evitar que se convierta en un imperio y, de acuerdo con la vieja doctrina anglosajona del siglo XIX –la era del «Gran Juego»– romper los lazos que la unen a Europa occidental, China o Irán.

En Ucrania, estamos luchando contra el régimen «naranja» de las marionetas americanas que dicen que quieren crear lo antes posible una nación política allí donde nunca hubo una nación o Estado. La situación no es muy diferente en Georgia, donde el gobierno de Saakashvili[124], de orientación tanto pro-estadounidense como ultranacionalista, no ha cesado de abogar por la depuración étnica de los abjasios y los osetas del sur. Resulta que los georgianos han elegido hasta ahora el atlantismo y la OTAN. Si, hipotéticamente, eligieran mañana el eurasismo y sucediera que los abjasios y los osetos que reclaman su independencia se colocasen bajo la bandera de los Estados Unidos, nosotros adoptaríamos evidentemente la posición contraria. ¿No es lógico? Los estadounidenses tienen una doble vara de medir. Ellos apoyan el separatismo de Kosovo contra el Estado-nación serbio, pues los kosovares les son favorables, mientras que ellos luchan contra el separatismo prorruso de los osetos y abjasios y apoyan la integridad territorial de Georgia, simplemente porque este último es su aliado. Esta es la forma en que construyen su imperio. Si queremos construir el nuestro, es la misma lógica la que tenemos que adoptar, pero, por supuesto, en el sentido contrario. Esta es la forma de jugar al ajedrez: las negras y las blancas obedecen a las mismas reglas.

En cuanto a Ucrania, donde yo fui efectivamente declarado *persona non grata*, las cosas deben ser consideradas con un poco más de atención. Ya he aludido a la «frontera de la civilización», que corresponde al río Zbrutch. En Ucrania viven dos pueblos diferentes cuyas orientaciones en materia religiosa, cultural, geopolítica y estratégica, son estrictamente opuestas. No hay ningún pueblo ucraniano unitario. Los ucranianos son sólo los habitantes de Ucrania, un país cuya designación

es puramente territorial (*U-Kraina*, en eslavo, significa «el país del margen, de los confines»). En el lenguaje literario, se les designa como «pequeños rusos» (*Malorossi*). La lengua ucraniana fue creada artificialmente en el siglo XIX por los polacos, que intentaron torpemente sintetizar varios dialectos *malorrusos* para conducirlos a formas cercanas al polaco, lo que se tradujo en la desaparición de una serie de dialectos históricos que antes estaban presentes en tierras *malorrusas*. El lingüista eurasista Trubetskoi escribió sobre ello un excelente artículo titulado «Sobre la cuestión ucraniana», que sitúa el problema dentro de una visión a la vez filológica y geopolítica. La actual Ucrania está pues profundamente dividida. Su élite política «naranja», favorable a los Estados Unidos y la OTAN, tiene el apoyo de los habitantes del oeste del país, es decir, de esa parte de Ucrania que fácilmente reconozco que no pertenece al espacio euroasiático. El problema es que esta élite «naranja» quiere imponer sus políticas a las masas de la parte oriental que se consideran como *rusos*, rechazan a los EE.UU. y la OTAN, y quieren ser parte de un gran espacio común con los rusos de Rusia. Estas masas forman un segundo pueblo ucraniano, cristiano ortodoxo, *malorruso* («pequeño ruso») o *velikorruso* («gran ruso»), descendiente de cosacos y que se identifica con el imperio eurasista. Éste vota regularmente por el «Partido de las Regiones», y a favor de Yanukovich[125], lo que explica que el mapa electoral de Ucrania también está geográficamente dividido en dos partes. Por tanto, la actitud adoptada por los eurasistas rusos y ucranianos ante Ucrania está en total consonancia con su visión del mundo. Nosotros somos hostiles al Estado-nación ucraniano, porque es un Estado atlantista y pro-estadounidense que, como tal, forma parte del «sistema para asesinar a los pueblos». Hoy, es el pueblo de Ucrania del Este y de Crimea quien corre el riesgo de ser depurado y aniquilado.

Alain de Benoist: La guerra de Chechenia[126] se ve generalmente fuera de Rusia como una especie de guerra neo-colonial. La forma en que se está librando esta guerra suscita críticas que están lejos de emanar sólo del campo occidental. Usted mismo ha tenido contactos con muchos líderes chechenos, y tam-

bién con el gran muftí de Chechenia, Shamayev. Usted dice que Moscú ha triunfado militarmente en Chechenia, pero no políticamente. ¿Cómo analiza este conflicto? ¿Cuáles son exactamente las fuerzas presentes allí? ¿Qué estatuto debe tener según usted Chechenia en una perspectiva de «paz eurasiática»? De manera más general, ¿cómo puede el federalismo eurasista frenar al separatismo? Más allá de Chechenia, que está en el Cáucaso, sino ¿también en Afganistán y Pakistán, que se están convirtiendo en focos de tensión permanentes? Ud ha llegado a decir que el Cáucaso constituye la región más problemática desde el punto de vista de la integración euroasiática ¿Qué soluciones preconiza?

Alexander Dugin: La visión eurasista del problema checheno es bastante compleja. Por una parte, reconocemos el derecho de los chechenos para preservar sus tradiciones y su especificidad étnica, ya que creemos que todos los pueblos deben verse reconocidos en ese derecho. Por otro lado, también creemos que es necesario fortalecer la unidad estratégica de Eurasia, unidad que sólo se puede encontrar en Rusia. La Rusia actual se halla sin duda muy lejos del imperio eurasista que queremos, pero cualquier otra solución está aún más lejos todavía. Por razones a la vez históricas, geográficas y geopolíticas, sólo Rusia puede desempeñar este papel. La cuestión es saber si los chechenos son capaces de articular sus necesidades legítimas en materia de preservación de su identidad étnico-religiosa en términos que no sean incompatibles con la creación de un imperio eurasista. Esto es precisamente lo que trató de hacer Khozh-Akhmed Nukhaev, uno de los jefes separatistas chechenos en los inicios de la década de 2000, en un libro muy interesante, «Washington o Vedeno» (siendo Vedeno un centro local checheno), donde trazaba toda la historia de la lucha de los chechenos contra las tropas federales, examinando el papel que jugaron en este conflicto los británicos y los estadounidenses. Nukhaev mostraba que no se pueden separar las luchas identitarias de las perspectivas de la geopolítica. Su conclusión fue que los chechenos deberían unirse a los rusos y a otros pueblos para luchar contra el atlantismo y juntos construir un imperio

eurasista sobre bases tradicionalistas. Dicho sea de paso, criticaba duramente la idea de Estado-nación como una construcción que destruye la identidad étnica y religiosa de los pueblos. No renegaba de ninguna manera de la lucha armada del pueblo checheno, que se inscribe para él en la perspectiva de una lucha contra el Estado-nación moderno, pero condenaba cualquier colaboración con los europeos y los estadounidenses, diciendo que sólo podía conducir a una manipulación contraria a los intereses chechenos. También criticaba muy severamente la modernización de la sociedad rusa en un sentido occidental y anti-tradicional. Según él, la oposición chechena a Rusia se explica en gran medida por el hecho de que los rusos se han alejado de su tradición más que los chechenos se han alejado de la suya. Finalmente, Nukhaev describe el wahabismo como una forma islámica artificialmente modernizada, en ruptura con la tradición islámica del Islam.

Me reuní varias veces con Nukhaev, y comparto lo esencial de su análisis. Además, hemos publicado su libro en ruso. Nukhaev también estuvo presente en la mesa redonda organizada en 2001 en Moscú por el Movimiento Eurasia, donde el Gran Mufti de Rusia, Talgat S. Tadjuddin y el Ministro de Nacionalidades Zorin estaban entre los representantes del poder federal. Creo que la solución al problema checheno se buscará en la dirección propuesta por Nukhaev de conciliar el respeto a la diversidad local y la unidad estratégica de Eurasia. Es lamentable que el poder político de Rusia no hubiera desarrollado contactos con Nukhaev y no hubiera considerado sus propuestas de paz sobre la base de principios eurasistas.

El modelo eurasista es perfectamente adecuado para otros países como Pakistán y Afganistán. Estos países están organizados en el principio del Estado-nación, pero al mismo tiempo son el hogar de una gran variedad de grupos étnicos y religiosos que representan diferentes tendencias y, a veces, hostiles entre sí. También son «failed states» bastante típicos, creados artificialmente por los británicos para servir a sus intereses en la región. Tendiendo a destruirse a sí mismos, están casi siempre inmersos en el extremismo religioso, las luchas sangrientas, la criminalidad y el narcotráfico. El modelo del federalismo

eurasista, basado en la coexistencia de una amplia autonomía local (incluyendo la materia de codificación jurídica), y de una autoridad estratégica central, permite a estos países a avanzar hacia una mayor armonía. Irán, Pakistán y Afganistán forman los tres parte del gran espacio del Islam continental, que es muy diferente del Islam árabe, debido a que la mayoría de los pueblos que viven allí son de origen indoeuropeo o turco, con todas las características psicológicas y culturales que resultan de ello. Para los eurasistas, la misma cultura rusa tiene su origen en una mezcla de culturas eslavas (indoeuropeas) y turcas. El Islam continental puede pues con razón ser descrito como eurasista. A este Islam eurasista aún se podría añadir el Islam turco. Un gran espacio eurasista islámico extendiéndose desde Pakistán a Turquía podría constituir un polo geopolítico y geoestratégico casi soberano. Es a partir de este tipo de polos que podemos lograr una verdadera multipolaridad.

Alain de Benoist: Jean Thiriart, al que usted conoció, abogó en su tiempo por «la Europa unida desde Dublín a Vladivostok». Ud. por su parte ha tomado posición por una asociación privilegiada entre Rusia y Europa más que por una fusión. ¿Cuáles deben ser según Ud. las relaciones entre Rusia y Europa? ¿Cuál es su opinión acerca de la Unión Europea?

Alexander Dugin: Como eslogan, la idea de Thiriart era muy simpática. Situado ante la alternativa entre el atlantismo y el eurasismo, un europeo con una verdadera conciencia geopolítica y estratégica sólo puede elegir el Este. Tal proyecto es de hecho irrealizable, porque Europa y Eurasia son diferentes civilizaciones, pero, como intención, este gesto de un pensador europeo era sin embargo una gran cosa (especialmente cuando el Este, en la época de Thiriart, era la Unión Soviética).

La Europa unificada es de hecho un *polo en sí* en una visión multipolar del mundo. Si juntamos todo lo que Europa tiene de poder en materia económica, tecnológica, geopolítica e incluso demográfica vemos que, sin duda, se esbozan las líneas generales de lo que podría ser un verdadero imperio europeo. Si nos referimos una vez más a la idea de «lugar-desarrollo», hay que

reconocer que Europa, que fue en el pasado una gran potencia, está probablemente destinada a volver a convertirse en una potencia así en el futuro. Esta potencia nunca será idéntica a la de Rusia, porque nuestros respectivos tipos histórico-culturales se desarrollaron a partir de matrices culturales distintas y separadas desde hace miles de años. Querer europeizar Rusia o rusificar Europa sería tan absurdo como inaceptable. El diálogo y la cooperación son, en cambio, no sólo posibles sino altamente deseables. Pero Europa, como Rusia por otra parte, solo podrá recuperar su grandeza con la condición de liberarse del control americano. Esto es también lo que Jean Thiriart ya decía, y en este punto sus ideas siguen siendo de una evidente actualidad.

Rusia desea vivamente ver afirmarse una Europa libre e independiente. Putin y su sucesor Medvedev comparten esta opinión y han hecho varias declaraciones en este sentido. En algunos aspectos, Putin parece aún más «europeo» que los propios europeos en la medida en que es más consciente que ellos de la amenaza que representa para el continente una dominación americana. Así lo afirma de manera genial Jean Parvulesco en el libro que escribió sobre él. Rusia es también consciente de la necesidad de colaborar con Europa, por ejemplo en el terreno de los recursos energéticos naturales, pero en el futuro, esta colaboración será mucho más fácil cuando Europa sea verdaderamente europea y «continental» y no atlantista y «euro-americana», cuando ella trabajará para crear sus propias fuerzas de defensa y seguridad en vez de servir como «pilar europeo» de la potencia militar situada más allá del Atlántico.

Los países de la antigua Europa del Este, que ahora se han incorporado a la Unión Europea son un caso especial. Muchos de ellos no sienten ningún sentimiento europeo real. Explícitamente antirrusos en su mayor parte, son también anti-europeos en la medida en que su principal preocupación es entrar en la OTAN y promover los intereses estadounidenses. Los Estados Unidos ven en ellos los diferentes segmentos del «cordón sanitario» que están tratando de poner en marcha para cortar a Europa de Rusia e imponerse como la fuerza dominante en esta zona intermedia. En los siglos XIX y XX, es exactamente la misma táctica que habían adoptado los ingleses, con el resul-

tado de provocar dos guerras mundiales. La manera como los americanos se comportan en Europa podría provocar una tercera guerra mundial. En estas condiciones, es más importante que nunca que Europa y Rusia desarrollen relaciones de amistad y de mutuo apoyo para aflojar el puño americano. No tenemos los mismos *valores*, pero tenemos los mismos *intereses*. No pertenecemos a la misma civilización, pero no somos entidades hostiles opuestas entre sí. Las relaciones ruso-europeas deben desembocar en una acción común, no en la tentación de imponer algo al otro o, por el contrario, tratar de imitarlo. En resumen, aquí como en todas partes, hay que respetar al Otro como Otro, y considerar nuestras diferencias de manera positiva. Nos volvemos a encontrar con el tema de la «multiplicidad floreciente» de los teóricos eurasistas.

Alain de Benoist: Rusia y Alemania se enfrentaron duramente en el pasado. Pero también fueron aliados, como cuando las tropas rusas y prusianas alcanzaron la victoria sobre Napoleón en la famosa batalla de Leipzig (1813). Después de la adopción del Tratado de Versalles[127], una parte de la élite militar prusiana estimó que una cooperación entre la Alemania de Weimar y la Rusia comunista estaba en el interés de ambos países. Esta asociación llevó al Tratado de Rapallo[128], en abril de 1922. Usted que ha leído intensamente a Spengler, Ernst Jünger, Carl Schmitt, Moeller van den Bruck, Niekisch, etc. (lo que algunos germanófobos rusos le han criticado), ¿cómo ve el futuro de las relaciones entre Alemania y Rusia?

Alexander Dugin: Yo fui en mi juventud un germanófilo convencido, y lo sigo siendo hoy en muchos aspectos. Creo que Heidegger tenía razón al decir que la filosofía alemana es la heredera directa de la filosofía griega. Todo el pensamiento alemán lleva la impronta de la cultura europea en su dimensión metafísica. El estudio de los autores de la Revolución Conservadora alemana también ejerció una profunda impresión sobre mí. Geopolíticamente hablando, Rusia y Alemania siempre han ganado cuando se han aliado, y lo han perdido todo cuando se han opuesto. Esto no es sólo un hecho histórico, es la

consecuencia lógica de las leyes de la geopolítica. Rusia es el corazón, el *heartland*, de la civilización en la Tierra. En el contexto planetario, representa pues el poder telúrico por excelencia. Alemania es también un gran espacio telúrico, pero reducido a las dimensiones de la península europea. Cuando ambas potencias telúricas unen sus fuerzas, la fortaleza marítima atlántica –los países anglosajones– vacila en sus bases. Los ingleses lo comprendieron muy bien antaño, y por eso lo hicieron todo para dividir y oponer entre sí a Alemania y Rusia, táctica hoy retomada por los estadounidenses. En este sentido, la alianza ruso-alemana es desde el punto de vista eurasista un imperativo estratégico esencial.

Por desgracia, creo que después del intento fallido de Hitler de imponer a Europa y al mundo un nuevo orden, que no era más que una triste caricatura de las ideas de la Revolución Conservadora, Alemania ya no forma parte de la historia por un largo período. Ahora pertenece al pasado, y el despertar del espíritu alemán en este país me parece casi imposible. El nazismo destruyó mucho, después de lo cual la desnazificación eliminó todo lo que quedaba sin proponer otra cosa más que banalidades liberales. No veo cómo los alemanes podrán salir de esta situación en un futuro próximo.

Por otra parte, con el aumento de la potencia económica y estratégica americana y la transferencia, hacia el oeste, del centro de la política atlantista que resultó de ello, la relación entre las potencias occidentales ha cambiado. En el siglo XXI, es el conjunto de Europa, la Europa unida, la que, en el plano geopolítico, desempeña el papel que fue el de Alemania en los siglos XIX y XX. Es Europa la que, como antes Alemania, encarna el polo continental en el seno del espacio occidental. Esta Europa continental, claramente distinta de los Estados Unidos, es sobre todo una Europa franco-alemana, basada en la voluntad de los franceses y los alemanes de crear un imperio posmoderno, en el espíritu de lo que fue el imperio de Carlomagno[129]. Los italianos y los españoles vinieron a agregarse a este proyecto que, en un principio, era esencialmente telúrico. Pero hoy, el Reino Unido y los países de la «nueva Europa», teledirigidos por América, socavan esta ambiciosa empresa o tratan de ponerla

al servicio de los intereses americanos, distorsionando de este modo su significado geopolítico. Decirse germanófilo en estas condiciones ya no tiene apenas sentido en términos de elecciones políticas y acciones concretas. Ser un defensor de la unidad europea, de la Europa europea, significa mucho por lo contrario. Es por eso que actualmente soy un partidario convencido de Europa.

Alain de Benoist: Sería bueno aclarar su posición sobre la democracia. Parece ser que primero la ha criticado y luego aprobado. ¿Diría usted que Rusia es hoy una democracia? ¿Cuál es la forma de democracia que más le interesa? ¿La *demotia* o «democracia orgánica», basada en el concepto de participación de todos los miembros de un pueblo en su destino?

Alexander Dugin: Siendo un tradicionalista, no estoy demasiado apegado a las formas políticas de la modernidad. Cuando la democracia se presenta como la condición *sine qua non* de toda política moderna, y por lo tanto occidental, tengo algunas razones para desconfiar de ello. Yo no considero la modernidad como la consecuencia lógica del «progreso», porque yo no creo en la ideología del progreso. Creo que la historia de la humanidad es una historia cíclica, que se desarrolla a ritmos diferentes y, a veces en direcciones opuestas. No puedo, igualmente, aceptar la democracia liberal basada en el individualismo y el universalismo, que se presenta como una forma política obligatoria, mientras que en realidad aleja cualquier posibilidad de elección mediante un espectáculo sin sentido. La democracia *representativa* es una forma de manipulación del pueblo por las élites, sobre la que Vilfredo Pareto[130] demostró muy bien cómo se produce en realidad. Desde este punto de vista, la democracia puede y debe ser impugnada. Las sociedades tradicionales, que considero más armoniosas, reconocían abiertamente las jerarquías, las castas o los «estados» (*Stände*). Ellos admitían explícitamente la desigualdad física y espiritual de los humanos. De hecho, la desigualdad es una ley de la vida. Pero la cuestión de saber cómo esta desigualdad se debe proyectar en el cuerpo social y político es otra cuestión.

En el sistema de castas, la posición social se define de antemano por la naturaleza innata. En otras sociedades tradicionales, al tiempo que eran aristocracias, podían organizarse según un principio meritocrático: la clase dirigente se compone de aquellos que mejor sirven al cuerpo social o al bien común, y de sus descendientes. Las sociedades burguesas aceptan muy bien las desigualdades *materiales*, pero niegan las otras formas de desigualdad. Las más igualitarias, como las comunistas, quieren acabar con toda forma de desigualdad, pero en la práctica siempre ponen en marcha regímenes totalitarios en los que se ejerce el poder por un pequeño número de «elegidos». La democracia liberal también pretende reducir las desigualdades, pero es más que evidente que fracasa en esta tarea. Está claro que las sociedades pretendidamente democráticas de Europa Occidental o Estados Unidos están, en realidad, dirigidas por una oligarquía política que manipula y aliena a la sociedad a la que asegura al mismo tiempo servir.

Pero no es menos cierto que otras formas de la democracia son totalmente compatibles con una sociedad tradicional. Pienso, en particular, en lo que se ha llamado la democracia *orgánica*. Me encanta la definición de democracia propuesta por Arthur Moeller van den Bruck, implícitamente mencionada en su pregunta: la democracia es la *participación de un pueblo en su destino*. Si aceptamos esta definición, no tengo ningún problema para llamarme demócrata indicando, eso sí, que el pueblo (δεμοζ), para mí, es una comunidad metafísica y supratemporal de la que no tan son sólo forman parte los vivos, sino también los muertos, los antepasados, y los que aún están por nacer. El pueblo es una entidad orgánica que no se puede descomponer y recomponer como se hace con piezas mecánicas. En una democracia orgánica, la clave está en escuchar, entender y aplicar la profunda voluntad histórica del pueblo considerado como un todo. Esto puede coincidir formalmente con una jerarquía, pero esta jerarquía debe tener ella misma un carácter orgánico. Incluso se puede imaginar una «monarquía democrática» o un sistema autoritario democrático. Lo que importa es la participación real del pueblo, no el carácter formal de tal o cual institución. La idea de *demotia*, avanzada por los primeros eurasis-

tas, se refiere específicamente a este problema: ¿cómo permitir al pueblo participar activamente en su destino liberándolo de las doctrinas y los procedimientos alienantes impuestos hipócritamente por la modernidad burguesa y occidental? Este término de «demotia» es prácticamente sinónimo de «democracia orgánica». Ud. mismo escribió un artículo acerca de las tres formas de democracia que corresponden a la tríada del lema revolucionario «Libertad, Igualdad, Fraternidad». Nosotros elegimos la democracia «fraternal» basada en la comunidad orgánica natural y cultural.

En lo que se refiere a la Rusia actual, ya no es exactamente la democracia liberal copiada del modelo occidental de la década de 1990. Putin, cuando se convirtió en presidente de Rusia, trató de limitar el carácter espectacular y alienante de una democracia que beneficiaba especialmente a las estructuras oligárquicas manipuladas por los estadounidenses. Instauró de este modo una «democracia *soberana*», retomando una expresión del Director Adjunto de la Administración Presidencial, Vladislvlav Surkov[131], que yo mismo ayudé a desarrollar. Esta democracia es soberana en la medida en que depende estrictamente de la fiscalización de las autoridades rusas, en lugar de ser controlada desde el exterior. Se guía todavía en cierta medida por el «espectáculo», pero es un «espectáculo soberano», por así decirlo, lo que es mejor que en la década de 1990. Si ésta no es todavía una democracia orgánica, por lo menos ya no está sometida al poder de los oligarcas rusófobos y a los agentes de influencia americanos. Los defensores occidentales de la ideología de los derechos humanos y los movimientos «coloreados» (La Otra Rusia, por ejemplo) condenan las limitaciones que Putin ha introducido en la vida política, denunciándolas como una forma de «manipulaciones», pero en realidad lo que reprochan especialmente de estas manipulaciones, que hasta cierto punto son muy reales, es ir en contra de los intereses estadounidenses. ¡Los mismos medios que se mantuvieron en silencio cuando Boris Yeltsin estaba bombardeando a su propio parlamento! Ellos hablan en cambio de «dictadura» y de «vuelta al totalitarismo», cuando Putin hace juzgar a los oligarcas más criminales, porque éstos son pro-americanos y liberales.

De hecho, al diseñar la democracia tal como lo hace, es Putin quien se consolida como un verdadero demócrata, y es por eso que la gran mayoría de la gente le da su apoyo.

Nuestro sistema está funcionando en este momento en torno a la personalidad de Putin. Tanto como éste sea conforme a la voluntad del pueblo, tal como él lo entiende y lo interpreta, se puede considerar que el pueblo *participa* en su destino. Si llegase a ser sordo a esa voluntad, sería muy grande el riesgo de ver desaparecer la democracia inmediatamente. En Rusia, los procedimientos electorales no son lo que más importa. El régimen ruso es hoy un régimen autoritario, encarnado por Putin, que se presenta como un patriota ruso que lucha para defender los intereses de su pueblo y de su país, sin sentirse vinculado a una doctrina política particular. Se podría de alguna manera hablar de «monarquía democrática», en la medida en que el «monarca», hoy, ama al pueblo ruso y quiere tomar su lugar en la secuencia natural de la historia nacional de Rusia. Pero el mismo sistema podría ser utilizado para servir a una dictadura ciega o dar lugar a una situación en la que Rusia volvería a ser sumisa, como en los terribles años 90, al poder de los oligarcas. Esto significa que es un sistema frágil. Esta es la principal debilidad del régimen de Putin. En estrecha relación con el poder de un hombre, no dispone de bases doctrinales que podrían formalizar el contenido positivo y verdaderamente democrático de su gobierno. Espero que la *demotia* o democracia orgánica, acabe un día por convertirse en el principio de la organización política y social de Rusia. Con un buen monarca o sin él.

Alain de Benoist: Usted ha tomado claramente distancias frente a los grupúsculos nostálgicos que sueñan con restaurar tal cual el antiguo imperio zarista o que desearían popularizar las ideas fascistas y racistas. Usted piensa que el nacionalismo ruso y el centralismo estatal estaban entre las causas del hundimiento de la URSS. Usted condena el «nostalgismo emocional» y la «inconsistencia ideológica» de los neo-comunistas y las ideas racistas de Alexander Barkashov. También condena el antisemitismo, el paneslavismo, el etno-nacionalismo y la xenofobia «anti-caucásica» (que políticos como Ziuganov y so-

bre todo Zhirinovski no dudaron en explotar). Denunciando el «mito de la solidaridad de la raza blanca», ha afirmado resueltamente que el territorio es más importante que la sangre en un destino común. ¿Puede Ud. desarrollar esta crítica?

Alexander Dugin: El rechazo al chovinismo, al racismo y la xenofobia proceden en mí ante todo por una fidelidad con la filosofía de los primeros eurasistas, que hacían hincapié de manera positiva en la mezcla de razas y etnias en la formación y desarrollo de la identidad rusa y especialmente gran-rusa. También es una consecuencia lógica de los principios de la geopolítica, según la cual el territorio determina de alguna manera el destino de los que viven allí (el *Boden* vale más que el *Blut*)[132]. De manera subsidiaria, se refiere finalmente a la observación del carácter instrumental y subversivo de la actividad de los grupos nacionalistas-chovinistas y racistas, cuyo resultado principal es desacreditar las ideas patrióticas y conservadoras-revolucionarias, oponer entre ellos a pueblos que en vez de ello deberían luchar juntos contra el globalismo y los Estados Unidos, y promover el establecimiento del nuevo orden mundial sumergiendo a la sociedad en la guerra civil y el caos.

En mi primera juventud, en la época de la *perestroika*, me sentí atraído por la curiosidad hacia algunos de estos grupos, como el movimiento Pamiat. Rápidamente me di cuenta no sólo de que sus posiciones eran una de pobreza intelectual insigne, sino también de que a pesar de sus pretensiones, estaban muy lejos de cualquier forma coherente de tradicionalismo o conservadurismo revolucionario. Me alejé pues, no a causa de su carácter «políticamente incorrecto» –Siempre he sido indiferente a estas cosas, y lo soy aún más en este momento–, sino porque perseverando en sus prejuicios ofrecían una imagen caricaturesca y ridícula de una idea nacional rusa que debía responder a las nuevas realidades. Sus prejuicios antisemitas también daban una imagen pervertida de la realidad. Los judíos ortodoxos y tradicionalistas, que son muchos en Israel y en otras partes del mundo, son también adversarios de la globalización, la ideología de los derechos humanos y la modernidad. Algunos de ellos son anti-estadounidenses. Siendo el pueblo judío un pueblo do-

tado de una extraordinaria «pasionalidad», encontramos a sus representantes en todas las familias de opinión, de derecha o de izquierda, conservadores o progresistas. Mientras que muchos son cosmopolitas, muchos de ellos también son patriotas convencidos. Hubo además, entre los primeros eurasistas, un excelente escritor judío, Yacov A. Bromberg, quien fue uno de los primeros en sostener, en un artículo titulado «Los Judios y el Oriente» («*Evreyi i vostotchnitchestvo*») que además de los «judíos atlantistas», liberales y occidentalistas, también había «judíos eurasistas» conservadores, tradicionalistas y solidarios con la tendencia eslavófila en Rusia.

Distinciones similares son necesarias para los comunistas. Con estos últimos, estoy totalmente de acuerdo con la crítica de la sociedad burguesa y el rechazo al sistema capitalista liberal. La dogmática de las clases, el progresismo, el materialismo histórico y dialéctico son en cambio ajenos a mí. Tengo muchas afinidades con los nacional-bolcheviques rusos y alemanes de la década de 1920, pero ellos no eran realmente marxistas. Eran más bien partidarios de la «orientación hacia el Este» (*Ostorientierung*), quienes apreciaban positivamente las reformas sociales de Lenin y el rechazo de Occidente por la Rusia Soviética, junto con el legado de la geopolítica de la época de los zares, asociada a la germanofilia en los rusos o a la rusofilia en los alemanes.

Alain de Benoist: Usted rechaza la división tradicional entre la izquierda y la derecha al constatar que cada uno de estos campos reúne tanto a partidarios como a adversarios de la «sociedad abierta» pregonada por Karl Popper[133]. Usted además llegó a definir la «esencia metafísica» del nacional-bolchevismo como la «unión de la crítica antiliberal de la derecha y de la izquierda para liberar una nueva síntesis». ¿Cuál es su opinión sobre la distinción entre izquierda y derecha? ¿Qué reflexiones le inspira su historia? ¿Por cuáles divisiones será, en su opinión, sustituida en el futuro?

Alexander Dugin: Hay un esquema que explica exactamente mi sentimiento sobre este punto. Este esquema distingue entre

dos derechas y dos izquierdas en referencia, por un lado a la política, y por el otro a la economía. La *izquierda económica* designa a las familias socialistas, intervencionistas o solidaristas, cubriendo así todo el campo de las ideas económicas no liberales o antiliberales. La *derecha económica* corresponde evidentemente al liberalismo clásico. La *izquierda política* es el progresismo social, la ideología de los derechos humanos, la defensa de las marginalidades de todo tipo. La *derecha política*, por último, se refiere al conservadurismo de los valores morales y al tradicionalismo, a veces asociados con el estatismo o el nacionalismo. En la Europa actual, donde los valores de mercado prevalecen, el debate es muy a menudo reducido a una elección entre la izquierda económica (más impuestos, nacionalizaciones) y la derecha económica (reducción de impuestos, privatizaciones), la dimensión propiamente política se reduce al mínimo en una sociedad que cree que la economía es el destino.

Las ideas de la izquierda económica a menudo coinciden con las de la izquierda política, pero esta simetría no se encuentra en la derecha, porque mientras que una parte de la derecha económica defiende las posiciones de la derecha política, otra parte de esta derecha económica tiende más bien a alinearse con las de la izquierda política. En los Estados Unidos, el liberalismo es una especie de centro absoluto entre la izquierda política y la derecha económica: en materia económica, los demócratas son de hecho tan liberales como los republicanos. Pero creo que esta manera de describir la dicotomía derecha- izquierda omite otra posibilidad legítima: la unión de la derecha política y de la izquierda económica. El eurasismo está en algún lugar en esta área, en la parte inferior del círculo. Ya no hay a priori ninguna derecha o izquierda, sino liberalismo, que puede ser apoyado por gentes de izquierda o derecha. Lo que rechaza prioritariamente es el liberalismo económico y los valores políticos derivados de la ideología del progreso. Insiste por tanto al mismo tiempo en las ideas políticas conservadoras y tradicionalistas, compartiendo también en economía las ideas de todos los que se oponen al liberalismo, digamos el socialismo en sentido general. Semejante elección puede ser llamada tanto «nacional-bolchevismo» como Revolución Conservadora.

Este esquema permite evitar cualquier confusión entre lo que se llama la Nueva Derecha en Europa y la *New Right* americana. La ND me parece que se sitúa, como nosotros mismos, en la intersección de la derecha política y de la izquierda económica, mientras que la *New Right* reúne a gentes que son hombres de derecha *en los dos sentidos*, es decir, los partidarios del capitalismo liberal que también respetan ciertos valores tradicionales (el Estado, la religión, la familia, etc.).

Se puede señalar que en la actualidad la zona situada en la parte superior del círculo está considerada como legítima y «políticamente correcta». Es la zona inferior la que está demonizada, siendo la derecha política equiparada con Hitler y Auschwitz y la izquierda económica con Stalin y el Gulag. Aplicando el mismo razonamiento simplista, se podría, por supuesto, sostener que la derecha económica y la izquierda política son Hiroshima y Nagasaki, la limpieza étnica de los indios norteamericanos y la esclavitud de los negros durante la «modernidad liberadora» del siglo XIX. Pero no llegamos a ninguna parte con generalizaciones gratuitas de este tipo. Debemos reconocer, por lo menos en teoría, que existe la posibilidad de elegir libremente entre todas estas posiciones, incluyendo la cuarta. Negarse a ello es violar las normas democráticas más elementales.

Durante su historia, Rusia ha tendido constantemente hacia una elección del tipo «nacional-bolchevique», y no veo por qué ella debería arrepentirse. Ella hoy no es ni de derecha ni de izquierda en el sentido occidental del término. La derecha atlantista y liberal, representada por el Partido de las Fuerzas de Derecha (SPS) de Chubais o el movimiento Yabloko de Yavlinsky[134] está ahora completamente marginado e incluso ya no está representado en el Parlamento, mientras que era la fuerza principal en la época de Yeltsin. A la izquierda, siempre está el partido comunista de Ziuganov, pero se trata de una izquierda económica que comparte muchos de sus valores con la derecha política. Zhirinovski es una especie de bufón populista, que pertenece al mismo tiempo a la derecha política y a la derecha económica. «Rusia Unida» es el partido del zar. No profesa ninguna idea muy precisa, y abriga dentro suyo a grupos que

pueden tener ideas muy diferentes. Muchos eurasistas forman parte en él, pero a título puramente privado. En la década de 1990, nosotros insistíamos mucho en la necesidad de una alianza anti-liberal entre la izquierda comunista y la derecha nacionalista rusa. Me di cuenta desde entonces que las palabras «derecha» e «izquierda» no se corresponden entre nosotros prácticamente a nada. Sólo hay una *estructura rusa*, que se debe reorganizar políticamente a partir de cero, ayudándola a liberarse de fragmentos de ideologías caóticas que ella no comprende. El mapa de las ideologías políticas en la Rusia del siglo XXI sigue todavía por hacerse. Así como en los Estados Unidos los republicanos y los demócratas reivindican conjuntamente el liberalismo económico, se podría muy bien imaginar el surgimiento de una izquierda y una derecha afirmando los principios fundamentales de la geopolítica eurasista, y trabajando las dos al mismo tiempo por el renacimiento de la Gran Rusia en un mundo multipolar, mientras que se dividirían en cuanto a la elección de los medios y los caminos a seguir para lograrlo. Por ahora, en cualquier caso, nuestra opción se sitúa en la intersección de la izquierda económica y de la derecha política. *Honi soit qui mal y pense*[135].

Alain de Benoist: Usted ha señalado frecuentemente el papel, a sus ojos positivo, de la religión, y ha tratado de desarrollar un diálogo constructivo entre las diferentes creencias representadas en Rusia: Ortodoxia, Islam, Judaísmo, Budismo. En el pasado, usted dijo que el Islam es el aliado natural del eurasismo. Pero usted no trata al Islam como un todo homogéneo. Durante el coloquio «¿Amenaza islámica o amenaza contra el Islam?» Organizado por el movimiento Eurasia el 28 de junio de 2001, usted condenó a un tiempo el fundamentalismo islámico y destacó la necesidad de una asociación estratégica entre los países islámicos y Eurasia. Usted tiende a rechazar del lado «occidental» el catolicismo y el protestantismo, pero también el fundamentalismo musulmán sunita de orientación wahabita o salafista, así como el budismo del Pequeño Vehículo (*Hinayana*) y el talmudismo racionalista judío, mientras que el cristianismo ortodoxo, el Islam tradicional, el sufismo, el chiísmo,

el budismo del Gran Vehículo (*Vajrayana*) y el jasidismo o misticismo judío serían de algún modo espontáneamente «eurasistas».

Usted mismo es un cristiano ortodoxo que, en la línea del primer eurasismo, ha opuesto con frecuencia el valor de la ortodoxia al catolicismo y al protestantismo. Usted ha criticado de este modo «el devocionalismo, el racionalismo escolástico y el papismo del Vaticano», oponiéndole el espíritu ortodoxo, «contemplativo, apofático, hesicasta, comunitario y resueltamente anti-individualista». Desde 1998, usted se reconoce en los «Viejos-Creyentes» (*Starovery* o *Staroobrjadcy*) nacidos después del Cisma (*Raskol*), es decir, después de la retirada en el siglo XVII de una parte significativa de los miembros de la Iglesia ortodoxa oficial. Usted ve incluso en esta tendencia «cismática» la ortodoxia más auténtica y la más coherente con el espíritu tanto «conservador» como «revolucionario» de Rusia. Los Viejos-Creyentes, que se negaron a una serie de reformas, litúrgicas principalmente, introducidas por el patriarca Nikon en 1653, fueron perseguidos constantemente en el tiempo de los zares y fueron la fuente de muchos movimientos de rebelión espiritual y social contra el poder central. ¿A cuál de sus comunidades o de sus jerarquías pertenece? En el plano religioso, ¿dónde se sitúa a sí mismo en la oposición tradicional entre «josefinos» (o «iosefinos»), partidarios de José (Iosef) Volozky, obispo de Volokolamsky, cuya obra fue continuada por Ivan Peresvetov, principal teórico de la *Oprichnina* (la institución creada por Iván el Terrible para castigar a los criminales y traidores), y los «*zavolzhtsi*», partidarios del hesicasta Nils Sorsky, de quien el príncipe Vassian Patrikeyev fue su discípulo?

Alexander Dugin: Mi actitud ante la religión surge de mi tradicionalismo. De hecho, es difícil ser un «tradicionalista sin Tradición», a pesar de que el caso de Julius Evola nos dice que incluso es posible. Pero en Rusia, hay una tradición espiritual siempre viva, y ésta es la Iglesia ortodoxa rusa, que sigue conservando una dimensión sagrada sin aventurarse más allá de medida en el camino de la modernización y de la secularización donde por el contrario se implicó la Iglesia Católica, por no decir

el protestantismo, que rompió con la tradición sagrada desde el comienzo de su historia. Creo muy profundamente que la religión ortodoxa rusa es la tradición sagrada. Además he escrito un libro sobre «La metafísica de la Buena Nueva», donde trato de comparar la metafísica guénoniana y las doctrinas de la teología cristiana ortodoxa. Mi pertenencia a la religión es pues el resultado de mis convicciones filosóficas, así como de mi identidad etnocultural y de mis inclinaciones emocionales.

Al estudiar la historia de la Iglesia de Rusia, y mientras me convertía en cristiano ortodoxo practicante a principios de los años 80, me di cuenta de que sucedió en esta historia, en la segunda mitad del siglo XVII, una catástrofe que puede ser descrita en términos de secularización y de ruptura con la antigua tradición. Se trata en efecto del Cisma (*Raskol*) que siguió a las reformas del patriarca Nikon. En Europa, donde no hay mucho interés por la historia de Rusia, este dramático episodio es desconocido o es malinterpretado. Para entender el Cisma ruso, se deben tener presentes en la mente algunas características esenciales de la visión rusa de la historia eclesiológica. Como ortodoxos, consideramos que a partir del siglo IX, poco después de la unción imperial de Carlomagno, la Iglesia católica comenzó a separarse de la cristiandad universal, representada por la Iglesia bizantina ortodoxa. Después de 1054, cuando se produjo el Gran Cisma de Oriente, es la Iglesia ortodoxa quien sigue encarnando la Iglesia universal, mientras que la Iglesia católica representa, a pesar de sus pretensiones, una rama hereje y desecada. Después de la caída de Bizancio, que los rusos del siglo XV interpretaron como un resultado de la traición de la fe ortodoxa por Constantinopla en el Concilio de Florencia, el único país que ha permanecido en el mundo ortodoxo *políticamente libre y espiritualmente ortodoxo* fue la Santa Rusia. Los rusos rompieron entonces sus relaciones con Constantinopla, caída ante sus ojos en la apostasía, y eligieron, por primera vez en su historia, nombrar a un metropolitano gran-ruso por el Concilio de los obispos. La Iglesia rusa se convirtió de esa manera en autocéfala. Ya se sabe, espero, qué importante papel juega el emperador ortodoxo en la tradición bizantina. Sobre la base, entre otras cosas, de los escritos de San Juan Crisóstomo, se le iden-

tifica con el *katechon*, este personaje enigmático de la Epístola de San Pablo a los Tesalonicenses, donde se dice que, mientras el *katechon* siga presente en el «centro del medio» el Anticristo (el «Hijo de la Perdición») será vedado de aparecer. Ideas similares fueron también frecuentes en la cristiandad occidental, más especialmente en los medios gibelinos. Cuando Bizancio se derrumbó, los rusos, por tanto, vieron en su caída espiritual y política una consecuencia de la apostasía de la Iglesia ortodoxa y de la derrota del Imperio, representado por la desaparición del *katechon*. Pero es precisamente en este periodo de la segunda mitad del siglo XV que Rusia se liberó de los tártaros y obtuvo su independencia. Bizancio, la segunda Roma, se había hundido, la Rusia ortodoxa, devenida políticamente independiente, podía afirmarse. Así nació la idea de una «Tercera Roma», directamente asociada a la noción de «translación» del Imperio (*translatio imperii*). Rusia fue considerada desde ese momento como la heredera de la *misión bizantina* y, tal como Bizancio había sido considerada como el verdadero centro de la cristiandad antes de la Unia florentina[136], también se convirtió en la única heredera de la tradición cristiana ortodoxa. La existencia de un Estado políticamente independiente encabezado por un príncipe ortodoxo apareció, en el mismo sentido, como un evento religioso providencial. Sólo faltaba por ungir al Gran Príncipe de Moscú otorgándole el título de zar, es decir, de emperador (*Kaiser* en alemán). Esto es lo que se hizo en el siglo XVI con Iván el Terrible. A principios del siglo XVII, se instauró un patriarcado de Rusia con un patriarca ruso, con la aprobación de los legados del Patriarca de Constantinopla. Y es también en este tiempo que los griegos regresaron de nuevo a la ortodoxia, denunciando el Concilio de Florencia como un paso en falso. Desde finales del siglo XV hasta finales del siglo XVII, la doctrina oficial en Rusia fue, por tanto, la de «Moscú, la Tercera Roma».

Desde mediados del siglo XV, e incluso un poco antes, se produjeron sin embargo algunas tensiones entre los griegos y los rusos. Estos últimos estaban convencidos de que sus ritos eran más puros y más antiguos que los de los griegos, que los consideraban corrompidos por el catolicismo (como lo fueron más

tarde por los uniatas). Esta diferencia en los ritos (*obryad*) fue percibida *ideológicamente* como la evidencia de que era Rusia la que ahora tenía las llaves de la salvación universal. Los griegos les desafiaban, pero su situación deplorable bajo la ocupación turca no les ponía en condiciones de hacer valer sus puntos de vista con respecto a una Rusia libre ortodoxa, fuerte y bastante rica. Además, los griegos habrían gustado de usar el ejército ruso para liberar Constantinopla, lo que les llevó a pasar por alto ciertas pretensiones mesiánicas y escatológicas rusas, a pesar de que no estaban de acuerdo. El patriarca Nikon era un nacionalista ruso que quería liberar a todos los pueblos ortodoxos del control de los católicos y los musulmanes y unirlos bajo la bandera de Rusia. Se consideraba a sí mismo como una especie de «Papa ortodoxo», como un patriarca universal y ruso al mismo tiempo. Fue en este tiempo que muchos ortodoxos de Ucrania y Bielorrusia se liberaron de la dominación de los polacos católicos. Con la esperanza de promover la creación de un imperio ruso-ortodoxo que incluiría a todos los pueblos ortodoxos, Nikon decidió entonces aceptar los ritos griegos de su época, que eran practicados por la mayor parte de los ortodoxos no rusos. Esto es lo que hizo con motivo de la cuaresma de la Pascua en 1653. Esta decisión fue la causa directa del Cisma.

Los opositores a las reformas, agrupados bajo la dirección espiritual del protopope Avvakum, acusaron a Nikon de haber rechazado, al mismo tiempo que los ritos rusos (que estaban en el origen de los ritos griegos), la esencia misma de la misión de Rusia y de haber caído de ese modo en la apostasía. Así nació el bando de los *Starovery* o «Viejos-Creyentes». Nikon emprendió de inmediato su aplastamiento con un vigor extraordinario. La represión causó la muerte brutal de miles de hombres, mujeres y niños. Muchos entonces creyeron que había llegado el tiempo de la apostasía final y que la última fortaleza de la salvación había caído. Muchos Viejos-Creyentes se lanzaron voluntariamente al fuego.

Después de la querella entre el Patriarca Nikon y el zar Alexei Mijailovich Romanov en 1666-1667, Nikon fue exiliado y el zar volvió a hablar con los griegos para tratar de restablecer la jerarquía religiosa socavada por el cisma. Nikon fue finalmen-

te despojado de todas sus funciones, pero los Viejos-Creyentes también fueron condenados. Durante un corto período de tiempo, el propio Zar se aseguró el control de la Iglesia, colocándola bajo la dirección de un dócil patriarca. Pero un poco más tarde, el hijo de Alexei, Pedro el Grande, prosiguió la reforma mediante la eliminación del puesto de Patriarca de Rusia y haciendo de la Iglesia una especie de departamento de Estado bajo la autoridad de una personalidad civil (llamada «*Oberprokuror*» del Santo Sínodo). Las persecuciones contra los Viejos-Creyentes continuaron hasta principios del siglo XX. Brevemente interrumpidas por el Edicto de Tolerancia aprobada en 1905 por el zar Nicolás II, se reanudaron en 1920 por iniciativa de las autoridades comunistas.

Nils Sorski y Iosef Voloski que usted ha mencionado, son dos figuras muy importantes en la historia de las ideas en Rusia. Viviendo en los finales del siglo XV y principios del siglo XVI, encarnaron corrientes ideológicas opuestas dentro de la cultura religiosa de Rusia. Monje del monte Athos, donde vivía en el momento de la caída de Bizancio, el primero toma de esta experiencia la sensación de que el fin del mundo está cerca, sentimiento que expresa en una óptica más griega que rusa. Había caído Bizancio, ya no había salvación según él más que en la práctica del ascetismo individual. El tiempo ya no era para preocuparse por el desarrollo de la vida pública, económica o política, sino para salvar el alma lejos del mundo. Se le dio el nombre de *nestyazhatelstvo* «temeridad ante los bienes materiales», a la doctrina de Nils Sorski, pero también podemos ver en ello una corriente que encarna la *tendencia griega* en el seno del cristianismo ruso. Vassian Patrikeyev fue otro representante de esta tendencia en el siglo XVI, igual que el príncipe Kurbski[137], famoso traidor de quien se conoce el intercambio de correspondencia con Iván el Terrible.

Iosef Voloski tenía, él mismo, ideas totalmente diferentes. Partidario de la *translatio imperii*, profesaba que en la Santa Rusia, fortaleza de la salvación universal, todos los aspectos de la vida –incluyendo la política, la economía y la ley– debían considerarse como algo sagrado. Él enseñaba que los problemas materiales, en el caso de Rusia, revestían una dimensión

soteriológica, prefigurando así el concepto de «Estado tributario» (*tiaglovoie Gosudarstvo*) que aparecería en los tiempos de Iván el Terrible. Por oposición a Sorski, Voloski puede ser considerado pues como el representante de la *tendencia rusa* dentro del cristianismo ruso.

En cuanto a Ivan Peresvetov, que algunos creen que es un seudónimo literario de Iván el Terrible, no fue estrictamente un partidario de las ideas de Voloski, sino el teórico del muy original concepto de «Estado de la Verdad» (*Gosudarstvo Pravdy*), un Estado que debe ser puramente meritocrático según él, basado en la justicia social y gobernado por un Zar Dictador (un Zar «Terrible» *Grozny Tsar*, la palabra «terrible» refiriéndose aquí a una función, y casi a un título, y no a una categoría moral), rodeado por una élite militar. Este Zar Dictador se corresponde estrechamente con el tipo político de la «dictadura comisaria» en Carl Schmitt. Turcófilo, Ivan Peresvetov describió la victoria del sultán Mehmet II sobre el último emperador bizantino Constantino Paleólogo como una victoria lograda por una política basada en la justicia y el mérito militar sobre una política de estancamiento llena de nepotismo, donde una aristocracia impotente obstaculiza cualquier energía . El eurasista Alexeyev veía en Peresvetov el «primer fascista ruso.» También fue probablemente el último.

Los Viejos-Creyentes fueron evidentemente partidarios de la «tendencia rusa», representada por Iosef Voloski. Esto es lo que explica su posición sobre la cuestión de los ritos. Lo esencial para ellos no eran los ritos en sí mismos, sino su significado *metafísico*, *escatológico* y *soteriológico* en el contexto de la misión ortodoxa de la Santa Rusia. Pero después del Cisma, Rusia había dejado de ser Santa (Sagrada) para secularizarse, convirtiéndose así en mundana y civil. Los Viejos-Creyentes no aceptaron este hecho y por lo tanto se mantuvieron fieles a la Santa Patria, a la Tercera Roma y al pueblo teóforo[138] ruso, identificado con un Nuevo Israel. Cuando me di cuenta plenamente de la importancia de este dualismo dentro del pensamiento ortodoxo ruso, escogí el camino de Voloski y de los Viejos-Creyentes. Desde el verano de 1998 formo parte de una parroquia viejo-creyente situada cerca de Moscú, *Mikhailovskaia Sloboda*.

Entre los Viejos-Creyentes hay muchas diferencias o divisiones internas. Algunas ramas admiten sacerdotes, otras no. Entre aquellos que aceptan a los sacerdotes, todavía hay diferentes jerarquías. La rama más importante es *Bielaya Kriniza* (llamados «los austriacos»). Yo pertenezco a la tendencia más moderada, llamada *edinoveriye*, literalmente, «fe unificada». Reagrupa a los Viejos-Creyentes que practican los ritos rusos antiguos, aceptan la cruz de ocho puntas y hacen la señal de la cruz con dos dedos juntos (y no tres, como en los cristianos rusos de la tendencia nikoniana). Esta rama acepta los sacerdotes consagrados por la Iglesia Ortodoxa Rusa (nikoniana) y no tiene su propia jerarquía, lo que provoca que sea mal vista por otros Viejos-Creyentes hostiles a tal «compromiso». Mi sensación es que, en el estado actual de la conciencia religiosa rusa, es más importante restaurar gradualmente, y con una cierta flexibilidad, la dimensión sagrada de la tradición religiosa en lugar de adherirse dogmáticamente a grupos que, a raíz de trágicos acontecimientos y persecuciones implacables, a veces han tomado la apariencia de sectas.

Una última palabra sobre la *Oprichnina* a la que ha hecho alusión. El congreso fundador del Movimiento de la Juventud Eurasista se celebró en el palacio de Iván el Terrible en Alexandrov, precisamente en la sala del zar donde se creó la *Oprichnina*. Durante un corto período de tiempo, este lugar fue a la vez la residencia del zar y la capital de Rusia.

Alain de Benoist: En la actualidad hay en Rusia, fuera del MED, una serie de pequeños grupos o publicaciones que también pretenden ser eurasistas. Tal vez puede ser mencionada aquí la corriente reunida en torno a la revista *Evrazija* de Eduard Bagramov, la revista *Literaturnaja Evrazija*, publicada por la Asociación de las Uniones de los escritores de la CEI, la revista del Instituto Oriental de la Academia de Ciencias en Moscú, *Vestnik Evrazii -Acta Eurásica*, las obras de F. Girenok y V.Y. Paschenko, etc. Algunos de estos grupos le han criticado. ¿Cuáles son sus divergencias? ¿Y qué piensa usted de la obra del conservador Alexander S. Panarin, quien ha trabajado para rehabilitar políticamente y filosóficamente el concepto de imperio, del que

hace una nueva forma de «estatalidad» (*gosudarstvennost*), rechazando cualquier deriva nacionalista (*Rossiya v civilieacionnom processe*, IFRAN, Moscú, 1995). Fallecido recientemente, Panarin, quien una vez le acusó de «paganismo», parece ser que posteriormente se le acercó, luego asistió a la fundación del movimiento Eurasia en 2001 y aceptó el año siguiente entrar en su comité directivo. A él se le debe también la reedición de varios autores de la primera generación eurasista, como Savitski, Trubetskoi, Alexeyev, etc.

Alexander Dugin: Yo, obviamente, no tengo el monopolio del eurasismo. Las ideas pertenecen a todos aquellos que son capaces de entenderlas profundamente y asimilarlas. A pesar de su título, la revista de Bagramov, *Evrazijka*, no tiene en realidad nada que ver con el eurasismo. No conozco ni la *Literaturnaja Evrazija* ni los *Vestnik Evrazii*. Girenok es un filósofo ruso original, pero no es eurasista. Paschenko, hoy viejo y enfermo, fue miembro del movimiento Eurasia. Acerca de Panarin, realmente aprecio su trabajo. Su desaparición fue una gran pérdida. La reedición de los autores de la primera generación eurasista, Savitski, Trubetskoi, Alexeyev, pero también Bromberg y Khara-Davan, se debió principalmente a mis esfuerzos personales: aparecieron en la colección eurasista que yo dirigía en las ediciones Agraf, con un prólogo y un comentario crítico escritos por mí. También publicamos una serie de grandes textos clásicos de los primeros eurasistas con sus manifiestos y sus programas, en una gran recopilación titulada «La base de la doctrina eurasista».

Alain de Benoist: Simple disidente anticomunista en su juventud, usted seguidamente ha defendido con frecuencia los aspectos positivos del comunismo soviético, en oposición principalmente al sistema occidental, al tiempo que criticaba severamente las nostalgias de los neo-estalinistas. Veinte años después de la desaparición de la URSS, ¿cuál es finalmente su opinión sobre la revolución de 1917 y la era soviética? ¿Qué piensa de las críticas que han hecho de ella por autores muy conocidos fuera de Rusia, como Alexander Solzhenitsyn[139] y Alexander Zi-

noviev[140]? ¿A qué atribuye usted, por otro lado, la grave crisis demográfica que actualmente conoce Rusia?

Alexander Dugin: Estoy convencido de que nunca vamos a entender nada del período soviético de nuestra historia si no somos capaces de integrarla en el proceso dialéctico de nuestra historiografía nacional. No podemos explicar la revolución de 1917 mediante teorías conspiracionistas, por la influencia de los agentes de Occidente, por la locura repentina e inexplicable de la población, y menos aún mediante el uso de nociones rusófobas tales como el «salvajismo» y el «gusto innato por la esclavitud» del pueblo ruso. No se puede hablar del bolchevismo sin tener en cuenta el nacional-bolchevismo. De hecho, se podría representar a la sociedad comunista como una *fracción*, con un numerador y un denominador. El *numerador* corresponde a la cara exterior, es decir, la dogmática marxista que conocemos bien: la lucha de clases, el internacionalismo, el materialismo, el ateísmo, etc. El *denominador* se refiere al aspecto interior, al inconsciente colectivo, es decir, a esa *estructura rusa* de la que ya he hablado y que ha continuado, durante todo el período soviético, *reinterpretando* la dogmática marxista dándole un sentido diferente del discurso oficial del partido. En la óptica de la «estructura rusa», Stalin era el «zar», la Unión Soviética una nueva versión de «Moscú, la Tercera Roma», la Internacional «una red soteriológica cumpliendo la misión global de la salvación de los pueblos», el proletariado otro nombre del «pueblo teóforo ruso» (*narod-bogonosets*). En cuanto al comunismo, era a la vez la «reconquista del paraíso terrestre» y el comienzo de una «vida eterna» en una «Tierra nueva» y bajo «Cielos nuevos». Por supuesto, esta reinterpretación no era el hecho de todo el mundo, y ha sido más o menos pronunciada en diferentes momentos. Pero si se la ignora, entonces se pierde un aspecto fundamental que el «anticomunismo» tradicional ha desatendido totalmente.

En vísperas de 1917, el pueblo ruso estaba esperando algo bastante similar a lo que Heidegger llama *Ereignis*, el Gran Evento. Los filósofos y los artistas rusos del «siglo del dinero» (V. Soloviov, Sergei Bulgakov[141], A. Blok[142], N. Kliuyev[143], S. Yesenin[144],

Dmitri Merezhkovski[145] y muchos otros) presentían o habían presentido que la estructura rusa, escondida en la base de la sociedad zarista occidentalizada en el espacio del denominador, estaba resurgiendo. Incluso en el pensamiento cristiano, se esperaba un resurgimiento de la tendencia propiamente rusa, y no griega, de la Iglesia Ortodoxa Rusa. La restauración del patriarcado ruso en 1918 fue una consecuencia directa de este estado espiritual. El Gran Evento, en efecto, se produjo pero bajo la forma extravagante y paroxística del bolchevismo. Muy pronto, algunos representantes de la élite intelectual rusa que profesaban un nacionalismo místico vieron en la Revolución de Octubre un cumplimiento del *Ereignis*. Yo pienso aquí en el poema «Los Doce», escrito por A. Blok, al Viejo-Creyente Kliuyev que, en su poesía, bendecía a los «asesinos rojos» como vengadores enviados por Avvakum y los mártires. Pero, por supuesto, poco a poco llegó a ser claro que no era el *Ereignis* a lo que se asistía, sino más bien a un simulacro. El fracaso del *Ereignis*, así es como yo entiendo la Revolución de Octubre. La estructura rusa había querido romper las cadenas que la encerraban en el espacio del denominador. Ella tuvo éxito, pero sólo por la mitad. Los rusos fueron liberados de una forma de alienación, el zarismo occidentalizado, pero fueron a caer en otra trampa, el dogmatismo marxista.

Había dos posibilidades diferentes de salir de ello. La primera habría sido que el sistema soviético evolucionase gradualmente hacia un sistema eurasista o explícitamente nacional-bolchevique, desembarazándose de ese dogmatismo marxista que dificultaba la completa liberación de la estructura rusa. La otra posibilidad era que, mostrándose incapaz de tal evolución, el sistema soviético se volviera cada vez más rígido y más impotente, y que acabase por colapsar un día. Fue esta segunda posibilidad la que se realizó. Debemos aceptarlo como un hecho. Pero hoy en día, si queremos escribir la historia de la época soviética, debemos examinar todas las fases bajo el doble aspecto que he mencionado. Esclarece muchos acontecimientos, muchas luchas entre tendencias. Cada aspecto de la estructura rusa debe ser examinado. Pero sólo se puede hacer eso siendo profundamente rusófilo, siendo eurasista, siendo capaz de

amar y comprender profundamente al pueblo ruso y su alma.

Alexander Solzhenitsyn, que murió en Moscú en agosto de 2008, es un disidente que fue víctima de una realidad soviética terrible. Siempre estuvo impulsado por un deseo de venganza. Ciertamente se le puede comprender, pero al querer vengarse, también escribió calumnias que fueron utilizadas para luchar contra la URSS por el Occidente liberal, mientras que él mismo no era liberal. Es por eso que muchos le han considerado un traidor, y también es por eso que casi nunca se le cita hoy en Rusia. Los liberales le reprocharon su conservadurismo y su nacionalismo. Las masas no le conocen. La serie de televisión que se extrajo de su obra cayó en un antisovietismo primario y los pasajes donde expresaba su rusofilia fueron censurados. Solzhenitsyn es muy conocido y apreciado en Occidente, pero en Rusia se estima que cometió errores y que ha pagado por ello. El único juez imparcial siempre es el pueblo. Solzhenitsyn siempre quiso amar al pueblo ruso y vivir honestamente, manteniéndose alejado de las mentiras, pero, paradójicamente, sus propias mentiras han herido a la gente que amaba y a su Estado. En cuanto a Alexander Zinoviev, le conocí personalmente y tuve la oportunidad de hablar con él. Al final de su vida, decía sobre todo tonterías. Comenzó por ser marxista, después de lo cual se convirtió en anti-soviético y colaboró con la radio americana –«Radio Libertad»– en la época de la Guerra Fría. Luego fue ganado por las ideas anti-occidentalistas, pero sin duda demasiado tarde. Volvió a Moscú con la esperanza de imponerse como un gurú, pero nadie le prestó atención.

Alain de Benoist: En el curso de las últimas dos décadas, los estadounidenses parecen haber, poco a poco, intentado debilitar y cercar a Rusia, pero también utilizarla como un contrapeso a la Unión Europea. ¿Cómo describiría la estrategia atlantista ante Eurasia en general y Rusia en particular? ¿Cuál es el plan estadounidense para esta parte del mundo? ¿Cómo interpreta las «revoluciones naranja» (o «coloreadas») que se produjeron en varios países del Este, con el apoyo indisimulado de Washington? ¿Cuáles son en su opinión los temas más importantes de la política internacional y los más inmediatos?

Alexander Dugin: La estrategia de EE.UU. es bastante simple y transparente. Los estadounidenses quieren crear un imperio planetario situado bajo su control. Para hacerlo, necesitan protegerse contra la aparición de los grandes espacios. Aunque no lo digan, Rusia es para ellos el enemigo número 1. No se trata aquí de una secuela de la guerra fría, como a veces se cree, sino la consecuencia lógica de una situación geopolítica que no ha cambiado mucho en los últimos dos siglos. Los estadounidenses cercan a Rusia para ahogarla y, al mismo tiempo, se le pide que participe en todo tipo de proyectos conjuntos cuyo único propósito es debilitar cada vez más sus posiciones estratégicas. Hoy, ellos están tratando de desplazar lo máximo posible hacia el este las fronteras de la OTAN y establecer el mayor número posible de bases militares en el Cáucaso y Asia Central, es decir, en la zona considerada tradicionalmente una zona de influencia rusa. Es que Rusia, con el fin de dominar el mundo, es para ellos la cerradura principal que hay que reventar. Este es el lugar para repetir la frase tantas veces citada de Mackinder, que es, más que nunca, cierta en el siglo XXI: «Quien controla Eurasia controla el mundo» Sin embargo, el *heartland* de Eurasia, es Rusia.

No creo que los estadounidenses estén planeando apoyar a Rusia como contrapeso a Europa, ya que no tienen, por desgracia, mucho que temer de una Unión Europea hoy prácticamente alineada con sus posiciones. Tal proyecto, en caso de existir, sería más bien con el objetivo de seducir a los rusos para engañarles mejor. Los proyectos americanos, cuya apariencia es amigable a menudo, son peores que sus ataques directos. Lo que es seguro es que no habrá un mundo multipolar sin que Rusia vuelva a ser una potencia regional. Para evitar que lo consiga, los estadounidenses van a tratar de cortar los mercados naturales de Rusia y tratar de dañar sus relaciones con grandes espacios virtuales o semi-reales, tales como China, Irán o la Unión Europea. Es para esto que sirven las «revoluciones coloreadas» que han impulsado y financiado en la periferia de Rusia, en Ucrania, Georgia, Mongolia, Kirguistán, etc. Se puede esperar que hagan lo mismo en Bielorrusia, Armenia, Moldavia y Azerbaiyán. Las relaciones privilegiadas que buscan mantener

con estos antiguos países socialistas de Europa central u oriental, como Polonia, la República checa, Croacia, Rumania, Hungría, los Estados bálticos, también entran dentro de este marco. Mientras tanto, los estadounidenses presionan sobre Europa occidental para impedir su asociación económica con Rusia. Buscan hacer entrar a Georgia y Ucrania en la OTAN, siendo los siguientes candidatos Moldavia y Azerbaiyán. Desde Georgia, ya han comenzado a desestabilizar el Cáucaso del Norte, donde a menudo coexisten dificultosamente distintas etnias, con la esperanza de repetir la carnicería chechena jugando con las contradicciones entre los pueblos y las deficiencias del aparato burocrático del Estado ruso.

Su arma más eficaz es la red atlantista y liberal de la que todavía disfrutan dentro de la élite política rusa, pero también las organizaciones no gubernamentales (ONG) que ellos manejan, las fundaciones que financian, los movimientos de «defensa de los derechos humanos», etc. Son activos junto a los intelectuales y expertos, pero especialmente en el entorno de los medios de comunicación. Si Medvedev y Putin adoptan una línea política claramente anti-estadounidense, todo este dispositivo se utilizará de inmediato para tratar de desacreditarles y promover proyectos suicidas del tipo «Perestroika 2». Tales proyectos ya han sido desarrollados por el CSIS americano bajo la dirección de Andrew Kutchins[146]. Por tanto, debemos esperarlo todo y desarrollar una contra-estrategia viable. Me parece que, desde este punto de vista, la visión eurasista del mundo puede ser una gran ayuda para todos los pueblos, países o individuos, que no quieren llegar a ser los esclavos o siervos del imperio global americano y tengan el valor suficiente para combatir lo que se podría llamar *el mal del siglo XXI*.

BIBLIOGRAFÍA

- *Rusia, el misterio de Eurasia*. Grupo Libro 88, Madrid, 1991.
- *La Cuarta teoría política*. Ediciones Nueva República, Molins de Rei, 2013.

NOTAS DE LA TRADUCCIÓN

1 **Piotr Chaadayev** (1794-1856) fue un escritor y poeta ruso. En 1829 publicó sus Cartas filosóficas, en las cuales critica la cultura rusa y cree necesaria una renovación que pasaría por la "europización". El gobierno le declara loco y le impone arresto domiciliario con prohibición de escribir durante un año. Su obra fue una de las que iniciaron la polémica entre occidentalistas y eslavófilos.

2 **Nikolái Platónovich Ogariov** (1813-1877) fue un periodista y escritor ruso. Fundó en Londres, en 1857, el periódico antigubernamental La Campana junto a Aleksandr Herzen. Nacido en una familia de terratenientes, cursó estudios en la Universidad de Moscú. Allí desarrolló una notable labor política, uniéndose a grupos de socialistas utópicos, lo que produjo su arresto y destierro a la provincia de Penza, en su finca. En 1856 abandonó Rusia para siempre, viviendo largos años en Londres y en Ginebra, dedicado a la organización de la tipografía rusa libre y la publicación de La Campana y Asamblea General.

3 **Aleksandr Iványovich Herzen** (1812-1870) fue un destacado revolucionario ruso, ideólogo de la revolución campesina, publicista, filósofo materialista, economista. Se manifestó contra el régimen de servidumbre, después de crear una variante del socialismo utópico, el "socialismo campesino", basado en la idea de que la sociedad rusa debía progresar a través de la revolución campesina.

4 **Pedro I Alexéievich** o **Pedro I de Rusia, el Grande** (1672-1725) fue uno de los más destacados zares de la historia de Rusia. Llevó a cabo un proceso de modernización mediante la occidentalización y expansión que transformó a la Rusia Moscovita en una de las principales potencias europeas. Es conocido el hecho de que en 1705, Pedro exigió que todos los hombres se afeitaran la barba y vistieran al uso occidental. Los Viejos-Creyentes conservaron su barba, llamándolo Pedro Belzebubovic, vale decir, "Pedro, hijo del diablo".

5 **Alexei Khomiakov** (1804-1860) fue un teólogo, poeta y filósofo ruso. Fue

una de las principales figuras del movimiento eslavófilo. Sus poemas muestran una gran madurez. Las más célebres fueron compuestas durante la guerra de Crimea y ofrecen una recopilación de disertaciones sobre la teoría de la unidad de todos los pueblos eslavos y el repudio de la opresión occidental.

6 **Constantin Aksakov** (1817-1860) fue un hombre de letras ruso, ensayista político, poeta, crítico literario, historiador y lingüista. Siempre hizo hincapié en el carácter especial y único de la naturaleza y el destino de Rusia. Es considerado uno de los fundadores del movimiento eslavófilo.

7 **Iván Vasilievich Kireyevsky** (1806-1856) fue un crítico literario y filósofo ruso que, junto con Alexei Khomiakov y Constantin Aksakov, es reconocido como uno de los fundadores del movimiento eslavófilo.

8 **Vladimir Sergueyevich Soloviov** (1853-1900) fue un filósofo, teólogo, poeta, escritor y crítico literario ruso. Fue un pensador absolutamente original, a menudo paradójico y extraño, imposible de reducir a los esquemas de lo académico. Soloviov, que poseía además de extraordinarias dotes intelectuales una profunda sensibilidad poética, contribuyó más que nadie al renacimiento espiritual ruso del siglo XX, y es autor de la creación especulativa más universal de la edad moderna, una obra tan monumental que le valió el apelativo de «santo Tomás de la Iglesia de Oriente».

9 **Fiodor Tiutchev** (1803-1873) fue un célebre poeta y diplomático ruso. En la década de 1840 escribió artículos políticos, analizando el problema de relaciones entre Rusia y la civilización de Occidente. A partir de 1860 se dedicó casi exclusivamente a la poesía política. Una de sus frases más conocidas es: "Con la razón no se entiende Rusia".

10 **Nicolás I de Rusia** (1796-1855) reinó como zar de Rusia y rey de Polonia de 1825 a 1855. Sufrió la revuelta decembrista que deseaba instaurar reformas liberales en Rusia, a la que terminó aplastando. Guerreó contra los turcos y contra las revoluciones liberales, enviando tropas por Europa.

11 **Nikolai Yakovlevich Danilevski** (1822-1885) fue un naturalista, economista, sociólogo, historiador, filósofo eslavófilo, etnólogo, antropólogo, y un ideólogo ruso del eslavismo que estableceió una visión circular de la historia del mundo. Él fue el primer escritor que presentó un relato de la historia como una serie de civilizaciones distintas. Es conocido principalmente por su libro Rusia y Europa.

12 Los "blancos" estaban formados por fuerzas nacionalistas contrarrevolucionarias rusas, en muchos casos pro-zaristas, que tras la Revolución de Octubre lucharon contra el Ejército Rojo durante la Guerra Civil Rusa desde

1918 hasta 1921. Fueron apoyados por los gobiernos occidentales ante la amenaza de una revolución comunista mundial.

13 **Roman Jakobson** (1896-1982) fue un lingüista, fonólogo y teórico de la literatura ruso. Fue, junto a André Martinet, Claude Lévi-Strauss y Morris Swadesh, uno de los fundadores del Círculo Lingüístico de Nueva York, más tarde convertido en la Asociación Internacional de Lingüística. Su obra toca simultáneamente las disciplinas de la antropología, la patología del lenguaje, la estilística, el folclore y la teoría de la información.

14 **Georgi V. Vernadsky** (1887-1973) fue un historiador ruso-estadounidense y autor de numerosos libros sobre la historia de Rusia. En 1910 se trasladó a la Universidad de San Petersburgo, donde enseñó durante los próximos siete años, durante el cual se le otorgó el título de Maestro por su tesis sobre los efectos de la masonería en la Ilustración Rusa. Luego enseñó en Kiev y luego siguió al Ejército Blanco a Simferopol, donde enseñó en la universidad local por dos años. Tras la caída de Crimea se exilió en Praga, donde se unió al movimiento eurasista.

15 **Georgi Vasílievich Florovski** (1893-1979) fue un teólogo. Su deseo era volver a las fuentes, y proponer una teología más tradicional, más rigurosamente fiel a los dogmas. La Iglesia es el obrar de Cristo en la tierra. En la Iglesia nuestra salvación es perfecta; la santificación y transfiguración de la raza humana es completa. La Iglesia, en su totalidad, tiene su centro personal solamente en Cristo, ella no es una encarnación del Espíritu Santo, sino precisamente el Cuerpo de Cristo, el Señor encarnado.

16 Bromberg fue miembro del movimiento eurasista, uno de los emigrantes de Rusia de los años 1920 y 1930 que se esforzó por desarrollar un enfoque específicamente judío de la ideología eurasista.

17 Los Varegos eran vikingos suecos, los cuales fueron hacia el este y el sur a través de lo que hoy es Rusia, Bielorrusia y Ucrania, principalmente en los siglos IX y X. La historiografía occidental sostiene que estos escandinavos fueron los que fundaron el Rus de Kiev, dándole el nombre al país. El nombre con el que los primeros habitantes, en su mayoría fineses y posteriormente también eslavos, conocían a estos varegos era precisamente los Rus, quizá proveniente de la misma raíz con la que los finlandeses conocen hoy en día a Suecia, Ruotsi.

18 Bizancio fue una ciudad griega, capital de Tracia, situada a la entrada del estrecho del Bósforo, sobre una parte de la actual ciudad de Estambul, y que ha ocupado un lugar destacado en la Historia desde su fundación. Luego fue denominada Constantinopla, y luego Estambul.

19 **Ivan Alexandrovich Ilin** (1883-1954) fue un filósofo ruso monárquico que emigró de la Rusia bolchevique en el año 1922. Fue condenado a muerte por anticomunista, y finalmente expulsado de Rusia junto a otros 160 filósofos, historiadores y economistas. Desde 1923 hasta 1934 trabajó en Berlín como profesor en un instituto ruso, financiado por el Ministerio de Relaciones Exteriores. Es despedido de su trabajo en 1934 y perseguido por la Gestapo. Se fue a Alemania en 1938 para Suiza, donde terminó sus días en 1954. Una serie de obras suyas tratan algunos aspectos del fascismo de Mussolini con simpatía. Admiraba sinceramente al nacionalsocialismo y lo prefería a la URSS de 1933.

20 **Fiódor Mijáilovich Dostoyevski** (1821-1881) es uno de los principales escritores de la Rusia zarista, cuya literatura explora la psicología humana en el complejo contexto político, social y espiritual de la sociedad rusa del siglo XIX. Es considerado como uno de los más grandes escritores de la literatura universal.

21 **Oswald Spengler** (1880-1936) fue un filósofo e historiador alemán, conocido principalmente por su obra La decadencia de Occidente. En esa obra, Spengler presentaba la historia universal como un conjunto de culturas (Antigua o Apolínea, Egipcia, India, Babilónica, China, Mágica, Occidental o Fáustica) que se desarrollaban independientemente unas de otras –como cuerpos individuales- pasando a través de un ciclo vital compuesto por cuatro etapas: Juventud, Crecimiento, Florecimiento y Decadencia, como el ciclo vital de un ser vivo, que tiene un comienzo y un fin determinados. Además, cada una de las etapas que conformaban el ciclo vital de una cultura presentaba, según el esquema spengleriano, una serie de rasgos distintivos que se manifestaban en todas las culturas por igual enmarcando los acontecimientos particulares. Con base en este esquema y aplicando un método que él llamó la "morfología comparativa de las culturas", Spengler proclamó que la cultura Occidental se encontraba en su etapa final, es decir, la decadencia y afirmó que era posible predecir los hechos por venir en la historia del occidente.

22 **Arnold Joseph Toynbee** (1889-1975) fue un historiador británico. Según Toynbee, las civilizaciones son la respuesta de un grupo humano a los desafíos que sufre, ya sean naturales o sociales. Una civilización crece y prospera cuando su respuesta a un desafío no sólo tiene éxito, sino que estimula una nueva serie de desafíos; una civilización decae como resultado de su imposibilidad para enfrentarse a los desafíos que se le presentan. Dio gran importancia a los factores religiosos en la formulación de respuestas a los

desafíos. Toynbee negó el determinismo en la evolución de las civilizaciones, negando que éstas deban morir finalmente (contra lo que afirmaba Spengler) y defendiendo que podía esperarse que la moderna civilización occidental pudiera escapar a la norma general de decadencia de las civilizaciones.

23 **René Guénon** o **Abd al-Wâhid Yahyâ** (1886-1951), matemático, filósofo, y esoterista francés. De profesión matemático, es conocido por sus publicaciones de carácter filosófico espiritual y su esfuerzo en pro de la conservación y divulgación de la Tradición. Fue un gran estudioso de las doctrinas orientales y de las religiones, y se esforzó por aportar a Occidente una visión no simplista del pensamiento oriental, especialmente de la India y por su defensa de las civilizaciones tradicionales frente a Occidente. Destaca su crítica a la civilización occidental desde posiciones metafísicas y no ideológicas ni políticas.

24 La dinastía Romanov fue una dinastía rusa establecida en Moscú desde el siglo XVII, cuando accedió al trono en 1613 con la coronación de Miguel I, hijo del patriarca Filareto (primo de Fiódor I de Rusia) y rigió el país hasta que la Revolución de Febrero de 1917 obligó al zar Nicolás II a abdicar.

25 **Nikolai Vasilievich Ustrialov** (1890-1937) fue un líder pionero del nacional-bolchevismo ruso. Primero perteneció al bando de los intelectuales eslavófilos. Luego, en la Guerra Civil Rusa se decantó primero por los blancos, pero cambió sus puntos de vista hacia una fusión del nacionalismo con el bolchevismo, pensaba que con el nuevo comunismo se presentaba la mejor esperanza para el restablecimiento de Rusia como una potencia internacional. Ustrialov no se consideraba un comunista, rechazando esa ideología como una importación extranjera y comenzó a utilizar el término «nacional-bolchevique» después de descubrir los escritos de Ernst Niekisch. En 1935 regresó a la URSS y cayó víctima de las purgas de Stalin en 1937.

26 **Ferdinand Tönnies** (1855-1936) fue un sociólogo alemán. Se preocupó de estudiar los vínculos comunitarios que unen a las minorías étnicas, aspecto olvidado por los estudios de cohesión social de índole positivista y marxista. Su contribución más importante a la sociología fue su análisis y descripción de dos tipos básicos de organización social: la organización social natural (organicismo) de la que hablaba Aristóteles partiendo de la sociabilidad del hombre (comunidad); y la organización social artificial (mecanicismo) o contractual de la que habló Hobbes (sociedad) partiendo de la insociabilidad del hombre y de la necesidad de un acuerdo de paz.

Planteamientos que forman el tema central de su vida científica y que son tratados en su libro Comunidad y sociedad.

27 **Julius Evola** (1898-1974), seudónimo del barón Giulio Cesare Andrea Evola, fue un esoterista e ideólogo italiano vinculado a la Tradición. Autor de numerosas obras, la más célebre entre ellas Rebelión contra el mundo moderno, siempre será un representante durante la época fascista del ala derecha crítica. Tras la II Guerra mundial seguirá escribiendo y publicando textos contra la mitología progresista y la decadencia burguesa europea.

28 **Arthur Moeller van den Bruck** (1876-1925) fue un historiador y escritor alemán. Es una figura de la Revolución Conservadora alemana. Después de la revolución de noviembre de 1918, Moeller van den Bruck se convirtió en el mentor de un círculo de escritores y publicistas hostiles al comunismo y el liberalismo. Este círculo nació a finales de mayo 1919 y tomó el nombre de Juni -Klub (Club de June) y el símbolo del anillo. Alrededor de este grupo se desarrolló pronto el que será uno de los más representativos grupos Jungkonservativen (« jóvenes conservadores «). El club fue frecuentado por nacionalistas alemanes y miembros de la DNVP, demócratas, católicos, comunistas o socialdemócratas. De hecho, los líderes de Juni -Klub no surgieron como opositores radicales de la República de Weimar y de la democracia, sino más bien pretendían sentar las bases de una «democracia alemana», es decir, un democracia en la tradición de su país, y se centraron más en principios que en instituciones. Moeller van den Bruck definió este «nacionalismo», como «la participación de un pueblo en su destino».

29 **Carl Schmitt** (1888-1985) fue un juspublicista y filósofo jurídico alemán, adscrito a la escuela del llamado realismo político, lo mismo que a la teoría del orden jurídico. Schmitt fue uno de los principales ideólogos de la Revolución Conservadora de Alemania. Su teorización se basa sobre la necesidad de instaurar un poder de «decisión» adecuado que termine con la guerra social interna, cosa que no es posible en un Estado liberal, en el cual no se puede justificar la exigencia del sacrificio de la vida en favor de la unidad política.

30 **D. S. Mirsky** (1890-1939) fue un escritor, historiador, historiador de la literatura, crítico literario y ensayista ruso. Excombatiente de la I Guerra mundial y del ejército blanco, se exilió. En 1931 se hizo marxista e ingresó en el partido comunista británico. Solicitó el perdón y regresó a la URSS en 1932. En 1937 fue detenido, y enviado a un campo de concentración, donde murió.

31 **Paul Ricœur** (1913-2005) fue un filósofo y antropólogo francés conocido por su intento de combinar la descripción fenomenológica con la interpretación hermenéutica.

32 El término kerigma proviene del griego κήρυγμα ("anuncio", "proclamación") y significa "proclamar como un emisario". Los que se han dedicado a la búsqueda del Jesús histórico consideran kerigma toda la doctrina que aparece después de la muerte de Jesús de Nazaret. Inicialmente se intentó eliminar todo lo correspondiente al kerigma para acceder a la figura del Jesús histórico. Tras comprobar que no es posible, se inició un acercamiento al Jesús de la historia precisamente a partir de ese kerigma.

33 **Yegor Kuzmich Ligachov** (1920) fue un alto funcionario del Partido Comunista de la Unión Soviética (PCUS). Si bien en su origen fue un protegido de Mijaíl Gorbachov, poco después mostró su crítica hacia esas orientaciones políticas.

34 **Guennadi Andreyevich Ziuganov** (1944) es un político ruso, líder del Partido Comunista de la Federación Rusa (PCFR) desde 1993. Se opuso frontalmente a la perestroika y a Mijaíl Gorbachov. En 1996 fue un firme candidato a la presidencia frente a Boris Yeltsin.

35 **Friedrich Ratzel** (1844-1904) fue geógrafo alemán fundador de la geografía humana o antropogeografía. Influido por las ideas de Darwin y por las tesis deterministas del siglo XIX, reflexionó sobre las relaciones existentes entre espacio geográfico y población, e intentó relacionar la historia universal con las leyes naturales. Del mismo modo Ratzel jugó un importante papel en la antropología evolucionista, contraponiéndolo a la idea de que las poblaciones necesitan difundir sus rasgos culturales más allá de su ambiente original y que, a su vez, los contactos con otros pueblos permiten el desarrollo.

36 **Johan Rudolf Kjellén** (1864-1922) fue un geógrafo, politólogo y político sueco. Acuñó el término Geopolítica en 1899. Afirmó que: «Los Estados son seres sensibles y razonables, como los hombres».

37 **Giambattista Vico** (1668 -1744) fue un abogado y filósofo de la historia napolitano. Notable por su concepto de verdad como resultado del hacer (verum ipsum factum). Sus tesis sobre la distinta evolución de los periodos históricos influyó más adelante en las obras de Montesquieu, Auguste Comte y Karl Marx.

38 **Mircea Eliade** (1907-1986) fue un filósofo, historiador de las religiones y novelista rumano. Se considera a Mircea Eliade como uno de los fundadores del estudio de la historia moderna de las religiones. Erudito estudio-

so de los mitos, Eliade elaboró una visión comparativa de las religiones, hallando relaciones de proximidad entre diferentes culturas y momentos históricos. En el centro mismo de la experiencia religiosa, Eliade situó a lo sagrado como la experiencia primordial del Homo religiosus.

39 **Ananda Kentish Coomaraswamy** (1877-1947) fue un especialista anglo-indio en arte oriental. Se destacó en el estudio del simbolismo, mitología, metafísica y religión comparada. Es considerado, junto con Frithjof Schuon y René Guénon, como uno de los más importantes representantes de la Tradición.

40 Samizdat era el nombre de los libros clandestinos que se copiaban siendo mecanografiados por los propios interesados.

41 **Jean-François Thiriart** (1922 - 1992) fue un político de Bélgica de ideología nacional-revolucionaria europeísta. Tras unos vaivenes entre movimientos de diversas tendencias en los años 30 y 40, Thiriart regresó a la escena política en los años 60, formando parte de la asociación Mouvement d'Action Civique (MAC). Por aquella época comenzó a desarrollar la idea de un nacionalismo paneuropeo, convencido de la necesidad de una Europa unida, y destacando la importancia del continente como cuna de la civilización. Fundó entonces la organización Jeune Europe, que pronto desarrolló ramas en Italia, España y Francia. Thiriart se opuso fuertemente al imperialismo estadounidense, pero también, durante la Guerra Fría, a la política de la URSS y sus aliados. Thiriart se oponía tanto a la inmigración como al imperialismo, defendiendo la liberación, soberanía y autodeterminación de los pueblos europeos. Sus posturas, con influencias tanto de extrema derecha como de extrema izquierda, condujeron a su enemistad con elementos de ambos bandos.

42 **Karl Ernst Haushofer** (1869-1946) fue un político, militar, geógrafo alemán, y uno de los principales ideólogos del Lebensraum. Haushofer quiso dar a la geopolítica de su época una idea de antiimperialismo en contra de las potencias marítimas del mundo, como Estados Unidos y Gran Bretaña; para ello deseaba que los países más desarrollados de Eurasia (como Alemania y Rusia) hicieran frente contra estas potencias y contribuyeran a hacer surgir los espacios continentales de naciones solidarias con un despliegue armonioso y supranacional.

43 La Revolución Conservadora basó sus ideas sobre una concepción orgánica de la sociedad, en lugar de la materialista, en la calidad y no la cantidad, sobre el "Volksgemeinschaft" («comunidad popular") en lugar de la lucha de clases y la oclocracia. Los ideólogos de la escuela produjeron una pro-

fusión de literatura nacionalista radical que consistió en diarios y obras de ficción de guerra, periodismo político, manifiestos y tratados filosóficos esbozando sus ideas para la transformación de la vida cultural y política alemana. Influidos por las visiones de Oswald Spengler, se sienten indignados por el liberalismo; el igualitarismo y la cultura comercial de la civilización industrial, urbana, abogando consecuentemente por la destrucción de la democracia y el orden liberal, por la fuerza, si fuera necesario, por lo que algunos miembros de esta escuela apoyaban la creación de un Tercer Imperio Alemán -término que fue, junto a otros de la escuela, posteriormente utilizado por Hitler. El movimiento tuvo una gran influencia entre muchos de los jóvenes más talentosos de Alemania, sectores académicos, la aristocracia y algunos sectores de las clases medias.

44 **Ernst Niekisch** (1889-1967) fue un periodista, escritor y político nacional-bolchevique alemán. En los años 20 edita la revista Widerstand dónde hace una síntesis entre el bolchevismo, socialismo revolucionario y nacionalismo prusiano. Esta revista fue muy crítica con Adolf Hitler por no considerarlo un verdadero socialista, por lo cual fue censurada por las instituciones del III Reich. Se pasó toda la Segunda Guerra Mundial en prisión, hasta que fue liberado por el Ejército Rojo. Ocupó cargos dentro de la República Democrática Alemana, pero fue muy crítico con la URSS por no permitir una «vía alemana al socialismo». Es por ello que abandona la RDA en 1963 y se establece en Berlín Oeste hasta su muerte en 1967.

45 **Jean Parvulesco** (1929-2010) fue un escritor y periodista francés nacido en Rumanía. Heredero del pensamiento tradicionalista en la línea de René Guénon y Julius Evola, católico atípico y cercano a la Nueva Derecha francesa, cercano al panteísmo telúrico, es más conocido por sus novelas y su nuevo estilo de escritura poética mezclada con intuiciones y enigmas «místicos».

46 **Heinrich Jordis von Lohausen** (1907-2002) fue un general y barón austriaco que sirvió en el ejército de Austria y después del Anschluss en la Wehrmacht, bajo el mando del mariscal Rommel. Al final de la segunda guerra mundial, volvió a servir de nuevo en el ejército austriaco. Especialista en geopolítica, abogaba por la construcción de un imperio europeo conservador e independiente.

47 La Nueva Derecha francesa es una corriente de pensamiento que se agrupa principalmente alrededor del Groupement de recherche et d'études pour la civilisation européenne, también conocido por el acrónimo GRECE, es una «sociedad de pensamiento con vocación intelectual» (o «trabajo co-

munitario de pensamiento») fundada oficialmente en enero de 1969 por cuarenta militantes del movimiento nacional-europeo encarnada por movimientos como Europe-Action — revista y círculo animados entonces por los desaparecidos Dominique Venner y Jean Mabire —, la Fédération des étudiants nationalistes (FEN), el Mouvement national du progrès (MNP) o el Rassemblement européen pour la liberté (REL). El filósofo Alain de Benoist sigue siendo considerado el «cerebro» principal.

48 **Martin Heidegger** (1889-1976) fue uno de los más importantes filósofos alemanes del siglo XX, generalmente considerado pensador seminal en la tradición continental, aunque fue muy criticado por su asociación con el régimen nazi. Tras sus inicios en la teología católica, desarrolló una filosofía innovadora que influyó en campos tan diversos como la teoría literaria, social y política, el arte y la estética, la arquitectura, la antropología cultural, el diseño, el ecologismo, el psicoanálisis y la psicoterapia.

49 **Marcel Mauss** (1872-1950) fue un antropólogo y sociólogo francés, considerado uno de los «padres de la etnología francesa». De múltiples ecos — antropológicos, sociológicos, económicos y filosóficos— es su Ensayo sobre el don donde señala la relevancia del esquivo y polisémico concepto de intercambio. Hay que señalar que el Movimiento Anti-Utilitarista en Ciencias Sociales (MAUSS) se considera heredero de los trabajos de Marcel Mauss.

50 **Louis Dumont** (1911-1998) fue un antropólogo francés, profesor asociado en la Universidad de Oxford durante la década de 1950 y director en la École des Hautes Études en Sciences Sociales de París. Era especialista en la cultura y sociedades de la India y estudió la filosofía social e ideologías de la cultura occidental. Uno de sus principales trabajos es Homo Hierarchicus: Ensayo sobre el sistema de castas (1966), que trata sobre las castas y subcastas de la India. En 1991 recibió el Premio europeo Amalfi de sociología y ciencias sociales por L'ideologie allemande.

51 **Gilbert Durand** (1921-2012) fue un antropólogo, mitólogo, iconólogo y crítico de arte francés, creador de la mitocrítica o mitodología. Discípulo del pensador francés Gaston Bachelard (1884-1962), creó una teoría de la imaginación simbólica y material centrada en los elementos primordiales de la cosmogonía de Empédocles (tierra, aire, agua y fuego), influido también por los trabajos psicoanalíticos de Carl Gustav Jung (1875-1961) y su teoría del Inconsciente colectivo (reserva de imágenes primordiales o arquetipos). Conforme a ella propuso un innovador enfoque mitológico y arquetípico de la imaginación creadora, con reconocidas aplicaciones en el campo de la estética, la iconología, la iconografía y la crítica literaria.

52 **Georges Dumézil** (1898-1986) fue un filólogo e historiador francés. Realizó una contribución capital al conocimiento de la dinámica del espíritu humano, estudiando las sociedades y las religiones indoeuropeas. Comparando los antiguos mitos de numerosos pueblos indoeuropeos, desde los textos (conocía unas treinta lenguas), demostró que obedecían a unas estructuras narrativas muy similares que traducían una visión de la sociedad dividida en tres funciones: la función sagrada-jurídica, la función guerrera y la función de producción. Este esquema trifuncional se repite en numerosas mitologías, desde la sociedad de castas de la India a los relatos de fundación de la antigua Roma y en las instituciones sociales del antiguo régimen.

53 **Claude Lévi-Strauss** (1908-2009) fue un antropólogo francés, una de las grandes figuras de su disciplina en la segunda mitad del siglo XX. Al introducir el enfoque estructuralista en las ciencias sociales, fue el fundador de la antropología estructural, método basado en la lingüística homónima creada por Saussure, y desarrollada por el formalismo ruso. Dado el peso de su obra, ha sido uno de los intelectuales más influyentes del siglo XX.

54 **Georg Friedrich List** (1789-1846) fue un destacado economista alemán del siglo XIX que desarrolló el Sistema Nacional o lo que algunos hoy llamarían el Sistema de Innovación Nacional. Fue un antecesor de la escuela historicista alemana de economía y considerado el teórico original de la unión europea, cuyas ideas fueron la base de la Comunidad Económica Europea.

55 Visión del fin del mundo según el hinduismo.

56 Cartago fue una importante ciudad de la Antigüedad, fundada por los fenicios procedentes de Tiro en un enclave costero del norte de África, a 17 km de la actual ciudad de Túnez. Los territorios controlados por Cartago la convirtieron en la capital de una próspera república, viéndose enriquecida por los recursos provenientes de todo el Mediterráneo occidental. Cartago fue durante mucho tiempo una ciudad más próspera y rica que Roma. La República Cartaginesa se enfrentó a la República Romana por la hegemonía en el Mediterráneo occidental, siendo derrotada totalmente en el 146 a. C., lo que comportó la desaparición del Estado cartaginés y la destrucción de la ciudad de Cartago.

57 **Sergei Ervandovich Kurginjan** (1949) es un científico ruso, pero es más conocido como productor de teatro y político. Es el fundador y líder del movimiento patriótico ruso Esencia del Tiempo.

58 **Boris Nikolayevich Yeltsin** (1931-2007) fue el primer Presidente de la Fe-

deración de Rusia, desde 1991 hasta 1999. Sus dos mandatos estuvieron marcados por la corrupción generalizada, el colapso económico, dos guerras en Chechenia y enormes problemas sociales y políticos que afectaron a Rusia y a otros antiguos Estados de la Unión Soviética. En 1991 aplastó un intento de apartarlo del poder mediante una golpe llevado a cabo por comunistas y nacionalistas. El 31 de diciembre de 1999, Yeltsin anunció su renuncia, dejando la Presidencia en manos de su sucesor, el entonces primer ministro, Vladimir Putin.

59 **Eduard Limonov** (1943) es un escritor y político ruso, fundador y líder del ilegalizado Partido Nacional Bolchevique. Se autodefine como nacionalista moderado, socialista «de línea dura» y activista por los derechos constitucionales. Limonov es ahora uno de los dirigentes del bloque político liberal y pro-atlantista Otra Rusia.

60 **Igor Fiodorovich «Yegor» Letov** (1964-2008) fue un músico ruso, poeta y pintor de arte conceptual, más conocido como el fundador y líder de la banda de rock post-punk/psicodélico Grazhdanskaya Oborona (Defensa Civil). También fue el fundador de un proyecto de arte conceptual llamado «comunismo», que utilizaba el estilo de la propaganda soviética (fragmentos de discursos de los líderes soviéticos, canciones patrióticas rusas, lemas de propaganda y otros materiales nacionalistas eran de uso frecuente en sus composiciones). Fue uno de los fundadores del Partido Nacional Bolchevique.

61 Grupo de reflexión.

62 Nombre del Parlamento en Rusia.

63 **Boris Abramovich Berezovski** (1946-2013) fue un multimillonario empresario ruso de origen judío y antiguo matemático. Se le conoce sobre todo por haber sido oligarca, magnate de los medios de comunicación y político durante la presidencia de Boris Yeltsin en la década de los años 1990. Los críticos lo han descrito como la epítome del «capitalismo de robo» en Rusia.

64 **Leonid Borisovich Nevzlin** (1959) es un magnate de negocios israelí de origen ruso. Nevzlin fue un alto ejecutivo de Yukos, una petrolera que fue cerrada por el gobierno ruso. Este gobierno está solicitando su extradición por acusaciones criminales contra él y otros ex ejecutivos de Yukos. En 2008 fue juzgado en ausencia y condenado por varios delitos de conspiración para cometer asesinato y sentenciado a cadena perpetua.

65 **Mijaíl Borisovich Jodorkovski** (1963) es un ex-oligarca y hombre de negocios ruso. En 2004, Jodorkovski era el hombre más rico de Rusia y el de-

cimosexto en el listado de la revista Forbes de las mayores fortunas del mundo de 15.000 millones de dólares. La mayor parte de su capital se evaporó tras la acusación del gobierno ruso de que evadió impuestos durante la década de los noventa, y la posterior devaluación de la compañía energética rusa Yukos. Tras varias condenas y años cumplidos en prisión, el 20 de diciembre de 2013 fue liberado por un indulto del presidente Vladimir Putin.

66 **Garri Kimovich Kasparov** (1963) es un Gran Maestro de ajedrez, político y escritor ruso. Fue Campeón del mundo de ajedrez de 1985 a 2000. Kaspqrov anunció su retirada del ajedrez profesional el 10 de marzo de 2005 para dedicarse a la política y a la escritura sobre temas de ajedrez. Formó el movimiento Frente de Unión Civil y se unió como miembro de Otra Rusia, la coalición liberal y pro-atlantista opositora a la administración de Vladimir Putin.

67 **Mijaíl Mijailovich Kasianov** (1957) es un ex presidente del gobierno ruso vinculado al movimiento opositor liberal y pro-atlantista Otra Rusia.

68 **Curzio Malaparte** (1898-1957), seudónimo de Kurt Erich Suckert, fue un periodista, dramaturgo, escritor de relato corto, novelista y diplomático italiano. Su obra literaria es una de las más representativas de la Italia del siglo XX. En 1922 formó parte de la Marcha sobre Roma de Benito Mussolini. En 1924 fundó el periódico romano La Conquista dello Stato (La Conquista del Estado), título que inspiraría a Ramiro Ledesma Ramos el de su semanario La conquista del Estado. Como miembro del Partido Nacional Fascista fundó varios periódicos. Posteriormente fue expulsado y encarcelado, y tras la segunda guerra mundial formó parte del partido comunista italiano.

69 **René Descartes** (1596-1650), fue un filósofo, matemático y físico francés, considerado como el padre de la geometría analítica y de la filosofía moderna, así como uno de los nombres más destacados de la revolución científica.

70 La ontología (del griego ὀντος "del ente", genitivo del participio del verbo εἰμί "ser, estar"; y λόγος "ciencia, estudio, teoría") es una rama de la metafísica que estudia lo que hay. Muchas preguntas tradicionales de la filosofía pueden ser entendidas como preguntas de ontología: ¿Existe Dios? ¿Existen entidades mentales, como ideas y pensamientos? ¿Existen entidades abstractas, como los números? ¿Existen los universales? Etc.

71 **Karl Wilhelm Friedrich von Schlegel** (1772-1829) fue un lingüista, crítico literario, filósofo, hispanista y poeta alemán, uno de los fundadores del Romanticismo.

72 **Michel Foucault** (1926-1984) fue un historiador de las ideas, psicólogo, teórico social y filósofo francés. Es conocido principalmente por sus estudios críticos de las instituciones sociales, en especial la psiquiatría, la medicina, las ciencias humanas, el sistema de prisiones, así como por su trabajo sobre la historia de la sexualidad humana. Sus análisis sobre el poder y las relaciones entre poder, conocimiento y discurso han sido ampliamente debatidos.

73 **Gilles Deleuze** (1925-1995) fue un filósofo francés, considerado entre los más importantes e influyentes del siglo XX. Desde 1960 hasta su muerte, escribió numerosas obras filosóficas sobre la historia de la filosofía, la política, la literatura, el cine y la pintura.

74 **Paul Karl Feyerabend** (1924-1994) fue un filósofo de la ciencia que a lo largo de su vida experimentó una evolución constante en su pensamiento (popperiano, antirracionalista, empirista, antiempirista, antipositivista y relativista), siempre con un alto grado de anarquismo y sentido crítico que lo llevaron a postular el anarquismo epistemológico. Es uno de los dos autores de la tesis de la inconmensurabilidad.

75 **Yevgueni Maksimovich Primakov** (1929), es un político que desempeñó altos cargos durante los últimos años de la Unión Soviética y luego fue Ministro de Asuntos Exteriores y Presidente del Gobierno de Rusia. Su oposición al unilateralismo estadounidense fue muy popular entre los rusos, así como la operación de las tropas rusas que ordenó en el aeropuerto de Pristina, con la que sorprendió a las fuerzas de la OTAN al terminar la guerra de Kosovo.

76 **Guennadi Nikolayevitch Selezniov** (1947) fue el presidente del Parlamento de la Federación de Rusia desde 1996 hasta 2003. Es miembro del Partido Comunista de la Federación Rusa hasta 2002.

77 **Vladimir Volfovich Zhirinovski** (1946) es un político ruso, líder del Partido Liberal Democrático de Rusia. La ideología de su partido, que no tiene nada en común con el liberalismo, propugna ideas que son una peculiar mezcla de nacionalismo, populismo e imperialismo.

78 **Aleksandr Vladimirovich Rutskoi** (1947) es un político ruso y militar de la Unión Soviética. Rutskoi sirvió como vicepresidente de Rusia de 1991 a 1993, y gobernador de la Provincia de Kursk de 1996 a 2000. Durante la Crisis constitucional rusa de 1993, se proclamó de facto presidente de Rusia, en oposición a Yeltsin.

79 Los tártaros es un nombre colectivo que se aplica a los pueblos túrquicos de Europa Oriental y Siberia. El nombre deriva de Ta-ta o Dada, una tribu

mongol que habitaba el noroeste de la actual Mongolia en el siglo V. Se utilizó por vez primera para describir a los pueblos que dominaron partes de Asia y Europa bajo el liderazgo mongol en el siglo XIII. Se extendió el uso después para incluir a casi cualquier invasor nómada de origen asiático, tanto de Mongolia como del occidente de Asia. Antes de la década de 1920, los rusos utilizaban la palabra Tatar para designar a numerosos pueblos, desde los turcos azeríes a las tribus de Siberia. En la actualidad, la mayor parte de los tártaros viven en el centro y el sur de Rusia (la mayoría en Tartaristán).

80 Los calmucos es el nombre dado a los pueblos mongoles del oeste, los oirates, que emigraron de Asia Central en el siglo XVII.

81 **Anatoli Borisovich Chubais** (1955) es un político ruso mejor conocido por su participación en la privatización rusa y la consecuente aparición de los magnates rusos. En poco menos de dos años, presidió la venta de 122 000 empresas estatales. Cada ciudadano ruso recibió un «comprobante de privatización», que podía ser invertido, vendido o intercambiado. Sin embargo, en la práctica, los comprobantes resultaron ser inútiles, y la percepción de los rusos sobre la privatización fue muy negativa. En una ocasión declaró que «Para que una sociedad logre la democracia, se debe establecer una dictadura dentro del gobierno».

82 **Yegor Timurovich Gaidar** (1956-2009) fue un economista y político soviético y ruso. Fue Primer Ministro de Rusia entre el 15 de junio y el 14 de diciembre de 1992. Fue el líder intelectual de muchas de las reformas políticas y económicas de Rusia.

83 **Boris Efimovich Nemtsov** (1959) es un político liberal ruso. Ex ministro de Energía bajo Boris Yeltsin, Viceprimer ministro para Asuntos Económicos de Viktor Chernomyrdin, y ex gobernador de la región de Saratov. Es actualmente uno de los líderes, con Gary Kasparov, del movimiento Solidarnost.

84 **Vladimir Aleksandrovitch Gusinski** (1952) es un ex magnate de los medios de comunicación rusos, fundador de la NTV, y un antiguo patrocinador de la emisora de radio Eco de Moscú. Fue parte de los «siete banqueros», también llamados «oligarcas», un clan de negocios que tuvo una influencia decisiva en la política rusa en los años de Boris Yeltsin.

85 **Alexander Petrovich Barkashov** (1953) es un líder político ultranacionalista ruso. En 1990 fundó un partido político ultranacionalista y organizado paramilitarmente, denominado Unidad Nacional Rusa.

86 **Leonid Ilich Brezhnev** (1906-1982) fue el Secretario General del Comité

Central (CC) del Partido Comunista de la Unión Soviética (PCUS), presidiendo al país desde 1964 hasta su muerte en 1982. Durante su gobierno la influencia global de la Unión Soviética creció considerablemente, en parte debido a la expansión militar que tuvo el país durante este período, pero su desempeño como líder a menudo ha sido criticado por marcar el comienzo de un período de estancamiento económico, con vistas a graves problemas económicos que finalmente llevaron a la disolución de la Unión Soviética en 1991.

87 **Serguei Mijailovich Mironov** (1953) es un político ruso, ex presidente del Consejo de la Federación, la cámara alta del Parlamento ruso, entre diciembre de 2001 mayo de 2011. Forma parte de las figuras políticas rusas que la administración de la Unión Europea, por decisión de los Ministros de Asuntos Exteriores, le ha prohibido el visado y le ha congelado todos los activos en los países de la Unión Europea en represalia por el referéndum de Crimea, cuyo resultado fue favorable a la anexión de Crimea a la Federación de Rusia.

88 **Vladimir Vladimirovich Putin** (1952) es un abogado y político que actualmente ocupa la presidencia de Rusia, la cual ya había ejercido anteriormente por dos mandatos consecutivos (2000-2004 y 2004-2008), lo que le convierte en el Presidente que más tiempo ha estado en ese cargo desde la caída de la URSS. Encabezó el Gobierno de su país bajo Boris Yeltsin y Dmitri Medvedev, así como Rusia Unida, partido del cual, sin embargo, no es miembro. También es, desde el 27 de mayo de 2008, presidente del Consejo de Ministros de la Unión de Rusia y Bielorrusia.

89 La República Democrática de Alemania, la antigua Alemania oriental perteneciente al bloque soviético (1949-1990).

90 **Dmitri Anatolievich Medvedev** (1965) es un político ruso, presidente de la Federación Rusa de 2008 a 2012 y en la actualidad presidente del Gobierno de Rusia.

91 Capital de Georgia.

92 **Gleb Olegovich Pavlovsky** (1951) es un científico político ruso (él se describe como un «técnico político»). Fue asesor de la Administración Presidencial de Rusia hasta abril de 2011. Durante la era soviética, fue procesado como disidente.

93 **Mijaíl Vladimirovich Leontiev** (1958) es un experto ruso que trabaja actualmente en la cadena de televisión nacional Canal Uno. Es conocido por su programa «Odnako», que aparece en el aire con sus comentarios en ciertas ocasiones políticos desde marzo de 1999.

94 Rodina, que significa patria en ruso, fue un partido político nacional y patriótico en la Federación de Rusia. Rodina fue fundada en agosto de 2003 como una organización política que comprendía treinta grupos políticos nacionalistas. Para algunos, estaba teledirigido por el Kremlin y Vladimir Putin con el fin de privar al Partido Comunista de la Federación Rusa de una parte del electorado. En las elecciones de la Duma de 2003, Rodina recibió el 9,2% de los votos y 37 escaños de un total de 450. El partido entonces apoyó la mayor parte de las políticas del presidente Putin.

95 **Serguei Yurievich Glazev** (1961). Durante las elecciones de 2004, Glazev se promocionó como adalid de la justicia social y enemigo de la corrupción política, particularmente contra la oligarquía rusa de los negocios. Prometió la inclusión en la constitución de una garantía del nivel de vida, proveyendo asistencia sanitaria universal y educación pública gratuita, triplicar el salario mínimo, proteger los derechos sindicales, redistribuir la riqueza perteneciente a los oligarcas, e incrementar el crecimiento económico. Prometió erradicar a la mafia, purgar a los burócratas y policías corruptos, y proteger al país del terrorismo. Esta plataforma llegó a ser moderadamente popular, ya que se convirtió en la tercera fuerza de las seis que se presentaban, con un 4,1% (2.826.641 votos) de los votos.

96 **Dmitri Olegovitch Rogozin** (1963), es un político ruso. Fue presidente del partido político Rodina y de su grupo parlamentario en la Duma Estatal de la Federación Rusa. En enero de 2008 fue nombrado, por decreto presidencial, embajador ruso ante la OTAN. Desde 2011, es vicepresidente del Gobierno de Rusia.

97 **Marat Alexandrovich Guelman** (1960) es propietario y director de la Galería de Arte Contemporáneo Guelman, ex titular de la Fundación de Política Efectiva, y el ex asistente director del Canal Uno (Rusia). Guelman estuvo a la vanguardia de un movimiento pionero en las primeras galerías de arte contemporáneo de Moscú en la década de 1990, creando su galería Guelman junto al Aidan y las Galerías XL para atraer a ricos y famosos.

98 **P.N. Savitsky** (1895-1968), pionero ruso de la geografía que se autodenominaba como «estructural» a causa de sus vínculos con el Círculo Lingüístico de Praga, fue el primero en implementar durante y después de la Primera Guerra Mundial una geopolítica de «Eurasia», que, para sus partidarios, no es ni Europa ni Asia, sino un «lugar de desarrollo» del Imperio Ruso y de la URSS, los sucesores del Imperio Mongol. El movimiento eurasista tiene sus orígenes en la tradición cultural de Rusia, que ofrece una interpretación de la evolución mediante «leyes internas» e «influencias externas» que esta-

blecen un vínculo natural entre las lenguas, las culturas y el Landschaft de los pueblos considerados como organismos vivos.

99 Territorios con un Gran Mufti designado.

100 **Zbigniew Brzezinski** (1928), politólogo estadounidense nacido en Polonia. Considerado uno de los más prestigiosos analistas en política exterior estadounidense del mundo. Fue Consejero de Seguridad Nacional del Presidente Jimmy Carter (1977-1981).

101 **Francis Fukuyama** (1952) es un influyente politólogo estadounidense de origen japonés. Ha escrito sobre una variedad de temas en el área de desarrollo y política internacional. Su libro "El fin de la historia y el último hombre", publicado por Free Press en 1992, que ha sido traducido a más de 20 idiomas, defiende la teoría de que la historia humana como lucha entre ideologías ha concluido, ha dado inicio a un mundo basado en la política y economía de libre mercado que se ha impuesto a lo que el autor denomina utopías tras el fin de la Guerra Fría.

102 La red golpista Ergenekon era supuestamente una organización turca formada entre otros por militares, policías, políticos, sindicalistas y académicos de ideología kemalista y nacionalista, con el objetivo de llevar a cabo un golpe de Estado en 2003 contra el actual gobierno de Recep Tayyip Erdogan; en teoría su plan era sumir a Turquía en el caos, y facilitar así la intervención del ejército turco en un golpe de Estado.

103 El decisionismo (derivado del alemán Dezisionismus, que a veces se encuentra en los textos sin traducir) es una doctrina política, ética y jurisprudencial que establece que los preceptos morales o legales son producto de decisiones tomadas por los órganos políticos o legales. De acuerdo con el decisionismo, no es el contenido de la decisión, sino más bien el hecho de que es una decisión tomada por la autoridad competente, o mediante el uso de un método correcto, lo que determina su validez.

104 El solipsismo, del latín «[ego] solus ipse» (traducible de forma aproximada como «solamente yo existo») es la creencia metafísica de que lo único de lo que uno puede estar seguro es de la existencia de su propia mente, y la realidad que aparentemente le rodea es incognoscible y puede no ser más que parte de los estados mentales del propio yo. De esta forma, todos los objetos, personas, etc., que uno experimenta serían meramente emanaciones de su mente y, por lo tanto, la única cosa de la que podría tener seguridad es de la existencia de sí mismo.

105 **Stephen Frederick Starr** (1940), es un profesor e investigador norteamericano especializado en relaciones internacionales, Rusia y Asia Central. Es el

fundador y presidente del Instituto de Asia Central y el Cáucaso, y es también un clarinetista de jazz miembro del grupo Louisiana Repertory Jazz Ensemble.

106 **Charles H. Fairbanks, Jr.** es un alto miembro del Instituto Hudson. Desde 2006 vive en Tiflis, Georgia, donde también es profesor de los sistemas soviético y post-soviético en la Universidad Estatal Ilia. Fairbanks anteriormente se desempeñó como profesor de investigación de relaciones internacionales y como director del Instituto de Asia Central-Cáucaso en la Escuela de Estudios Internacionales Avanzados de la Universidad Johns Hopkins. Se desempeñó como subsecretario adjunto en el Departamento de Estado de los EE.UU. y miembro del personal de planificación política del Departamento. Fairbanks También ha sido profesor en la facultad de ciencias políticas de la Universidad de Yale y la Universidad de Toronto.

107 **Eduard Džabeievitx Kokoity** (1964) es un político oseta, fue presidente de Osetia del Sur, república reconocida por Rusia, Nicaragua y Venezuela como independiente, pero considerada por Georgia y otros países como parte de su territorio.

108 **Samuel Phillips Huntington** (1927-2008) fue un politólogo y profesor de Ciencias Políticas en el Eaton College y Director del Instituto John M. Olin de Estudios Estratégicos de la Universidad de Harvard. Huntington es conocido por su análisis de la relación entre el gobierno civil y militar, su investigación acerca de los golpes de Estado en países del tercer mundo y su tesis acerca de los conflictos sociales futuros. Ha sido miembro del Consejo de Seguridad Nacional de la Casa Blanca, la Presidential Task Force on International Development, la Commission on the United States-Latin American Relationships y la Comission on Integrated Long Term Strategy.

109 **Johann Gottfried von Herder** (1744-1803) fue un filósofo, teólogo y crítico literario alemán, cuyos escritos contribuyeron a la aparición del romanticismo alemán. Se opone a la idea ilustrada de la razón, porque el hombre es un organismo completo y no se le puede fragmentar sino que es unitario. Una persona no puede separarse de su contexto, por eso es predominante el lenguaje, que no nos sirve sólo para transmitir ideas, sino que es algo vivo que centra sentimientos y razón. La razón está unida al lenguaje, no se puede pensar sin lenguaje, pero para Herder no es algo artificial en el hombre, sino que es una creación espontánea y popular. Herder va a dar un papel esencial a las naciones dentro de su obra, ya que cada una tiene un espíritu propio, el espíritu del pueblo (Volksgeist) y es diferente para cada nación. Herder lo define como las fuerzas creativas que habitan

inconscientes en cada pueblo y se manifiestan en creaciones propias de cada pueblo, sobre todo la lengua, pero también la poesía, la historia o el derecho. Esto va a contracorriente ya que en la Ilustración se dice que todos los hombres son iguales.

110 **Thomas P.M. Barnett** (1962) es un geoestratega militar estadounidense y analista en jefe de Wikistrat. Elabora proyectos y programas para prevenir futuras amenazas y determinar futuros escenarios de conflictos internacionales.

111 **Michael Hardt** (1960), es un teórico literario y filósofo político estadounidense, conocido sobre todo por ser autor, junto a Antonio Negri, de Imperio publicado en 2000. Esta obra fue considerada como el «Manifiesto Comunista del siglo XXI». Afirma que la idea de una educación pública e igual y el libre acceso a la universidad están desapareciendo gradualmente: la «guerra contra el terror» ha fomentado sólo los conocimientos tecnológicos y militares, mientras las capacidades necesarias de la economía biopolítica, «la creación de ideas, imágenes, códigos, afectos, y otros bienes inmateriales» no son considerados como la clave principal de la innovación económica.

112 **Antonio Negri**, también conocido como Toni Negri (1933) es un filósofo y pensador postmarxista italiano, conocido por ser el coautor de la obra Imperio, así como por sus trabajos alrededor de la figura de Spinoza. Las tesis centrales de su obra Imperio, según la cual el Estado-nación ha perdido su papel central como formación política primaria para dejar lugar, en un sentido tendencial y no exento de catástrofes, a un mecanismo global de poder difuso y descentralizado, denominado precisamente Imperio. En 2005 manifestó una impopular posición dentro de la izquierda radical europea defendiendo el SÍ en el referéndum de la Constitución Europea en diversos artículos y entrevistas. Negri consideró que la Constitución Europea era positiva para disminuir el peso de los Estados-nación y para aumentar el peso de Europa.

113 **Immanuel Wallerstein** (1930) es un sociólogo y científico social histórico estadounidense. Principal teórico del análisis de sistema-mundo. En sus teorías, localiza el origen del moderno sistema mundial en el noroeste de Europa del siglo XVI. Una pequeña ventaja en la acumulación de capital en Gran Bretaña y Francia, debido a circunstancias políticas específicas al final del periodo del feudalismo, pusieron en movimiento un proceso gradual de expansión, dando como resultado: la red mundial, o sistema de intercambio económico que existe en la actualidad. Para Wallertstein, la transición al

capitalismo se llevó a cabo durante el «largo» siglo XVI con la previa «crisis» del modo de producción feudal, que englobaba causas climáticas, demográficas, políticas e incluso culturales, lo que obligó a los señores feudales de Inglaterra y del norte de Francia a convertirse en capitalistas.

114 La revolución iraní (también Revolución Islámica o Revolución de 1979) fue el proceso de movilizaciones que desembocó en el derrocamiento del Sah Mohammad Reza Pahlevi y la consiguiente instauración de la República islámica actualmente vigente en Irán.

115 Konstantin Nikolaevich Leontiev (1831-1891) fue un filósofo ruso conservador y monárquico que abogaba por estrechar los lazos culturales entre Rusia y el Oriente con el fin de oponerse a las influencias igualitarias, utilitarias y revolucionarias catastróficas de Occidente. Abogó por la expansión cultural y territorial de Rusia hacia el este a la India, el Tíbet y China.

116 Gilbert Keith Chesterton (1874-1936), fue un escritor y periodista británico de inicios del siglo XX. Cultivó, entre otros géneros, el ensayo, la narración, la biografía, la lírica, el periodismo y el libro de viajes. Ha sido etiquetado como conservador porque destaca valores de la tradición y del mundo antiguo, sobre todo medieval. Chesterton escribe desde una perspectiva cristiana: para él, el cristianismo es como la llave que permite abrir la cerradura del misterio de la vida, porque hace encajar las distintas piezas (Autobiografía). La idea de progreso, tan querida por el mundo moderno, es irónicamente criticada por Chesterton: es falsa como tendencia y como creencia, y confunde nuestra percepción, ya que todo es relativo a los ideales que se poseen y dirigen nuestra acción.

117 La fenomenología es una corriente filosófica, muy amplia y diversa, por lo que difícilmente valdrá una sola definición para todas sus vertientes. Sin embargo, es posible caracterizar en general a la fenomenología como un movimiento filosófico que llama a resolver todos los problemas filosóficos apelando a la experiencia intuitiva o evidente, que es aquella en la que las cosas se muestran de la manera más originaria o más patente.

118 El chovinismo o chauvinismo (adaptación del apellido del patriota francés Nicolas Chauvin, un personaje histórico condecorado en las guerras napoleónicas), también conocido coloquialmente como patrioterismo, es la creencia narcisista, próxima a la paranoia y la mitomanía, de que lo propio del país o región al que uno pertenece es lo mejor en cualquier aspecto. El nombre proviene de la comedia La cocarde tricolore (La Escarapela Tricolor, 1831) de los hermanos Cogniard, en donde un actor con el nombre de Chauvin, personifica un patriotismo exagerado.

119 Gibelina, en oposición a güelfa: Los términos güelfo y gibelino proceden de los términos italianos guelfi y ghibellini, con los que se denominaban las dos facciones que desde el siglo XII apoyaron en el Sacro Imperio Romano Germánico, respectivamente, a la casa de Baviera (los Welfen, pronunciado Güelfen, y de ahí la palabra «güelfo») y a la casa de los Hohenstaufen de Suabia, señores del castillo de Waiblingen (y de ahí la palabra «gibelino»). Los gibelinos defendían la preeminencia, la autoridad por encima de todo, del poder del Emperador, y los güelfos del poder papal.

120 **Robert Kagan** (1958) es un ensayista político neoconservador estadounidense, dedicado al comentario político. Es asesor del ex-presidente estadounidense George W. Bush y del candidato republicano a la presidencia de Estados Unidos, John McCain.

121 La Guerra Fría fue un enfrentamiento político, económico, social, militar, informativo e incluso deportivo que tuvo lugar durante el siglo XX, desde 1945 (fin de la Segunda Guerra Mundial) hasta el fin de la URSS (que ocurrió entre 1989 con la caída del muro de Berlín y 1991 con el golpe de Estado en la URSS), entre los bloques occidental-capitalista liderado por Estados Unidos, y oriental-comunista liderado por la Unión Soviética. Las razones de este enfrentamiento fueron esencialmente ideológicas y políticas.

122 **Roman Yosipovich Shujevych** (1907-1950) fue un político y militar ucraniano, jefe del Ejército Insurgente Ucraniano (UPA) y uno de los líderes de la Organización de Nacionalistas Ucranianos (fracción OUN(b)). En 1939 dirige el batallón «Nachtigall» de la Wehrmacht, formado por ucranianos. En octubre de 1941 es auxiliar del jefe del 201° Batallón de la policía auxiliar ucraniana y en marzo de 1942 participa en las actividades antiguerrilleras en Bielorrusia. Desde diciembre de 1943 es el jefe supremo del Ejército Insurgente Ucraniano (UPA). Tras la Segunda Guerra Mundial continúa la guerra por la independencia de Ucrania contra la Unión Soviética. En 1950 muere en combate contra unidades especiales del NKVD. Recibió póstumamente el título de Héroe de Ucrania por el Presidente Yushchenko el 12 de octubre de 2007.

123 **Aleksandr Grigorievich Lukashenko** (1954), es el actual presidente de Bielorrusia. Después de ganar las elecciones de 1994 se mantuvo en el cargo por un referendo de 1996 y las elecciones de 2001 y 2006, en la que triunfó con más del 80% de los votos. Sus oponentes políticos lo acusan de perseguir a la oposición y ser «el último dictador de Europa». Durante su gobierno se han ido profundizando los lazos económicos y sociales con

Rusia. Asimismo, Bielorrusia se alineó en muchos casos con países de la órbita de Cuba, la antigua Yugoslavia post-socialista y la Venezuela de Hugo Chávez.

124 **Mijeíl Saakashvili** (1967), es un abogado y político georgiano, presidente de Georgia entre 2004-2007 y 2008-2013. Funda un partido propio y se presenta en las elecciones presidenciales de 2003 que fueron ganadas por Shevardnadze entre acusaciones de fraude. La oposición de Saakashvili a los resultados, con el apoyo de Estados Unidos, provoca manifestaciones populares masivas pidiendo la anulación de los resultados, siendo conocida como la Revolución de las rosas. Finalmente Shevardnadze dimite y tras unos nuevos comicios celebrados en 2004, Mijeíl Saakashvili logra por mayoría la presidencia. En agosto de 2008 ordena una ofensiva contra la región separatista y pro-rusa de Osetia del Sur provocando la entrada de tropas rusas en la región en defensa de los osetios, evento conocido como la Guerra de Osetia del Sur de 2008.

125 **Viktor Fedorovich Yanukovich** (1950) es un político ucraniano, expresidente de Ucrania. Es el líder del Partido de las Regiones, uno de los principales partidos políticos de Ucrania. Fue jefe de Gobierno ucraniano durante tres períodos. Fue destituido por el Congreso Nacional el 22 de febrero de 2014 en el transcurso del golpe de Estado desencadenado por el Euromaidán en Kiev.

126 Chechenia es una república constituyente de Rusia. Tras el desmembramiento de la Unión Soviética fue declarada la independencia del territorio, bajo el nombre de República Chechena de Ichkeria con la oposición del gobierno ruso, que después recuperó el control del país durante la Segunda Guerra de Chechenia.

127 El tratado de Versalles fue un tratado de paz firmado al final de la Primera Guerra Mundial que oficialmente puso fin al estado de guerra entre Alemania y los Países Aliados. Fue firmado el 28 de junio de 1919. De las muchas disposiciones del tratado, una de las más importantes y controvertidas estipulaba que Alemania y sus aliados aceptasen toda la responsabilidad moral y material de haber causado la guerra y, bajo los términos de los artículos 231-248,1 deberían desarmarse, realizar importantes concesiones territoriales a los vencedores y pagar exorbitantes indemnizaciones económicas a los Estados victoriosos. El Tratado de Versalles fue socavado tempranamente por acontecimientos posteriores a partir de 1922 y fue ampliamente violado en Alemania en los años treinta con la llegada al poder de Adolf Hitler.

128 El Tratado de Rapallo fue un tratado de amistad y cooperación entre la RSFS de Rusia y Alemania, firmado en la localidad italiana de Rapallo respectivamente por Georgi Chicherin, ministro de relaciones exteriores de la Unión Soviética y Walther Rathenau, ministro alemán de relaciones exteriores, el 16 de abril de 1922. Por el tratado, ambos países establecieron relaciones diplomáticas, renunciaron a toda reparación de guerra, renunciaron a las reclamaciones mutuas sobre derechos de sus ciudadanos domiciliados en sus respectivos países, y se comprometieron a desarrollar la cooperación económica bilateral, atendiendo a sus necesidades especiales. El Tratado de Rapallo puso fin al aislamiento que soportaban ambos países después del Tratado de Versalles y constituyó un serio fracaso diplomático para Francia y Reino Unido. Una cláusula secreta permitió a Alemania entrenar a sus tropas en el territorio soviético y construir en Rusia las armas prohibidas por el Tratado de Versalles. Los rusos se beneficiaron del acceso a la tecnología alemana.

129 **Carlos I el Grande**, llamado Carlomagno (742-814), fue rey de los francos desde 768 hasta su muerte, rey nominal de los lombardos (764–814) y emperador de Occidente (800–814), como nueva versión del Imperio romano sobre los territorios que cubrían aproximadamente las actuales Francia y Alemania.

130 **Vilfredo Federico Damaso Pareto** (1848-1923) fue un sociólogo, economista y filósofo italiano. En su teoría de las élites, lo ideal sería que la élite funcional (los mejores) y la élite del poder coincidieran. Pero esto no es necesariamente así, pues hay quienes gobiernan sin ser élite (por influencias, familias, etc.). Si esto se generaliza, la élite en el poder se cierra frente a la nueva élite que surge de la masa, transformándose en una aristocracia. Esto lleva a la decadencia y el colapso, que necesitan y conducen a su sustitución, lo que puede suceder gradualmente o a través de una revolución: «La historia es un cementerio de aristocracias».

131 **Vladislav Yuryevich Surkov** (1964), es un empresario ruso y político, cofundador del partido Rusia Unida, que llevará a Vladimir Putin al poder en 2001. Ampliamente considerado como el principal ideólogo del Kremlin desde el año 2000, es el autor del concepto de «democracia soberana». Fue nombrado Vice-Presidente del Gobierno, a cargo de la modernización, el 27 de diciembre de 2011 por el presidente Dmitry Medvedev.

132 Blut und Boden (en alemán para Sangre y Suelo; abreviado como BluBo) se refiere a una ideología que se centra en el origen racial, basado en dos factores: la ascendencia (sangre de un pueblo) y Heimat (suelo, en

tanto fuente de alimentación por la agricultura y no solo un hábitat natural). Así, exalta la relación de un pueblo con la tierra que ocupa y cultiva. Por extensión, concede un gran valor a las virtudes de la vida rural y al campesinado como origen racial esencial del pueblo alemán. Servía para justificar la expansión hacia el este, en busca de "Espacio vital".

133 Karl Raimund Popper (1902-1994) fue un filósofo y teórico de la ciencia, de origen judío, nacido en Austria, y luego convertido en ciudadano británico. La obra más conocida de Karl Popper es La sociedad abierta y sus enemigos, escrita durante la Segunda Guerra Mundial desde su exilio en Nueva Zelanda. En ella el autor se propone aplicar a la política sus teorías sobre la ciencia y el avance del conocimiento. Al tiempo, Popper indaga en la historia de la filosofía para trazar los orígenes del totalitarismo que había desembocado en la guerra y en la radical crisis del pensamiento occidental. Popper plantea una interpretación de la historia del pensamiento político basada en la confrontación entre dos escuelas o visiones del mundo: a) una reaccionaria, que añora una comunidad cerrada y perfecta, heredera de la tribu. Platón es su máxima expresión, seguido de Aristóteles y reeditado en el pensamiento moderno por Hegel, y b) otra racional y crítica, que nació en la Antigüedad clásica con la «Gran Generación» de la época de Pericles, a la cual pertenecen Sócrates y Demócrito. Dicha visión reconoce el limitado conocimiento humano a la cual atribuye el auténtico espíritu de la ciencia.

134 Yabloko (lit.: «manzana»), o Partido Democrático Ruso Yabloko, es un partido político socio-liberal de Rusia. Muy minoritario, en 2003 el 90 % de su financiación provenía de los magnates de la petrolera Yukos.

135 Su traducción literal del francés antiguo es «Que la vergüenza caiga sobre aquel que piense mal de ello», a pesar de que a veces es re-interpretada como «Que el mal caiga sobre aquel que piense mal». Es el lema de la Orden de la Jarretera, inglesa. Según la tradición esta frase fue pronunciada por el rey Eduardo III de Inglaterra cuando estaba bailando con la Condesa de Salisbury. La liga de la condesa se deslizó hasta su tobillo, ante lo cual aquellos que la rodeaban se sonrieron ante la humillación de la condesa. En un acto de caballerosidad Eduardo se colocó la liga alrededor de la pierna, diciendo «Honi soit qui mal y pense», y posteriormente la frase se convirtió en el lema de la Orden. Puede ser interpretada como "Es un atrevido el que tiene un pensamiento sucio de esto", o "Debería avergonzarse, aquel que sospeche una motivación ilícita".

136 Se conoce actualmente con el nombre de Iglesias católicas orientales a las Iglesias cristianas orientales que reconocen la autoridad y primacía universal del Papa, Obispo de Roma, es decir que son católicas, pero mantienen su propia organización eclesial interna y sus ritos particulares. En el pasado fueron también llamadas uniatas, pero el término es hoy considerado despectivo e inexacto. En la actualidad, el término subsiste entre los ortodoxos y es rechazado por los propios católicos orientales.

137 **El Príncipe Andrei Mijailovich Kurbski** (1528-1583) fue un gran amigo y un gran general del zar Iván el Terrible antes de convertirse en uno de sus más feroces opositores. Su correspondencia con el zar, después de su exilio en Polonia, es una fuente única para la historia del siglo XVI ruso.

138 "Portador de la deidad" (del griego antiguo θεοφόρος, compuesto de θεο- «deidad» y -φόρος «portador»).

139 **Alexander Isayevich Solzhenitsyn** (1918-2008) fue un escritor e historiador ruso, Premio Nobel de Literatura en 1970. En 1945 fue detenido por opiniones antiestalinistas y vivió el cautiverio en los campos de Siberia, lo que le inspiró varios libros de éxito al respecto. Acabó exiliado en Estados Unidos en 1975. En 1994 regresó a Rusia, donde siguió trabajando.

140 **Alexander Aleksandrovich Zinoviev** (1922-2006), fue un filósofo, sociólogo y novelista ruso. Completamente crítico con la URSS en su momento, tras su disolución cambió radicalmente de postura, convirtiéndose en defensor del comunismo, y también de Lenin y Stalin.

141 **Serguei Nikolaievich Bulgákov** (1871-1944) fue un teólogo, filósofo y economista ruso. En 1922 fue expulsado de su patria por su resuelta oposición al comunismo junto con otros intelectuales rusos.

142 **Alexander Aleksandrovich Blok** (1880-1921) fue un destacado poeta ruso. Blok recibió la revolución de 1917 con sentimientos mezclados: le trajo nuevas esperanzas, pero se sintió frustrado por el régimen soviético. Después de la revolución, escribió relativamente poco, y su poema «Los Doce» (enero-febrero de 1918) generó polémica con los mismos simbolistas. En esta obra, Blok acompaño el espíritu innovador de su tiempo, usando el espacio de la página como configurador del ritmo del poema.

143 **Nikolai Alekseevich Klyuev** (1884-1937) fue un notable poeta ruso. Fue influenciado por el movimiento simbolista, por un intenso nacionalismo y el amor por el folclore ruso. Detenido en 1933 por contradecir la ideología soviética, fue fusilado en 1937 y rehabilitado a título póstumo en 1957.

144 **Serguei Alexandrovich Yesenin** (1895-1925) fue un destacado poeta ruso. Yesenin que simpatizaba con los socialistas revolucionarios de izquierda,

recibió con entusiasmo la revolución En el poema Inonia (Otra) expone su mesianismo campesino, según el cual la revolución traerá a Rusia el reinado del mujik, el paraíso terrestre aldeano. Utopía contradictoria con la del socialismo soviético, contradicción que Yesenin conocía y que sin embargo no le hacía renegar de su vivencia.

145 **Dmitri Sergueievich Merezhkovski**, (1866-1941) fue uno de los primeros y más eminentes ideólogos del simbolismo ruso. Él y su esposa eran masones. Luego de la Revolución de octubre, Merezhkovski viajó a París, donde atacó la ideología bolchevique. Junto a su esposa se unió al Partido Social-Revolucionario. Fue nominado varias veces al Premio Nobel de Literatura, pero su presunto apoyo a Hitler le impidió ganar el premio.

146 **Andrew C. Kuchins** es un miembro distinguido y director del Programa CSIS para Rusia y Eurasia. Es un experto de renombre internacional en la política exterior e interior de Rusia y que es frecuentemente reclamado por las empresas, el gobierno, los medios de comunicación, y los líderes académicos para comentar y consultar acerca de asuntos rusos y euroasiáticos. Su erudición más reciente se ha dedicado a cuestiones como las relaciones EEUU-Rusia y el «reset» estratégico asiático de Rusia, y el papel de la energía en el Lejano Oriente ruso.